DOUGLAS ADAMS

Hasta luego, y gracias por el pescado



EDITORIAL ANAGRAMA

HASTA LUEGO, Y GRACIAS POR EL PESCADO Douglas Adams

Título original: So long, and thanks for all the fish Traducción: Benito Gómez Ibáñez © 1984 by Douglas Adams and Pan Books, Londres © 1985 Editorial Anagrama S.A. P. de la Creu 58, Barcelona Depósito Legal B. 317-1988

A Jane con mi agradecimiento A Rick y a Heidi por el préstamo de su estable situación

A Morgens, a Andy y a todos los de Huntsham Court por una serie de situaciones inestables. y, en especial, a Sonny Mehta por permanecer

estable en todas las situaciones.

Prologo

En los remotos e inexplorados confines del arcaico extremo occidental de la Espiral de la Galaxia, brilla un pequeño y despreciable sol amarillento.

En su órbita, a una distancia aproximada de ciento cincuenta millones de kilómetros gira un pequeño planeta totalmente insignificante de color azul verdoso, cuyos pobladores, descendientes de los simios, son tan asombrosamente primitivos que aún creen que los relojes digitales son de muy buen gusto.

Ese planeta tiene o, mejor dicho, tenía el problema siguiente: la mayoría de sus habitantes eran desdichados durante casi todo el tiempo.

Muchas soluciones se sugirieron para tal problema, pero la mayor parte de ellas se referían principalmente a los movimientos de unos papelitos verdes; cosa extraña, ya que los papelitos verdes no eran precisamente quienes se sentían desdichados.

De manera que persistió el problema; muchos eran mezquinos, y la mayoría se sentían desgraciados, incluso los que poseían relojes digitales.

Cada vez eran más los que pensaban que, en primer lugar, habían cometido un grave error al bajar de los árboles. Y algunos afirmaban que lo de los árboles había sido una equivocación, y que nadie debería haber salido de los océanos.

Y entonces, un jueves, casi dos mil años después de que clavaran a un hombre a un árbol por decir que, para variar, sería estupendo portarse bien con los demás, una muchacha sentada sola en un pequeño bar de Rickmansworth comprendió de pronto qué había ido mal hasta entonces, y supo por fin cómo el mundo podría convertirse en un lugar agradable y feliz. Esta vez era cierto, daría resultado, y no habría que clavar a nadie a ningún sitio.

Lamentablemente, sin embargo, antes de que, pudiera llegar a un teléfono para contárselo a alguien, la Tierra fue súbitamente demolida para dar paso a una nueva vía de circunvalación hiperespacial. Y así se perdió la idea, al parecer para siempre.

Esta es la historia de la muchacha.

1

Aquella tarde oscureció pronto, que era lo normal para la época del año. Hacía frío y viento, lo que también era normal.

Empezó a llover, cosa que era especialmente normal.

Aterrizó una nave espacial, y eso no lo era.

En los alrededores no había nadie para verlo, salvo algunos cuadrúpedos espectaculármente estúpidos que no tenían la menor idea de cómo interpretarlo, de si tenían que tomárselo de algún modo, o comérselo, o qué. Así que hicieron lo de siempre, salir corriendo y tratar de ocultarse los unos debajo de los otros, cosa que nunca salía bien.

La nave descendió con suavidad de las nubes, como apoyada en un rayo de luz.

Desde lejos apenas se habría reparado en ella entre los relámpagos y las nubes de tormenta, pero vista de cerca resultaba extrañamente bella: una nave gris, de forma elegante y muy pequeña.

Desde luego, nunca se tiene la menor idea del tamaño o la forma que las distintas especies llegan a tener, pero si se considerasen los resultados del último informe sobre el Censo de la Galaxia Central como una guía precisa de promedios estadísticos, la capacidad de la nave probablemente se calcularía en seis personas; y se estaría en lo cierto.

De todos modos, es probable que lo hubiesen adivinado. El informe del Censo, como tantas otras encuestas por el estilo, había costado un enorme montón de dinero, y a nadie le dijo nada que no supiera ya, salvo que cada individuo de la Galaxia tenía 2,4 piernas y poseía una hiena. Dado que, evidentemente, eso no es cierto, todo el asunto quedó descartado al final.

La nave se deslizó hacia abajo suavemente entre la lluvia, mientras sus tenues focos la envolvían en delicados arco iris. Emitía un zumbido muy quedo, que fue haciéndose cada vez más alto y profundo a medida que se acercaba al suelo, y que al llegar a una altura de quince centímetros se convirtió en un fuerte zumbido.

Por fin aterrizó y permaneció silenciosa.

Se abrió una escotilla. Se desplegó una pequeña escalera. Apareció una luz en la abertura, brillante, derramándose en la noche húmeda, y en el interior se movieron sombras.

Una silueta alta se recortó en la luz, miró alrededor, titubeó, y bajó aprisa los escalones, llevando bajo el brazo una amplia bolsa de la compra.

Se volvió e hizo una brusca señal única hacia la nave. La lluvia le empezó a chorrear por los cabellos.

-¡Gracias! - gritó -. Muchas gra...

Le interrumpió la seca descarga de un trueno. Alzó la vista con recelo y, en respuesta a una súbita ocurrencia, empezó a revolver dentro de la gran bolsa de plástico, en cuyo fondo descubrió entonces un agujero.

Las grandes letras que llevaba impresas a un lado, decían (para todo aquel que pudiese descifrar el alfabeto centáurico): Megamercado libre de impuestos, Puerto Brasta, Alfa Centauri. Sea como el vigésimo segundo elefante revalorizado del espacio, ¡ladre!

- ¡Esperad! - llamó la silueta, haciendo señas a la nave. La escala, que había empezado a plegarse de nuevo por la escotilla, se detuvo, volvió a extenderse y le permitió entrar otra vez. Pocos segundos después volvió a salir con una toalla (usada) y raída que metió en la bolsa.

Se despidió de nuevo con la mano, se puso la bolsa bajo el brazo y echó a correr para refugiarse bajo unos árboles mientras, a su espalda, la nave ya iniciaba la ascensión.

Un relámpago fulguró en el cielo y la figura se detuvo un momento para seguir luego la marcha, de prisa, reconsiderando el camino para mantenerse apartada de los árboles. Se movía con rapidez, resbalando aquí y allá, encorvado para protegerse de la lluvia, que ahora caía con creciente intensidad, como arrojada del cielo.

Sus pies chapoteaban por el barro. El trueno retumbaba en las montañas. Inútilmente, se limpió la lluvia de la cara y siguió avanzando a trompicones. Más luces.

Esta vez no eran relámpagos, sino luces más tenues y difusas que barrían lentamente el horizonte y desaparecían.

Al verlas, la figura se detuvo de nuevo y luego redobló el paso, dirigiéndose en línea recta al punto del horizonte de donde procedían.

Pero entonces el terreno empezó a hacerse más pendiente, empinándose hacia arriba, y al cabo de doscientos o trescientos metros, terminaba en un obstáculo. Se detuvo a examinar la barrera y luego arrojó la bolsa por encima, antes de escalarla ella misma.

Apenas había tocado el suelo al otro lado, cuando una máquina salió de la lluvia derramando torrentes de luz a través del muro de agua. La figura se echó atrás mientras la máquina avanzaba velozmente hacia ella. Tenía una forma achaparrada y bulbosa, como una pequeña ballena flotando: lustrosa, gris y redonda, moviéndose con velocidad aterradora.

Instintivamente, la figura alzó las manos para protegerse, pero sólo le alcanzó un chorro de agua, mientras la máquina pasó como una exhalación y se perdió en la noche.

La iluminó brevemente otro relámpago que surcó el cielo, lo que permitió leer a la empapada figura detenida al borde de la carretera durante una décima de segundo, antes de que desapareciera, un pequeño letrero que la máquina llevaba en la parte trasera.

Ante el aparente incrédulo asombro de la figura, el letrero decía:«Mi otro coche también es un Porsche.»

2

Rob McKenna era un despreciable hijo de puta y él lo sabía porque a lo largo de los años se lo había dicho mucha gente y no veía razón para contradecirlo, salvo la evidente de que le gustaba discrepar, sobre todo de las personas que no le gustaban, lo que a fin de cuentas incluía a todo el mundo.

Suspiró y cambió de marcha.

La cuesta empezaba a hacerse más pronunciada y su camión iba lleno de aparatos daneses para controlar radiadores termostáticos.

No es que tuviese una predisposición natural para estar de tan mal humor, al menos eso esperaba. Sólo era la lluvia que le deprimía, siempre la lluvia.

Ahora estaba lloviendo, para variar.

Era un tipo de lluvia particular, que le desagradaba especialmente, sobre todo cuando conducía. Le había puesto un número. Era lluvia del tipo 17.

En alguna parte había leído que los esquimales tenían más de doscientas palabras para la nieve, sin las cuales su conversación probablemente se volvería muy monótona. Así que distinguían la nieve fina y la gruesa, la suave y la pesada, la nieve fangosa, la frágil, la que cae a ráfagas, la que arrastra el viento, la nieve que desprende las botas del vecino por el limpio suelo del igloo, las nieves de invierno, las de primavera, las nieves que se recuerdan de la infancia, que eran muchísimo mejores que cualquier nieve moderna; la nieve fina, la nieve ligera, la de la montaña, la del valle, la que cae por la mañana, la que cae por la noche, la que cae de repente cuando uno va a pescar, y la nieve sobre la que mean los perros esquimales a pesar de los esfuerzos para enseñarles a que no lo hagan.

Rob McKenna tenía anotados en su librito doscientos treinta y un tipos diferentes de lluvia y no le gustaba ninguno.

Metió otra velocidad y el camión aumentó las revoluciones. Gruñó de forma placentera por todos los aparatos daneses de control de radiadores termostáticos que transportaba.

Desde que saliera de Dinamarca la tarde anterior, había pasado por el tipo 33 (llovizna punzante que deja las carreteras resbaladizas), por el 39 (fuerte chaparrón), de 47 al 51 (de una suave llovizna vertical a otra ligera, pero muy sesgada, hasta un calabobos moderado y refrescante), por el 87 y 88 (dos variedades sutilmente distintas del chaparrón torrencial vertical), por el 100 (el chubasco que sigue al chaparrón, frío), por todos los tipos de borrasca marina comprendidos entre el 192 y el 213 al mismo tiempo, por el 123, el 124, el 126, el 127 (aguaceros fríos, templados e intermedios, tamborileos sobre la carrocería, continuos y sincopados), por el 11 (gotitas alegres) y ahora por el que menos le gustaba de todos, el 17.

La lluvia del tipo 17 era un sucio chorro que golpeaba tan fuerte contra el parabrisas, que daba igual tener las escobillas conectadas o no.

Comprobó esta teoría desconectándolas un momento, pero resultó que la visibilidad empeoró más todavía. Y tampoco mejoró cuando volvió a conectarlas.

En realidad, una de las escobillas empezó a dar aletazos.

Suulss suulss plop, suulss suuiss plop, suulss suulss plop, suulss suulss plop, suulss plop plop, plap, rayajo.

Aporreó el volante, dio patadas al suelo y golpes al radiocassette, hasta que de pronto empezó a sonar Barry Manilow; luego lo golpeó de nuevo hasta que se paró, y soltó tacos y tacos. Tacos y más tacos.

En aquel preciso momento, cuando su furia alcanzaba el punto culminante, percibió una forma indistinta surgida ante los faros, apenas visible en el chaparrón, al borde de la carretera.

Una pobre figura manchada de barro, extrañamente vestida, más mojada que una nutria en una lavadora y que hacía autostop.

-Pobre desgraciado cabrón - pensó Rob McKenna, dándose cuenta de que había alguien con más derecho que él a sentirse como un pingajo -, debe de estar helado. Qué estupidez, salir a hacer autostop en una noche tan asquerosa como ésta. Lo único que se saca es frío, lluvia y camiones que te salpican al pasar por los charcos.

Meneó sombríamente la cabeza, suspiró de nuevo, torció el volante y se metió de lleno en un gran charco de agua.

-¿Ves lo que quiero decir? - dijo para sus adentros mientras surcaba raudo el charco -. La carretera está llena de cabrones.

Entre salpicaduras, un par de segundos después apareció en el retrovisor la imagen del autostopista, empapado al borde de la carretera.

Por un momento experimentó una sensación agradable por lo que acababa de hacer. Poco después lamentó que aquello le regocijara. Luego se alegró por haberse arrepentido de su anterior diversión y, satisfecho, siguió conduciendo a través de la noche.

Al menos se desquitó de que terminara adelantándole aquel Porsche al que concienzudamente había estado cortándole el paso durante los últimos treinta kilómetros.

Y mientras conducía, las nubes arrastraban el cielo tras él, porque, aunque él no lo sabía, Rob McKenna era un Dios de la Lluvia. Lo único que sabía era que sus jornadas de trabajo resultaban desgraciadas y que sus vacaciones eran una sucesión de días asquerosos. Lo único que sabían las nubes era que le amaban y querían estar cerca de él, para mimarlo y empaparlo de agua.

3

Los dos camiones siguientes no iban conducidos por dioses de la lluvia, pero hicieron exactamente lo mismo.

La figura prosiguió la penosa marcha, más bien chapoteando, hasta que la cuesta apareció de nuevo y el traicionero charco de agua quedó atrás.

Al cabo de un rato, la lluvia empezó a amainar y la luna hizo una breve aparición desde detrás de las nubes.

Pasó un Renault, y su conductor hizo complicadas y frenéticas señales a la figura que andaba trabajosamente, para indicarle que en circunstancias normales le habría encantado llevarla en su coche, pero que ahora no podía porque no iba en esa dirección, cualquiera que fuese, y que estaba seguro de que lo entendería. Terminó haciéndole una seña con los pulgares en alto, alegremente, como para comunicarle que esperaba que se encontrara estupendamente por tener frío y estar casi totalmente empapada, y que le recogería la próxima vez que la viera.

La figura prosiguió la penosa marcha. Pasó un Fiat e hizo exactamente lo mismo que el Renault.

En dirección contraria pasó un Maxi y guiñó los faros a la figura, que avanzaba lentamente, aunque no quedó claro si el centelleo significaba «Hola»,

o «Lamento que vayamos en dirección contraria», o «Mira, hay alguien en la lluvia ¡qué broma!». Una franja verde en la parte superior del parabrisas indicaba que, cualquiera que fuese el mensaje, venía de parte de Steve y Carola.

La tormenta había cesado definitivamente, y los escasos truenos resonaban en las colinas más lejanas, como alguien que dije «Y una cosa más...», veinte minutos después de haber reconocido que había perdido el hilo de su argumentación.

El aire estaba más despejado ahora y la noche era más fría. El sonido viajaba bastante bien. La perdida figura, tiritando desesperadamente, llegó a una encrucijada, donde una carretera lateral torcía a la izquierda. Frente al desvío había un poste de señalización al que se acercó a toda prisa para estudiarlo con febril curiosidad, apartándose bruscamente cuando otro coche pasó de pronto.

Y otro.

Y el primero pasó de largo con absoluta indiferencia; el segundo hizo centellear los faros tontamente. Apareció un Ford Cortina y frenó.

Tambaleándose por la sorpresa, la figura se apretujó la bolsa contra el pecho y se apresuró hacia el coche, pero en el último momento el Cortina giró sus ruedas sobre la carretera húmeda y salió pitando con aire bastante divertido.

La figura aflojó el paso hasta detenerse y allí quedó, desalentada y perdida.

Dio la casualidad de que al día siguiente el conductor del Cortina fue al hospital a que le extirparan el apéndice, sólo que debido a una confusión más bien divertida el cirujano le amputó la pierna por error, y antes de que se preparara de nuevo la apendisecectomía, la apendicitis se complicó, convirtiéndose en un divertido caso grave de peritonitis y, en cierto modo, se hizo justicia.

La figura prosiguió su penosa marcha.

Un Saab se detuvo a su lado.

La ventanilla bajó y una voz dijo en tono cordial:

- ¿Viene de lejos? La figura se volvió hacia el coche. Se detuvo y asió el picaporte. La figura, el coche y la manecilla de la puerta se encontraban todos en un

planeta llamado Tierra, en un mundo que la Guía del autostopista galáctico explicaba en un artículo con sólo dos palabras: «Esencialmente inofensivo.»

La persona que escribió el artículo se llamaba Ford Prefect y en aquel preciso momento se encontraba en un mundo no tan inofensivo, sentado en un bar nada inofensivo, y armando bronca imprudentemente.

4

Un observador casual no hubiera sabido si estaba borracho o enfermo, o si era un loco suicida y realmente, no había observadores casuales en el bar del Viejo Perro Rosa, en la parte baja del barrio Sur de Han Dold, porque no era la clase de sitio en que uno podía permitirse hacer cosas de manera casual si es que quería seguir vivo. Los mirones del local serían observadores mezquinos, como halcones, estarían armados hasta los dientes y tendrían dolorosas punzadas en la cabeza que les llevaría a hacer cosas disparatadas al ver algo que no fuese de su agrado.

Sobre el local había caído uno de esos feos silencios, de la especie que se crea cuando hay una crisis por los misiles.

Hasta el pájaro de mala pinta que estaba encaramado sobre un palo había dejado de graznar los nombres y direcciones de lo que prestaba los asesinos a sueldo de por allí, que era un servicio gratis.

Todos los ojos estaban fijos en Ford Prefect. Algunos se salían de las órbitas.

La manera particular en que hoy, temerariamente, jugaba a los dados con la muerte, consistía en un intento de pagar la cuenta de las copas del volumen semejante al de un reducido presupuesto de defensa, con una tarjeta de American Express, que no admitían en parte alguna del universo conocido.

-¿Por qué os preocupáis? - preguntó en tono animado. ¿Por la fecha de caducidad? ¿Es que no habéis oído hablar por aquí de la neorrelatividad? Hay campos de la física enteramente nuevos que se ocupan de estas cosas. Efectos de la dilatación del tiempo, relastática temporal...

-No nos preocupa la fecha de caducidad - contestó el hombre a quien iban dirigidos tales comentarios, que era un tabernero peligroso en una ciudad peligrosa.

Su voz era un ronroneo bajo y suave, como el que se oye al abrir un silo de proyectiles nucleares. Con una mano semejante a un solomillo golpeó la barra y la abolló un poco.

-Bueno, entonces ya está arreglado - dijo Ford, guardando las cosas en la bolsa y disponiéndose a marchar.

El dedo que tamborileaba sobre la barra se alzó y quedó levemente apoyado en el hombro de Ford Prefect, impidiendo su marcha.

Aunque el dedo formaba parte de una mano semejante a una losa, y la mano era la continuación de un brazo que parecía una maza, el brazo no estaba unido a nada en absoluto, salvo en un sentido metafórico: una ardiente y perruna lealtad lo vinculaba al bar que era su hogar. En el pasado había pertenecido, de manera más convencional, al primer dueño del bar, que en su lecho de muerte lo había legado a la ciencia médica. La ciencia médica decidió que no le gustaba el aspecto del brazo, Y lo legó de nuevo al bar del Viejo Perro Rosa.

El nuevo tabernero no creía en lo sobrenatural, ni en duendes ni en ninguna de esas tonterías, sólo que reconocía a un aliado útil nada más ponerle los ojos encima. La mano se quedaba sobre la barra. Tomaba los pedidos, servía copas, y daba un trato criminal a los que se comportaban como si quisieran ser asesinados.

Ford Prefect permaneció sentado y quieto.

-No nos preocupa la fecha de caducidad - repitió el tabernero satisfecho de que Ford Prefect le dedicara, por fin, toda su atención -. Nos preocupa el plástico.

- ¿Qué? - preguntó Ford, que parecía un tanto desconcertado.

-Esto -dijo el tabernero, cogiendo la tarjeta como si fuera un pececito cuya alma hubiera volado tres semanas antes al territorio donde los peces encuentran la eterna felicidad -. No lo admitimos. Ford consideró brevemente la cuestión de decir que no tenía otro modo de pagar, pero de momento decidió seguir con el mismo rollo. La mano sin cuerpo le tenía ahora cogido por el hombro, presionándole suave pero firmemente con el pulgar y el índice.

- Pero no lo entiende - objetó Ford, con una expresión que pasó de una leve sorpresa a una incredulidad total -. Esta es la tarjeta del American Express. La mejor manera de pagar que conoce la humanidad. ¿Es que no ha leído los papelotes que mandan por correo?

El tono alegre de la voz de Ford empezaba a rechinar en los oídos del tabernero. Sonaba como si alguien tocara implacablemente el kazoo durante uno de los pasajes más sombríos de un réquiem de guerra.

Dos huesos del hombro de Ford empezaron a crujir el uno contra el otro de un modo que hacía pensar que la mano había aprendido los principios del dolor de un quiropráctico muy experimentado. Ford confiaba en arreglar el asunto antes de que los huesos del hombro empezaran a crujir contra otras partes del cuerpo. Afortunadamente, el hombro que la mano apretaba no era el mismo que aquel en que tenía colgada la bolsa.

El tabernero le devolvió la tarjeta deslizándola sobre la barra.

- Nunca hemos oído hablar de esto - declaró con muda ferocidad. Lo que no era para sorprenderse mucho. Ford había conseguido la tarjeta mediante un grave error informático al final

de su estancia de quince años en el planeta Tierra. La empresa del American Express descubrió en seguida la exacta gravedad del error, y las estridentes y despavoridas solicitudes del departamento de recaudación de deudas sólo quedaron silenciadas cuando de manera inesperada los vogones demolieron el planeta entero para dar paso a una nueva vía de circunvalación hiperespacial.

La había conservado porque descubrió que resultaba útil llevar una forma de pago que nadie aceptaba.

-¿Crédito? - dijo -. ¡Aaaajff...! Esas dos palabras solían ir asociadas en el bar del Viejo Perro Rosa.

- Creía - jadeó Ford - que éste era un establecimiento de categoría...

Echó una mirada a la variopinta mezcla de matones, chulos y directivos de casas de discos que deambulaban por los cercos de luz tenue que salpicaban las negras sombras de los rincones más escondidos del bar. Todos estaban mirando intencionadamente en cualquier dirección menos en la suya, reanudando con cuidado el hilo de sus anteriores conversaciones sobre asesinatos, redes de tráfico de drogas y negocios de grabaciones musicales. Sabían lo que pasaría a continuación y no querían mirar por si se les quitaban las ganas de beber.

-Vas a morir, muchacho - murmuró suavemente el tabernero a Ford Prefect.

La prueba estaba a su lado. Antiguamente había en el bar un letrero colgado que decía: «No pida al fiado, por favor: un puñetazo en la boca molesta un poco.» Pero en aras de una exactitud rigurosa, el cartel se había modificado del modo siguiente: «No pida al fiado, por favor: el hecho de que un ave salvaje le retuerza el pescuezo mientras una mano sin cuerpo le aplasta la cabeza contra la barra molesta un poco.» No obstante, todo eso convertía al letrero en una confusión ilegible, y no sonaba lo mismo, de modo que también lo quitaron. Se pensó que la historia se daría a conocer por sus propios medios, y así fue.

- Déjeme ver la cuenta otra vez - pidió Ford.

La cogió y la estudió con cuidado bajo la pérfida mirada del tabernero, y la igualmente maligna mirada del pájaro, que en aquel momento se dedicaba a hacer grandes muescas con las garras en la superficie de la barra.

Era un trozo de papel de tamaño más bien grande.

Al final había una cifra que parecía uno de esos números de serie que hay en la parte de abajo de los aparatos estereofónicos y que siempre se tarda tanto en copiar en el formularlo de registro. Al fin y al cabo, había estado todo el día en el bar, bebiendo un montón de cosas con burbujas, y había invitado a muchas rondas a todos los chulos, matones y directivos de casas de discos que, de pronto, no le recordaban.

Carraspeó en tono muy bajo y se tanteó los bolsillos. No había nada en ellos, tal como ya sabía. Dejó la mano izquierda, suave pero firmemente, sobre la tapa medio abierta de la bolsa. La mano sin cuerpo renovó la presión sobre su hombro derecho.

- ¿Comprendes? - dijo el tabernero, y su rostro pareció temblar de perversidad ante los ojos de Ford -. Tengo que pensar en mi reputación. Lo entiendes, ¿verdad?

Ya está, pensó Ford. No quedaba más remedio. Había cumplido las normas, intentado pagar la cuenta de buena fe; no se lo habían permitido. Ahora corría peligro su vida.

- Pues - dijo con voz queda - si se trata de su reputación...

Con un súbito alarde de velocidad abrió la bolsa y, de golpe, depositó encima de la barra su ejemplar de la Guía del autostopista galáctico y la tarjeta oficial donde se declaraba que era un investigador de campo de la Guía y que de ninguna manera le estaba permitido hacer lo que estaba haciendo.

- ¿Quiere aparecer aquí?

El rostro del tabernero se paralizó en medio de uno de sus temblores perversos. Las garras del pájaro se detuvieron a mitad de un surco. Despacio, la mano soltó el hombro de Ford.

En un murmullo apenas audible, entre los labios secos, el tabernero aseguró: -Eso es más que suficiente, señor.

5

La Guía del autostopista galáctico es una institución poderosa. En realidad, su influencia es tan prodigiosa, que su plantilla editorial debió redactar normas estrictas para evitar abusos. De manera que a ninguno de sus investigadores de campo le está permitido aceptar clase alguna de servicios, descuentos o trato preferente a cambio de favores editoriales, salvo si:

a) Han intentado de buena fe pagar por su servicio en la forma acostumbrada; b) Su vida corre peligro; c) Les viene en gana.

Como invocar la tercera norma significaba darle una participación al editor, Ford siempre prefería hacerse el tonto con las dos primeras.

Salió a la calle y echó a andar a paso vivo.

El aire era sofocante, pero le gustaba porque era un aire sofocante de ciudad, lleno de olores excitantes y desagradables, de música peligrosa y del lejano rumor de tribus policiales en guerra.

Llevaba la bolsa con un movimiento de suave balanceo que le permitiera lanzarla contra cualquiera que pretendiese quitársela sin pedírsela. Contenía todas sus pertenencias, que por el momento no eran muchas.

Una limusina pasó por la calle a toda velocidad, sorteando los montones de basura humeante y asustando a un lobo viejo que merodeaba por allí y, dando tumbos, se apartó de su camino, tropezó contra el escaparate de un herbolario, disparó una gimiente alarma, avanzó a trompicones por la calle y luego fingió caer por los escalones de un pequeño restaurante italiano donde sabía que le tomarían una fotografía y le darían de comer.

Ford iba en dirección norte. Pensaba que tal vez llegaría al puerto espacial, pero eso ya lo había pensado antes. Sabía que estaba atravesando esa parte de la ciudad donde los planes de la gente cambian a menudo de forma bastante brusca.

-¿Quieres pasar un buen rato? - preguntó una voz desde un portal.

-Hasta el momento - repuso Ford -, lo estoy pasando bien. Gracias.

-¿Eres rico? - preguntó otra voz. Eso arrancó una carcajada a Ford. Se volvió y extendió los brazos con un gesto amplio.

-¿Tengo pinta de rico? - inquirió.

- No lo sé - contestó la chica -. Quizá sí, quizá no. A lo mejor te haces rico. Hago un servicio muy especial para la gente rica...

-¿Ah, sí? - dijo Ford, intrigado pero cauteloso -. ¿Y en qué consiste?

-Les digo que ser rico está muy bien.

Hubo una erupción de disparos desde una ventana muy por encima de ellos, pero no se trataba más que de un bajista a quien mataban por tocar tres veces seguidas un riff equivocado, y los bajistas abundan muchísimo en la ciudad de Han Dold.

Ford se detuvo y atisbó en el interior del oscuro portal.

- ¿Que haces qué? - preguntó.

La chica rió y salió un poco de la oscuridad. Era alta, y tenía esa especie de timidez serena que da tan buenos resultados si se sabe utilizar.

- Es mi especialidad - explicó -. Soy licenciada en Economía Social y tengo facilidad para ser muy convincente. A la gente le encanta. Sobre todo en esta ciudad.

-¡Jodonar! -dijo Ford Prefect, que era una palabra especial de Betelgeuse que empleaba cuando sabía que debía decir algo, pero no sabía qué debía decir.

Se sentó en un escalón y sacó de la bolsa una toalla y una botella de Ul' Janx Spirit. La abrió y limpió el gollete con la toalla, lo que tuvo el efecto contrario del que se pretendía: al momento, el aguardiente mató millones de microbios que poco a poco habían creado una civilización compleja e ilustrada sobre los trozos más hediondos de la toalla.

- ¿Quieres un poco? - ofreció, después de tomar un trago. La chica se encogió de hombros y aceptó la botella que le tendían. Se quedaron sentados durante un rato, oyendo apaciblemente el clamor de las alarmas antirrobo de la manzana de al lado.

-Da la casualidad de que me deben un montón de dinero -dijo Ford -. Así que, si lo cobro alguna vez, ¿podría venir a verte?

-Pues claro, aquí estaré - contestó la chica -. ¿Cuánto es un montón de dinero?

-Quince años de salarlo atrasado.

-¿Por hacer qué?

-Por escribir dos palabras.

-¡Zarquon! - exclamó la chica -. ¿Cuál de las dos te llevó más tiempo? -La primera. Una vez que pensé en ésa, la segunda se me ocurrió de pronto una tarde, después de comer. Una enorme batería electrónica fue lanzada por la ventana de arriba y se hizo pedazos en la calle, delante de ellos.

En seguida se comprobó que algunas de las alarmas antirrobo de la manzana de al lado habían sido deliberadamente accionadas por una de las tribus policiales para tender una emboscada a otra. En la zona convergieron coches con sirenas ululantes, sólo para ser eliminados uno a uno por helicópteros que aparecían zumbando por el aire entre los gigantescos rascacielos de la ciudad.

-En realidad -dijo Ford a gritos, para que se le oyera por encima del estrépito -, no fue exactamente así. Escribí muchísimo pero me lo mutilaron.

Volvió a sacar la Guía del bolso.

-Y entonces, el planeta fue demolido - gritó -. Un trabajo que valió realmente la pena, ¿eh? Pero a pesar de todo, me lo tienen que pagar.

-¿Trabajas para eso? - gritó la chica, a su vez.

-Sí.
-Vaya número.
- ¿Quieres ver lo que escribí? - preguntó Ford, - chillando -¿Antes de que lo borren? Las últimas revisiones se emitirán esta noche por la red. Alguien debe de haber averiguado que el planeta en el que pasé quince años ya ha sido demolido. En las últimas revisiones se les pasó, pero no se les puede pasar siempre.
-Se está haciendo imposible hablar, ¿verdad?
-¿Cómo? La chica se alzó de hombros y señaló hacia arriba. Sobre sus cabezas había un helicóptero que parecía envuelto en una
escaramuza particular con el grupo musical del piso de arriba. Del edificio salía humo. El ingeniero de sonido estaba colgado de la ventana por la punta de los dedos, y un guitarrista enloquecido aporreaba una guitarra en llamas. El helicóptero disparaba contra todos ellos.
- ¿Nos marchamos?
Deambularon por la calle, lejos del ruido. Se encontraron con un grupo de teatro callejero que intentó representarles una obra corta sobre los problemas del centro de la ciudad, pero luego desistieron y desaparecieron en el pequeño restaurante cuyo cliente más reciente había sido el lobo.
Ford no dejaba ni por un momento de hurgar en los mandos del interface de la Guía. Se metieron en un callejón. Ford se puso de cuclillas encima de un cubo de basura mientras la pantalla de la Guía se inundaba de información.
Localizó su artículo.
«Tierra: Esencialmente inofensiva»
Casi Inmediatamente, la pantalla se convirtió en una masa de mensajes del sistema.
-Ahí llega -anunció.
«Espere, por favor», decían los mensajes. «La Red Sub-Etha está
actualizando los artículos. El presente artículo se encuentra en revisión. El sistema estará parado durante diez segundos.» Una Iimusina de color gris metálico pasó despacio por el final del callejón.
- Oye - dijo la chica -, si te pagan, ven a verme. Soy una chica trabajadora, y por ahí hay gente que me necesita. Tengo que marcharme.
Desechó las protestas medio articuladas de Ford, y lo dejó deprimido, sentado sobre el cubo de basura, dispuesto a ver cómo un largo período de su vida laboral se disipaba electrónicamente en el éter.
En la calle, las cosas se habían calmado un poco. La batalla policial se había trasladado a otros sectores de la ciudad; los pocos supervivientes del grupo de rock decidieron aceptar sus diferencias musicales y proseguir sus carreras en solitario; el grupo de teatro callejero salía del restaurante italiano acompañado del lobo, a quien llevaban a un bar que conocían donde lo tratarían con cierto respeto; y un poco más allá, la Iimusina gris metalizada se
había estacionado silenciosamente junto a la acera.
La chica se apresuro hacia el coche.
Tras ella, en la oscuridad del callejón, una luminosidad parpadeante y verdosa bañaba el rostro de Ford Prefect, a quien poco a poco el asombro le fue poniendo los ojos dilatados.
Pues donde esperaba no encontrar nada, un artículo borrado, cancelado, vio en cambio un incesante torrente de datos: textos, diagramas, cifras e imágenes, emocionantes descripciones de la práctica del surf en playas de Australia, de la fabricación del yoghurt en las islas griegas, de restaurantes de Los Angeles a los que no había que ir, de trueques monetarios que no había que hacer en Estambul, del mal tiempo que había que evitar en Londres, bares adonde ir en todas partes. Páginas y páginas. Allí estaba todo, todo lo que él había escrito.
Con el ceño cada vez más fruncido por la absoluta incomprensión, lo repasó todo hacia adelante y hacia atrás, deteniendo se aquí y allá en diversos artículos.
«Consejos para extranjeros en Nueva York:
»Aterrice en cualquier sitio, en Central Park, donde sea. Nadie se molestará y, en realidad, nadie se enfadará.
»Supervivencia: Consiga inmediatamente un empleo de taxista. El trabajo de taxista consiste en llevar a la gente a donde quiera ir en grandes coches amarillos llamados taxis. No se preocupe si no sabe cómo funciona el coche, ni habla la lengua, ni comprende la geografía o incluso la topografía fundamental de la zona; tampoco piense en si le brotan de la cabeza largas antenas de color verde. Créame, ésa es la mejor manera de pasar inadvertido.
»SI tiene usted un cuerpo verdaderamente extraño, trate de exhibirlo por la calle y pida dinero a cambio.
»Las formas de vida anfibias procedentes de los mundos encuadrados en los sistemas de Swuling, Noxlos o Nausalia disfrutarán de manera especial en el río East que, según dicen, es mucho más rico en esas exquisitas sustancias nutritivas y regeneradoras que el fango más fino y virulento que se haya conseguido hasta la fecha en un laboratorio.
»Diversiones: Esta es la sección más importante. Resulta imposible encontrar mayor diversión, sin electrocutarse, los centros del placer...» Ford dio al interruptor, que ahora tenía la inscripción de «Mode Execute Ready», en vez del anticuado «Access Standby», que desde mucho tiempo atrás sustituyó al pasmoso «Off», tan de Edad de Piedra.
Se trataba de un planeta que él había visto completamente destruido con sus propios ojos o, más exactamente, cegado por la infernal disolución del aire y la luz; que sintió bajo sus pies cuando el suelo empezó a golpearle como un martillo, brincando con violencia, surgiendo, absorbido por oleadas de energía que manaban de las odiosas naves amarillas de los vogones. Y al final, cinco segundos después del momento que creía último y definitivo, experimentó el nauseabundo vaivén de la desmaterialización cuando Arthur Dent y él fueron precipitados a la atmósfera convertidos en un rayo de luz, como en una retransmisión deportiva.
No cabía error, no había posibilidad de equivocación. La Tierra estaba completa y definitivamente destruida. De una vez por todas, para siempre. Fundida en el espacio.
Y sin embargo, ahí -volvió a conectar la Guía-estaba su propio artículo sobre cómo divertirse en Bournemouth, en el condado de Dorset, Inglaterra, del que siempre se había sentido orgulloso por considerarlo

como uno de los mayores ejemplos de barroca que jamás hubiera escrito. Volvió a leerlo y movió la cabeza de puro asombro.
De pronto comprendió la solución del problema, que era la siguiente: estaba ocurriendo algo muy extraño; y si pasaba algo verdaderamente raro, quería que también le sucediera a él.
Volvió a guardar la Guía en la bolsa, salió de prisa hacia la calle y prosiguió la marcha.
Otra vez en dirección norte, pasó delante de una limusina gris metalizado estacionada junto a la acera, y oyó en un portal cercano una voz suave que decía:
-Está bien, cariño, está muy bien, tienes que aprender a no tener remordimientos. Fíjate en cómo está estructurado toda la economía...
Ford sonrió, dio la vuelta por la siguiente manzana, que estaba en llamas, encontró un helicóptero de la policía que parecía vacío y abandonado en la calle, forzó la puerta, entró, se puso el cinturón de seguridad, cruzó los dedos y se lanzó hacia el cielo con una maniobra inexperta.
Ascendió en zigzag, peligrosamente, entre los muros de la ciudad, que formaban profundos desfiladeros, y una vez que los hubo rebasado, se precipitó entre la nube de humo que pendía de manera permanente sobre la ciudad.
Diez minutos después, con todas las sirenas del helicóptero sonando con estruendo y el cañón de fuego rápido disparando al azar entre las nubes, Ford Prefect descendió a toda velocidad entre las torres de señalización y las luces de las pistas de aterrizaje del puerto espacial de Han Dold, donde se paró como un mosquito gigantesco, sorprendido y muy ruidoso.
Como no lo había estropeado demasiado, pudo cambiarlo por un billete de clase preferente para la primera nave que salía del sistema, instalándose en una de sus enormes y voluptuosas butacas, que envolvió su cuerpo.
Esto va a ser divertido, se dijo para sí mientras la nave parpadeaba en silencio por las demenciales distancias del espacio profundo y el servicio de pasajeros iniciaba su extravagante actividad.
-Sí, por favor - decía a las azafatas siempre que se acercaban a ofrecerle cualquier cosa.
Sonrió con una extraña especie de alegría maniática al repasar de nuevo el artículo, misteriosamente reintroducido, sobre el planeta Tierra. Tenía una parte muy importante del trabajo sin acabar a la que podría dedicarse ahora, y se sentía sumamente contento de que la vida le hubiese brindado de pronto un objetivo serio que alcanzar.
De repente se le ocurrió pensar dónde estaría Arthur Dent, y si sabría lo que pasaba.
Arthur Dent se encontraba a mil cuatrocientos treinta y siete anos luz de distancia, a bordo de un Saab y preocupado.
A sus espaldas, en el asiento trasero, había una chica por la que, al entrar, se dio un golpe en la cabeza contra la puerta. No estaba seguro de si se debió a que era la primera hembra de su especie en la que ponía los ojos desde hacía años o a otra cosa, pero el caso es que se quedó estupefacto al ver... Es absurdo, pensó. Tranquilízate, dijo para sí. No te encuentras, prosiguió con la voz interior más firme de que era capaz, en buenas condiciones para juzgar las cosas de manera racional. Acabas de hacer autostop a lo largo de más de cien mil años luz a través de la Galaxia, estás muy cansado y un tanto confuso; además, te hallas en una situación sumamente vulnerable. Relájate, no te dejes dominar por el pánico, concéntrate y respira hondo.
Se volvió en el asiento.
- ¿Estás seguro de que se encuentra bien? - preguntó de nuevo.
Aparte del hecho de que, para él, la chica era enloquecedoramente hermosa, apenas podía distinguir algo más: si era alta, qué edad tenía, cuál era el tono exacto de sus cabellos. Y tampoco podía hacerle ninguna pregunta directa, porque, lamentablemente, estaba del todo inconsciente.
- Sólo está drogada - contestó su hermano, encogiéndose de hombros y sin desviar la vista de la carretera.
- Y eso está bien, ¿no? - dijo Arthur, alarmado. -A mí me viene bien -repuso el hermano.
- ¡Ah! - comentó Arthur que, al cabo de pensarlo un momento, añadió -: Bueno.
Hasta el momento, la conversación había ido asombrosamente mal.
Tras una profusión de saludos iniciales, Russell y él habían descubierto que no se caían nada simpáticos el uno al otro, el hermano de la chica maravillosa se llamaba Russell, nombre que, para Arthur, siempre sugería hombres musculosos de bigote rubio y cabellos peinados con secador, que a la menor provocación se ponían esmoquin de terciopelo y camisa con chorreras y que en esa situación había que prohibirles por la fuerza que hablasen de partidas de billar.
Russell era un hombre musculoso y llevaba un bigote rubio. Tenía el cabello fino, peinado con secador. Para ser justo con él -aunque Arthur no veía la necesidad de serlo, aparte de por simple ejercicio mental-, debía reconocer que él mismo, Arthur, tenía un aspecto bastante siniestro. No se puede viajar a lo largo de cien mil años luz en compartimientos de equipaje sin empezar a desgastarse un poco, y Arthur parecía bastante raído.
- No es heroinómana - explicó Russell de pronto, como si tuviese la precisa idea de que pudiera serlo alguna otra persona que viajara en el coche -. Está bajo los efectos de un sedante.
- Pero eso es horrible - observó Arthur, volviéndose para mirarla otra vez.
La chica pareció removerse un poco y la cabeza le resbaló de lado sobre el hombro. Los cabellos negros se le deslizaron sobre el rostro, oscureciéndolo.
-¿Qué le ocurre? ¿Está enferma?
-No - contestó Rusell -. Sólo loca de atar.
-¿Cómo? - dijo Arthur, horrorizado.
-Chota, completamente chiflada. La llevo al hospital otra vez, y les voy a decir que le den otro repaso. Le dejaron salir cuando aún creía que era un puercoespín.
- ¿Un puercoespín?
Russell dio unos violentos bocinazos a un coche que apareció en una curva por en medio de la carretera y en dirección hacia ellos, lo que les obligó a girar bruscamente. La ira parecía sentarle bien a Russell.
- Bueno, a lo mejor no era un puercoespín -explicó después de serenarse de nuevo -. Aunque tal vez fuese más fácil tratarla si lo creyese. Si alguien cree que es un puercoespín, se le puede dar simplemente un espejo y unas

fotografías de puercoespines y decirle que las compare con su propia persona, para que vuelva cuando se sienta mejor. Al menos, la ciencia médica podría ocuparse de ello, ésa es la cuestión. Aunque eso no parece suficiente para Fenny.

-¿Fenny...?

-¿Sabes lo que le regalé en Navidad?

-Pues no.

-El Diccionario de Medicina de Black.

-Bonito regalo.

-Eso pensé. Miles de enfermedades, todas en orden alfabético.

-¿Y dices que se llama Fenny?

-Sí. Le sugerí que eligiese. Todas las enfermedades que aquí ves tienen cura. Se pueden recetar los medicamentos adecuados. Pero no, ella ha de tener algo diferente. Sólo para complicarse la vida. Ya era así en el colegio, ¿sabes?

- ¿En el colegio?

- Sí. Tropezó jugando al hockey y se rompió un hueso que nadie conocía. -Comprendo lo que pueden molestar esas cosas -dijo Arthur en tono de duda.

Se llevó una buena decepción al saber que la chica se llamaba Fenny. Era un nombre bastante soso y ridículo, como el que una tía solterona y desagradable se pondría a sí misma si no pudiera soportar dignamente el nombre de Fenella.

- No es que no me diera pena - prosiguió Russell -, pero resultaba un poco

molesto. Estuvo cojeando durante meses. Redujo la marcha.

-Te bajas aquí, ¿verdad?

-Ah, no - repuso Arthur -, ocho kilómetros más adelante. Si no es molestia. -Conforme -dijo Russell tras hacer una pausa muy breve para indicar que

no lo era.

Volvió a acelerar.

En realidad, era el desvío que debía tomar, pero Arthur no podía marcharse sin averiguar algo más sobre aquella muchacha que tanta impresión le había causado sin haber siquiera vuelto en sí. Podría tomar cualquiera de los dos desvíos siguientes.

Iban en dirección al pueblo en donde Arthur había tenido su hogar, aunque su mente vacilaba al tratar de imaginar lo que encontraría allí. Había visto sitios conocidos que pasaban rápidamente, como fantasmas en la oscuridad, que le causaron estremecimientos que sólo las cosas muy normales pueden producir cuando se ven de improviso y a una luz poco familiar.

En su cómputo personal del tiempo, hasta el punto en que era capaz de calcularlo tras vivir en las extrañas órbitas de soles lejanos, hacía ocho años que se había marchado, pero no podía saber cuánto tiempo había pasado en el lugar donde ahora se encontraba. En realidad, los acontecimientos que hubieran ocurrido superaban su agotada capacidad de comprensión, porque este planeta, su hogar, no debería estar aquí.

Ocho años atrás, a la hora de comer, este planeta había sido demolido, destruido por completo, por las enormes naves amarillas de los vogones, que se cernieron en el cielo de mediodía como si la ley de la gravedad no hubiese sido más que una disposición municipal cuyo infgringimiento no tuviera más importancia que el de un estacionamiento indebido.

-Delirios - dijo Russell.

-¿Cómo? - repuso Arthur, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

-Dice que padece el extraño delirio de que vive en el mundo real. No sirve de nada decirle que, de hecho, está viviendo en el mundo real, porque se limita a contestar que por eso es por lo que los delirios son tan extraños. No sé qué te parecerá a ti, pero esa clase de conversación a mí me resulta bastante agotadora. Mi receta es darle unas pastillas y largarme a tomar una cerveza. Y es que no se puede aguantar tantas tonterías, ¿verdad?

Arthur frunció el ceño, no por primera vez.

- Pues...

-Y todos esos sueños y pesadillas. Los médicos siguen hablando de extraños saltos en la configuración de sus ondas cerebrales.

- ¿Saltos?

-Esto - dijo Fenny. Arthur se volvió rápidamente en el asiento y miró con fijeza a los ojos de la muchacha, súbitamente abiertos pero absolutamente en blanco.

Lo que miraba, fuera lo que fuese, no estaba en el coche. Sus ojos parpadearon, su cabeza se irguió una vez y luego la chica se durmió tranquilamente.

-¿Qué ha dicho? - preguntó Arthur, inquieto.

-«Esto»

-¿Esto, qué?

-¿Esto qué? ¿Cómo demonios voy a saberlo? Este puercoespín, aquel guardavientos de chimenea, el otro par de tenacillas de don Alfonso. Está loca de atar. Creía haberlo mencionado.

-Parece que no te importa mucho -dijo Arthur, ensayando un tono lo más natural posible que no pareció salirle.

- Oye, tío...

-De acuerdo, lo siento. No es asunto mío. No quería decir eso -se disculpó Arthur, que añadió, mintiendo -: Está claro que te preocupa mucho. Sé que tienes que enfrentarte a ello de algún modo. Discúlpame. Vengo en autostop desde el otro lado de la nebulosa Cabeza de Caballo.

Miró con furia por la ventanilla.

Estaba asombrado de que, entre todas las sensaciones que aquella noche pugnaban por encontrar sitio en su cabeza al volver al hogar que creía esfumado para siempre, la única que se imponía era la obsesión hacia aquella extraña muchacha de quien nada sabía aparte de que le hubiera dicho «esto», y el deseo de que su hermano no

fuese un vogón.

-Así que, humm, ¿qué eran los saltos, ésos de que hablabas antes? siguió diciendo tan rápido como pudo.

-Mira, es mi hermana; ni siquiera sé por qué te hablo de ello...

-Vale, lo siento. Quizá sería mejor que me dejaras aquí. Esto es...

En cuanto lo dijo, bajar del coche se hizo imposible, porque la tormenta que había pasado de largo volvió a desencadenarse de nuevo. El horizonte se surcó de relámpagos y parecía que sobre sus cabezas caía algo parecido al océano Atlántico pasado por un tamiz.

Russell soltó un taco y condujo con mucha atención durante unos segundos entre los rugidos que el cielo les lanzaba. Descargó la ira acelerando temerariamente para adelantar a un camión que llevaba el letrero de «McKenna, transportes en cualquier clase de tiempo». Al amainar la lluvia, cedió la tensión.

- Todo empezó con aquel agente de la CIA que encontraron en el pantano, cuando todo el mundo sufría aquellas alucinaciones y todo eso, ¿recuerdas?

Arthur consideró por un momento si debía mencionar de nuevo que acababa de volver en autostop del otro lado de la nebulosa Cabeza de Caballo, y que por eso, y por otras razones adicionales y pasmosas, se encontraba un poco al margen de los últimos acontecimientos; pero decidió que aquello sólo serviría para complicar más las cosas.

- No - contestó.

- Entonces fue cuando se volvió chaveta. Estaba en un café, en no sé qué sitio. En Rickmansworth. No sé qué había ido a hacer, pero allí fue donde perdió la razón. Según parece, se puso en pie, anunció que acababa de tener una revelación extraordinaria, O algo así, se tambaleó un poco con aire aturdido y, para rematarlo, se derrumbó sobre un bocadillo de huevo gritando.

Arthur dio un respingo.

- Lo siento mucho - manifestó, un tanto ceremonioso. Russell emitió una especie de gruñido.

-¿Y qué estaba haciendo en el pantano el agente de la CIA? -preguntó Arthur en un esfuerzo por atar cabos.

-Flotar en el agua, claro está. Estaba muerto.

-Pero ¿qué...?

-Vamos, ¿es que no te acuerdas de todo aquello? ¿De las alucinaciones? Todo el mundo dijo que era un escándalo, que la CIA estaba haciendo experimentos para la guerra con armas químicas o algo así. Con la disparatada teoría de que, en vez de invadir un país, resultaría más barato y eficaz hacer que la gente se creyera que estaba invadida.

-¿De qué alucinaciones se trataba exactamente...? - Inquirió Arthur con voz muy queda.

-¿Cómo que de qué alucinaciones se trataba? Me refiero a toda aquella historia de grandes naves amarillas, de que todo el mundo se volvía loco y decía que se iba a morir, y luego, zas, los platillos volantes desaparecían cuando se pasaba el efecto. La CIA lo negó, lo que significa que debe de ser cierto.

Arthur sintió que se le iba un poco la cabeza. Apoyó la mano para sujetarse en algún sitio y apretó fuerte. Empezó a abrir y cerrar la boca con movimientos breves, como si fuese a decir algo, pero no le salió ni palabra.

-De todos modos - prosiguió Russell -, a Fenny no se le pasaron tan pronto los efectos de aquella droga, fuera lo que fuese. Yo estaba decidido a demandar a la CIA, pero un abogado amigo mío me dijo que sería lo mismo que lanzarse al ataque de un manicomio armado con un plátano, así que...

Se encogió de hombros.

- Los vogones... - chilló Arthur -. Las naves amarillas..., ¿desaparecieron?

-Pues claro que sí, eran alucinaciones - contestó Russell, mirando a Arthur de extraña manera -. ¿Pretendes decir que no te acuerdas de nada de eso? ¿Dónde has estado, por el amor de Dios?

Para Arthur, ésa era una pregunta tan asombrosamente buena, que de la impresión a punto estuvo de botar en el asiento.

- ¡¡¡Dios!!! - gritó Russell, tratando de dominar el coche, que de pronto empezó a patinar.

Lo apartó del paso de un camión que venía en el otro sentido y viró bruscamente hacia la cuneta llena de hierba. Cuando el coche se paró dando tumbos, la muchacha salió precipitada del asiento de atrás y cayó desmadejado encima de Russell.

Arthur se volvió espantado.

- ¿Está bien? - preguntó bruscamente.

Con gesto colérico, Russell se llevó las manos al cabello, peinado con secador. Se tiró del rubio bigote. Se volvió hacia Arthur.

- ¿Quieres hacer el favor - le dijo - de soltar el freno de mano?

6

Había un paseo de seis kilómetros hasta su pueblo: un kilómetro y medio hasta la desviación adonde el abominable Russell se había negado abruptamente a llevarle y, desde allí, otros tres kilómetros y medio de sinuoso camino rural.

El Saab se perdió en la noche. Arthur lo miró alejarse, tan pasmado como podría estarlo un hombre que, tras creerse completamente ciego durante cinco años, descubriera de pronto que simplemente había llevado un sombrero demasiado grande.

Sacudió bruscamente la cabeza, con la esperanza de que ese gesto desalojara algún hecho sobresaliente que encajaría en su sitio y daría sentido al Universo, por otra parte totalmente desconcertante; pero como el citado hecho sobresaliente, si es que había alguno, no coincidía con nada, echó a andar de nuevo carretera adelante, confiado en que un buen paseo vigoroso, y tal vez incluso unas buenas ampollas dolorosas contribuirían al menos a reafirmarle en su propia existencia, ya que no en su cordura.

Llegó a las diez y media, dato que averiguó a través de la ventana, grasienta y entelada, de la taberna del Horse and Groom, en la que desde hacía muchos años colgaba un viejo y baqueteado reloj de Guinness con un dibujo que representaba a un emú con una jarra de cerveza atascado, en forma bastante divertida, en el gaznate.

Era la taberna donde había estado el fatídico mediodía en que su casa fue demolida y, a continuación, todo el planeta Tierra; o mejor dicho, dio la impresión de que fue demolido. No, maldita sea, fue destruido, porque si no, ¿dónde demonios había estado él durante los últimos ocho años, y cómo había llegado allí de no ser en una de las enormes naves amarillas de los vogones que, según el odioso Russell, no eran más que alucinaciones producidas por una droga? Y si lo habían realmente demolido, ¿qué era aquello donde tenía plantados los pies...?

Desechó aquellas lucubraciones porque no le llevarían más lejos de donde estaba veinte minutos antes, cuando empezó a hacerlas.

Comenzó de nuevo.

Aquélla era la taberna donde había estado el fatídico mediodía durante el cual sucedió lo que ahora estaba tratando de averiguar, fuera lo que fuese, y...

Seguía sin tener sentido.

Volvió a empezar.

Aquélla era la taberna donde...

Aquélla era una taberna.

En las tabernas servían bebidas, y a él no le vendría nada mal tomar una.

Satisfecho de que esa embarullada concatenación de ideas le hubiera finalmente conducido a una conclusión que, además, le hacía feliz aunque no fuese la que se había propuesto encontrar se dirigió hacia la puerta de la taberna.

Y se detuvo.

Un pequeño terrier negro y de pelo crespo salió corriendo por detrás de un parapeto y, al ver a Arthur, empezó a gruñir.

Pero Arthur lo conocía, y bien. Era de un amigo suyo que trabajaba en una empresa de publicidad, y le llamaban Ignorantón porque la forma en que el pelo se le erizaba en la cabeza recordaba al presidente de los Estados Unidos de América. Y el perro conocía a Arthur, o al menos debía conocerlo. Era un animal estúpido, que ni siquiera sabía descifrar una señal de tráfico, y por eso mucha gente consideraba su nombre exagerado, pero al menos debía de ser capaz de reconocerle en vez de quedarse allí parado, con los pelos del cogote erizados, como si Arthur fuese la aparición más espantosa que hubiese irrumpido en su vida de débil mental.

Eso movió a Arthur a mirar de nuevo por la ventana, esta vez no para contemplar al emú que se estaba asfixiando, sino para ver su propio reflejo.

Al verse por primera vez en un ambiente familiar, hubo de admitir que el perro tenía razón.

Se parecía mucho al instrumento que utilizaría un campesino para ahuyentar a los pájaros, y no cabía duda de que si entraba en la taberna en su estado actual, suscitaría ciertos comentarios jocosos y, lo que sería peor, en aquel momento habría varias personas a las que conocería y que inevitablemente le bombardearían a preguntas que, de momento, no se encontraba en buenas condiciones de responder.

Will Smithers, por ejemplo, el dueño de Ignorantón, perro nada prodigioso y animal tan estúpido que lo habían despedido de uno de los anuncios de Will por ser incapaz de saber qué comida de perro debía preferir, pese al hecho de que en los demás cuencos habían vertido aceite de motores.

Will estaría dentro, seguro. Allí estaba su perro; y su coche, un Porsche gris 928S con un letrero en la ventanilla trasera que decía: «Mi otro coche también es un Porsche.» Maldito sea.

Lo miró y comprendió que acababa de enterarse de algo que antes desconocía.

Will Smithers, como la mayoría de los hijoputas superpagados e infraescrupulosos que Arthur conocía en el mundo de la publicidad, procuraba cambiar de coche todos los años en agosto y así decir a la gente que su contable le obligaba a hacerlo, aunque lo cierto era que el contable hacía todo lo posible por impedírselo debido a las pensiones por alimentos que tenía que pagar y todo eso; y aquél era el mismo coche que tenía antes, según recordó Arthur. El número de matrícula pregonaba el año.

Como ahora era invierno, y el incidente que tantos problemas causó a Arthur ocho años atrás, según su cómputo personal, había ocurrido a principios de septiembre, allí habían pasado menos de seis o siete meses.

Quedó tremendamente quieto por un momento y dejó que Ignorantón saltara de un lado para otro sin parar de ladrarle. Pasmado, comprendió algo que ya no podía ignorar: era un extraño en su propio mundo. Por mucho que lo intentaran, nadie podría ser capaz de creer su historia. No sólo parecía de locos, sino que los hechos la contradecían a simple vista.

¿Era aquello realmente la Tierra? ¿Existía la más leve posibilidad de que se hubiese cometido alguna

equivocación sensacional?

La taberna que tenía delante le resultaba insoportablemente familiar en todos los detalles: cada ladrillo, cada trozo de pintura descascarillada; y en el interior percibía el ambiente cálido y cerrado, con el ruido, las vigas al descubierto, los apliques de falso hierro forjado, la barra pegajosa de cerveza en la que habían apoyado los codos personas que conocía; y, por encima, chicas recortadas en cartón mostrando bolsas de cacahuetes grapadas sobre los pechos. Era todo su ambiente, su mundo.

Hasta conocía al maldito perro.

- ¡Eh, Ignorantón!

La voz de Will Smithers significaba que debía decidir rápidamente lo que iba a hacer. Si se quedaba allí, le descubrirían y empezaría el lío. Ocultándose sólo aplazaría el momento, y empezaba a hacer un frío intenso.

El hecho de que se tratase de Will le hizo más fácil la elección. No es que le cayera antipático: Will era bastante divertido. Sólo que resultaba un poco agobiante porque, como trabajaba en publicidad, siempre quería que uno supiera lo bien que él se lo pasaba y en dónde había comprado la chaqueta.

Pensando en todo eso, Arthur se ocultó detrás de una furgoneta.

- ¡Eh, Ignorantón! ¿Qué pasa?

Se abrió la puerta y salió Will, llevando una cazadora de cuero de piloto que un amigo suyo había aplastado con un coche, por expresa petición de Will, en el Laboratorio de Investigación de Tráfico, para que adquiriese aquel aspecto de prenda muy usada.

Ignorantón aulló de placer y, teniendo toda la atención que quería, se olvidó alegremente de Arthur. Will estaba con unos amigos, y habían inventado un juego que jugaban con el perro.

- ¡Comunistas! - gritaron al perro todos a coro -. ¡Comunistas, comunistas, comunistas!

El perro se volvió loco ladrando, saltando de un lado para otro, desgañitándose, fuera de sí, transportado en un éxtasis de rabia. Todos se rieron a carcajadas y lo celebraron, y se dispersaron gradualmente hacia sus respectivos coches y desaparecieron en la noche.

Bueno, esto arregla una cosa, pensó Arthur detrás de la furgoneta, no cabe duda de que éste es el planeta que recuerdo.

7

Su casa seguía en su sitio.

No tenía idea de cómo ni por qué. Había decidido ir a echar un vistazo mientras la gente se marchaba de la taberna, donde pensaba pedir habitación para pasar la noche, y allí la vio incólume.

Cogió una llave que guardaba bajo una rana de piedra del jardín y se apresuró a entrar porque, asombrosamente, sonaba el teléfono.

Lo había oído débilmente mientras subía por el sendero, echando a correr en cuanto comprendió de qué se trataba.

Tuvo que empujar la puerta con fuerza debido a la tremenda cantidad de correo que se había acumulado en el felpudo. Según descubriría más tarde, estaba atascada por catorce ofertas idénticas, dirigidas a su nombre para solicitar una tarjeta de crédito que ya poseía, diecisiete cartas iguales en las que se le amenazaba por el impago de facturas con cargo a una tarjeta que no tenía, treinta y tres cartas idénticas por las que se le comunicaba que lo habían elegido especialmente como persona de gusto y distinción que sabía lo que quería y adónde iba en el sofisticado mundo actual de la jet-set internacional, y que, por consiguiente, con seguridad le gustaría comprar una billetera elegantísima; también había un gatito atigrado, muerto.

Entró a duras penas por el paso relativamente estrecho que dejaba todo aquello, tropezó con un montón de ofertas de vinos que ningún connoisseur distinguido debía perderse, resbaló al saltar una pila de villas donde pasar las vacaciones en la playa, tropezó al subir la escalera a oscuras, llegó a su habitación y cogió el teléfono en el momento en que dejaba de sonar.

Jadeante, se derrumbó en la cama fría, que olía a humedad, y durante unos momentos cejó en sus esfuerzos por impedir que el mundo siguiera dando vueltas en torno a su cabeza de aquel modo tan insistente.

Cuando el mundo disfrutó de sus vueltecitas y se calmó un poco, Arthur alargó la mano hacia la lámpara de la mesilla, sin esperanza de que se encendiera. Para su sorpresa, lo hizo. Aquello gustó al sentido de la lógica de Arthur. Como la compañía de la luz le cortaba la corriente sin falta cada vez que pagaba el recibo, parecía muy razonable que no se la cortaran cuando no lo pagaba. Era evidente que, si les enviaba dinero, sólo llamaría la atención sobre sí mismo.

La habitación estaba casi igual que la había dejado, es decir, repelentemente desordenada, aunque el efecto quedaba un tanto paliado por una gruesa capa de polvo. Libros y revistas a medio leer yacían entre montones de toallas medio usadas. Calcetines desparejados se hundían en tazas de café a medio llenar. Lo que una vez fue un bocadillo a medio comer se había medio convertido ahora en algo de lo que Arthur no quería saber nada. Lanza un haz de rayos sobre todo esto, pensó, y empezarás de nuevo la evolución de la vida.

En la habitación sólo había cambiado una cosa.

Por un momento no percibió el objeto nuevo, porque estaba cubierto por una desagradable capa de polvo. Luego lo vio y clavó la mirada en él. Estaba Junto a una televisión vieja y maltrecha en la que sólo se podían ver cursos de la Universidad a distancia, porque si se intentaba ver algo más interesante, se rompía.

Era una caja.

Arthur se incorporó apoyándose en los codos y la observó con atención.

Era una caja gris, con una especie de lustre desvaído y de forma cúbica, de alrededor de treinta y tres centímetros de lado. Estaba envuelta con una sola cinta de color gris, rematada con un lazo bien dibujado,

Se levantó, se acercó y la tocó con sorpresa. Fuera lo que fuese, era evidente que la habían envuelto para regalo, con arte y delicadeza, y estaba esperando a que él la abriese.

Con cuidado, la levantó y volvió con ella a la cama. Limpió el polvo de la parte de arriba y desató la cinta. La parte de arriba de la caja era una tapa, con la solapa metida dentro.

La abrió y miró dentro. Había un globo de cristal, que descansaba en un fino papel de seda gris. Lo sacó, con cuidado. No era exactamente un globo, porque estaba abierto por abajo o, más bien, como Arthur comprendió al darle la vuelta, por arriba; y tenía un borde grueso. Era una pecera.

De un cristal maravilloso, perfectamente transparente, pero con un matiz gris plateado, parecía hecha de una mezcla de pizarra y cristal.

Despacio, Arthur empezó a darle vueltas entre las manos. Era uno de los objetos más bellos que había visto jamás, pero le tenía completamente perplejo. Miró dentro de la cala, pero aparte del papel de seda no había nada. En el exterior de la caja tampoco había nada.

Volvió a darle vueltas entre las manos. Era maravillosa. Exquisita. Pero era una pecera.

Le dio unos golpecitos con la uña del pulgar y se oyó un tañido profundo y delicioso que resonó por más tiempo del que parecía posible, y cuando al fin se apagó no pareció perderse, sino flotar en otros mundos, como en un sueño en alta mar.

Fascinado, Arthur volvió a revolvería entre las manos, y esta vez la luz de la polvorienta lamparita de la mesilla le dio en un ángulo diferente y centelleó sobre unas erosiones que había en la superficie. La sostuvo en alto, ajustando el ángulo a la luz, y de pronto vio claramente las formas delicadamente grabadas de unas palabras que reflejaban su sombra en el cristal.

«Hasta luego», decían, «y gracias...»

Eso era todo. Parpadeó y no entendió nada.

Durante otros cinco minutos movió el objeto una y otra vez, sosteniéndolo a la luz en diferentes ángulos, dándole golpecitos para oír su fascinante tañido y pensando en el significado de las borrosas letras, pero no halló ninguno. Finalmente se puso en pie, llenó la pecera con agua del grifo y volvió a depositarla en la mesa, junto a la televisión. Se sacudió la oreja, se sacó el pequeño pez Babel y lo dejó caer, coleando, en la pecera. Ya no lo necesitaría mas, salvo para ver películas extranjeras.

Volvió a tumbarse en la cama y apagó la luz.

Permaneció quieto y tranquilo. Absorbió la oscuridad que le envolvía, fue relajando poco a poco sus miembros de un extremo a otro, sosegó y normalizó la respiración, liberó la mente de todo pensamiento, cerró los ojos y le fue absolutamente imposible quedarse dormido.

La noche estaba desapacible. Las nubes de lluvia se habrían desplazado y en aquel momento centraban su atención sobre una pequeña cafetería para camioneros justo a las afueras de Bournemouth, pero al pasar molestaron al cielo, que ahora alentaba un aire húmedo y encrespado, como si no supiera de qué otra cosa sería capaz si le seguían provocando.

Salió la luna con aspecto acuoso. Parecía una bola de papel en el bolsillo trasero de unos vaqueros que acabaran de salir de la lavadora, y sólo el tiempo y la plancha revelarían si se trataba de una lista vieja de la compra o de un billete de cinco libras.

El viento se removió un poco, como la cola de un caballo que intentara decidir de qué humor estaba esta noche, y en algún sitio unas campanadas dieron la medianoche.

Una claraboya se abrió con un crujido.

Estaba agarrotada y hubo que darle tirones y convencerla un poco, porque el marco estaba un tanto podrido y en alguna época de su vida le habían pintado las bisagras bastante a conciencia, pero al final se abrió.

Se encontró un apoyo para sujetarla y entre las paredes abuhardilladas del techo, una figura apareció por la estrecha abertura.

Permaneció quieta, contemplando el cielo en silencio.

La figura era todo lo contrario de la criatura de aspecto salvaje que poco más de una hora antes había irrumpido como loca en la casa. Había desaparecido la deshilachada y harapienta bata, manchada por el barro de un centenar de mundos, grasienta por los condimentos de la detestable comida de un centenar de puertos espaciales; desaparecido también la melena enmarañada y la barba larga y llena de nudos, con el ecosistema floreciente y todo eso.

En cambio, allí estaba Arthur Dent, elegante y deportivo, con pantalones de pana y un jersey holgado. Llevaba el pelo limpio y corto y estaba bien afeitado. Sólo sus ojos seguían rogando al Universo que, fuera lo que fuera lo que le estaba haciendo, dejara de hacerlo, por favor.

No eran los mismos ojos con los que había contemplado por última vez aquel panorama, y el cerebro que interpretaba las imágenes recogidas por éstos, tampoco era el mismo. No es que le hubieran practicado alguna operación quirúrgica; era sólo la continua dislocación de la experiencia.

En aquel momento, la noche le parecía algo vivo, y el oscuro mundo que le rodeaba, un ser en el que tenía raíces.

Como un hormigueo en lejanas terminaciones nerviosas, sentía la corriente de un río distante, la ondulación de invisibles colinas, el nudo de densos nubarrones estacionados en algún punto remoto del Sur.

Sentía, también, el estremecimiento de ser un árbol, algo que no se esperaba. Sabía que introducir los dedos de los pies en la tierra producía una sensación agradable, pero jamás imaginó que lo fuese tanto. Notó que una oleada de placer, casi indecente, le llegaba desde New Forest. Pensó que en el verano debería tratar de ver cómo sentían las hojas.

Desde otra dirección le llegó la sensación de ser una oveja asustada por un platillo volante, pero era algo que prácticamente no se distinguía de la idea de ser una oveja atemorizada por cualquier otra cosa, pues tales criaturas aprendían muy poco de su peregrinaje por la vida y se alarmaban al ver el sol por la mañana, asombrándose de la cantidad de verde que había en los campos.

Se sorprendió al descubrir que podía sentir cómo la oveja se asustaba del sol aquella mañana, y el día anterior, y cómo se turbaba ante un grupo de árboles el día antes. Podía seguir retrocediendo, pero era aburrido, porque todo consistía en que las ovejas sentían temor de las mismas cosas que las habían amedrentado el día anterior.

Abandonó las ovejas y permitió que su mente, soñolienta, fluyera a la deriva formando ondas concéntricas. Sintió la presencia de otras mentes, centenares de ellas, una maraña de miles, amodorradas algunas, otras dormidas, otras tremendamente animadas, y una tronchada.

Fracturada.

Pasó fugazmente por ella y de nuevo intentó sentirla, pero le evitó como la tarjeta de la manzana de Pelmanism. Sintió un espasmo de agitación porque instintivamente supo quién era, o al menos quién deseaba que fuese, y una vez que se sabe lo que es se está en lo cierto, pues el instinto es un instrumento muy útil para ese tipo de conocimiento.

Instintivamente sabía que era Fenny, y que él quería encontrarla; pero no podía. Al utilizarla con tanta intensidad, notaba que perdía aquella nueva y extraña facultad, de manera que abandonó la búsqueda y de nuevo dejó vagar la imaginación más tranquilamente.

Y de nuevo sintió la fractura.

Y dejó de notarla otra vez. En esta ocasión, fuera lo que fuera lo que su instinto se afanara en comunicarle lo que debía creer, no estaba seguro de que era Fenny; o quizá se tratara de una fractura diferente. Tenía el mismo aspecto inconexo, pero daba la impresión de una fractura más general, más profunda, y no de una mente individual, tal vez ni siquiera era una mente. Era distinto.

Dejó que su mente se hundiera lenta y ampliamente en la Tierra, formando ondas, escurriéndose, filtrándose.

Seguía la Tierra a lo largo de sus días, meciéndose en los ritmos de sus miles de cadencias, sumiéndose en la maraña de su vida, hinchándose con sus mareas, girando con su peso. Y siempre volvía la fractura, un dolor sordo, inconexo y lejano.

Y ahora volaba por una tierra luminosa; la luz era tiempo, sus mareas eran días que retrocedían. La fractura que había percibido, la segunda, se le presentaba a lo lejos, al otro extremo del territorio, con el grosor de un solo cabello por el paisaje soñador de los días de la Tierra.

Y de pronto estaba encima de ello.

Vaciló aturdido sobre el borde mientras el país de ensueño se abría vertiginosamente a sus pies, asombroso precipicio en la nada, retorciéndole con frenesí, agarrándose a nada, agitándose en el espacio horripilante, dando

vueltas, cayendo.

Al otro lado del dentado abismo había habido otra tierra en otro tiempo un mundo más viejo, no separado del otro, pero apenas unido; dos Tierras. Se despertó.

Una brisa fría rozó el sudor febril de su mente. La pesadilla había pasado, y él se sentía agotado. Dejó caer los hombros y se frotó suavemente los ojos con la punta de los dedos. Por fin tenía sueno y se sentía muy cansado. En cuanto al significado de la pesadilla, si es que significaba algo, ya pensaría en ello por la mañana; de momento se iría a la cama, a dormir. A su cama, a su propio sueno.

Podía ver su casa a lo lejos y se preguntó por qué. Se recortaba a la luz de la luna, y reconoció su absurda forma, bastante insípida. Miró a su alrededor y observó que se hallaba a unos cuarenta centímetros por encima de los rosales de uno de sus vecinos, John Ainsworth. Los tenía primorosamente cuidados, podados para el invierno, con sus etiquetas y atados a cañas, y Arthur se preguntó qué hacía sobre ellos. Se preguntó qué le sujetaba allá y, al descubrir que no se apoyaba en nada, cayó torpemente al suelo.

Se levantó, se limpió y volvió coleando a su casa con un esguince en el tobillo. Se desnudó y se metió en la cama.

Cuando estaba dormido sonó el teléfono de nuevo. Sonó durante quince minutos enteros, haciéndole dar dos vueltas en la cama. Sin embargo, ni por un momento corrió el riesgo de despertarse.

8

Arthur se despertó sintiéndose de maravilla, absolutamente fabuloso, repuesto, rebosante de alegría por estar en cama, lleno de vigor y nada decepcionado al descubrir que era mediados de febrero.

Casi bailando, se dirigió al frigorífico, encontró las tres cosas menos peludas que había, las puso en un plato y las miró con atención durante dos minutos. Como en ese período de tiempo no intentaron moverse, las llamó desayuno y se las comió. Así eliminaron una virulenta enfermedad espacial que, sin saberlo, había contraído Arthur unos días antes en los Pantanos de Gas de Flargathon, y que de otro modo habría matado a media población del Hemisferio Occidental, cegado a la otra mitad y vuelto psicóticos y estériles a todos los demás, así que la Tierra tuvo suerte en aquella ocasión.

Se sentía fuerte, sano. Con una pala, apartó vigorosamente las cartas de propaganda y enterró al gato.

Justo cuando terminaba la tarea sonó el teléfono, pero lo dejó sonar mientras guardaba un momento de respetuoso silencio. Si se trataba de algo importante, volverían a llamar.

Se quitó el barro de los zapatos y volvió a entrar en la casa.

Entre los montones de cartas de propaganda había algunas importantes: unos documentos del ayuntamiento, con fecha de tres años antes, relativos a la intención de demoler su casa, y algunas otras sobre un proyecto de encuesta pública acerca del plan de construir una vía de circunvalación en la zona; también había una vieja carta de Greenpeace, el grupo de presión ecologista al que apoyaba de cuando en cuando, pidiendo ayuda para su plan de liberar del cautiverio a delfines y orcas, más algunas postales de amigos que vagamente se quejaban de que aquellos días no se le podía localizar.

Reunió todas aquellas cartas y las guardó en un archivador de cartón en el que anotó «Asuntos pendientes». Como aquella mañana se encontraba tan lleno de vigor y dinamismo, añadió la palabra: «¡Urgente!»

Sacó la toalla y otras cosas de la bolsa de plástico que había comprado en el megamercado de Puerto Brasta. En un lado de la bolsa había un slogan que era un ingenioso y complicado juego de palabras en Lingua Centauri, que era absolutamente incomprensible en cualquier otro idioma, y que por tanto no tenía sentido alguno en una tienda libre de impuestos de un puerto espacial. Además, la bolsa tenía un agujero, de modo que la tiró.

Sintió una súbita punzada al darse cuenta que se le debió de caer algo más en la pequeña nave espacial que le llevó a la Tierra y que, amablemente, se desvió de su ruta para dejarle en la autopista A 303. Había perdido su baqueteado ejemplar, gastado de tantos viajes espaciales, del objeto que le ayudó a orientarse en las increíbles distancias que había recorrido en el espacio. Había perdido la Guía del autostopista galáctico.

Bueno, dijo para sí, ya no voy a necesitar a mas.

Tenía que hacer unas llamadas.

Había decidido cómo enfrentarse a la enorme cantidad de contradicciones provocadas por su viaje de vuelta; es decir que lo ignoraría todo.

Telefoneó a la BBC y pidió que le pusieran con el Jefe de su departamento.

-Hola, soy Arthur Dent. Mira, siento haber faltado estos seis meses, pero es que me había vuelto loco.

-Bueno, no te preocupes. Pensé que seguramente era algo así. Aquí pasa eso a todas horas. ¿Para cuándo te esperamos?

-¿Cuándo terminan de invernar los puercoespines?

-En primavera, supongo.

-Entonces iré un poco después de eso.

-Vale. Hojeó las páginas amarillas y elaboró una breve lista de números. -Hola, ¿es el Hospital Old Elms? Sí, llamaba para ver si podía hablar con

Fenella, hmm... Fenella... ¡Vaya por Dios, qué tonto soy! Ahora se me olvidará mi propio apellido. Hmm... Fenella... Es ridículo, ¿verdad? Es paciente de ustedes, una chica morena, que ingresó anoche...

-Me temo que no tenemos ningún paciente que se llame Fenella. -¿Ah, no? Me refiero a Fiona, claro; es que nosotros la llamamos Fen...

-Lo siento, adiós. Clic. Seis conversaciones por el estilo empezaron a afectar su humor de

vigoroso y dinámico optimismo, y pensó que antes de que se le pasara por completo debía bajar a la taberna y exhibirse un poco.

Se le había ocurrido la idea perfecta para explicar de un plumazo el inexplicable misterio que le rodeaba, y silbó en tono bajo al empujar la puerta que tanto le había intimidado la noche anterior.

- iiiiArthur!!!!

Sonrió alegremente ante los ojos asombrados que le miraban fijamente desde todos los rincones de la taberna, y contó a todos lo maravillosamente bien que se lo había pasado al sur de California.

9

Aceptó otra caña de cerveza y bebió un trago.

-Claro que tenía también mi alquimista personal.

- ¿Tu qué?

Empezaba a hacer el ridículo, y lo sabía. La mezcla de Exuberance, Hall y el mejor bitter de Woodhouse era algo con lo que había que andarse con cuidado, pero uno de sus primeros efectos era el de perder el cuidado, y el punto en el que Arthur debería haberse callado y dejar de dar explicaciones era el punto en que, en cambio, empezaba a tener inventiva.

-¡Pues, sí! -insistió con una alegre y vidriosa sonrisa -. Por eso es por lo que he perdido tanto peso.

-¿Cómo? - preguntó su auditorio.

-¡Pues, sí! - repitió. Los californianos han redescubierto la alquimia. Sí, sí. Volvió a sonreír.

-Sólo que - prosiguió - no en una forma más útil que la de... Hizo una pausa, pensativo, para recordar un poco de gramática, y añadió: -...la que los antiguos empleaban para practicarla. O que no llegaban a

practicar. No les daba resultados. Nostradamus y todos esos. No lo conseguían.

-¿Nostradamus? - preguntó uno de los oyentes.

-Me parece que ése no era alquimista - opinó otro.

-Creo que hacía profecías - manifestó un tercero.

-Se convirtió en adivino - informó Arthur a su auditorio, cuyos componentes empezaban a oscilar y hacerse un poco borrosos -, porque era tan mal alquimista... Deberíais saberlo.

Tomó otro trago de cerveza. Era algo que no había probado en ocho años. Lo saboreó una y otra vez.

-¿Qué tiene que ver la alquimia con la pérdida de peso? -preguntó una parte del auditorio.

-Me alegro de que me lo preguntéis - contestó Arthur -. Me alegro mucho. Y ahora os diré que relación hay entre... -hizo una pausa -. Entre esas dos cosas. Las que has mencionado. Os lo voy a decir.

Se calló y manipuló sus ideas. Era como ver buques petroleros que hicieran maniobras de tres puntos en el Canal de la Mancha. -Descubrieron cómo convertir el exceso de grasa corporal en oro - declaró en un repentino arranque de coherencia.

- Estás de broma.

- Pues claro - dijo, y se corrigió -: Es decir, no. Lo hicieron. Se volvió a la parte dubitativo de su auditorio, que eran todos; así que le llevó un ratito el dar la vuelta completa. -¿Habéis estado en California? - preguntó -. ¿Sabéis la clase de cosas que hacen allí? Tres miembros del auditorio contestaron afirmativamente y le advirtieron que estaba diciendo tonterías. -No habéis visto nada - insistió Arthur y, como alguien estaba invitando a otra ronda, añadió -: ¡Sí, claro!

-La prueba - prosiguió, señalándose a sí mismo y fallando por mas de cinco centímetros - la tenéis a la vista. Catorce horas en trance. En un depósito. En trance. Metido en un depósito. Creo - añadió, después de una pausa pensativa - que ya lo he dicho.

Esperó con paciencia mientras servían la siguiente ronda. Compuso mentalmente la siguiente parte de su historia, que se refería a la necesidad de orientar el depósito por una línea que caía en perpendicular desde la estrella Polar hasta una línea de referencia trazada entre Marte y Venus, y estaba a punto de empezar a contarla cuando decidió dejarlo.

- Mucho tiempo - dijo, en cambio -, metido en un tanque. En trance. Miró a su auditorio con expresión severa, para asegurarse de que todos le

seguían con atención. Prosiguió.

-¿Dónde estaba? - preguntó.

-En trance - contestó uno.

-En un depósito - dijo otro.

-Ah, sí. Gracias. Y lentamente - dijo, apresurándose -, despacio, muy lentamente, todo el exceso de grasa del cuerpo... se convierte... en... -hizo una pausa, tratando de causar efecto - sucuu... subtuu... subtucá... - hizo una pausa para tomar aliento - oro subcutáneo, que se puede extraer mediante cirugía. Salir del depósito es horrible. ¿Qué decías?

-Sólo he carraspeado.

-Me parece que no me crees.

-Me aclaraba la garganta. -La chica se aclaraba la garganta - confirmó una parte significativa del auditorio con un murmullo bajo.

- Bueno, sí - dijo Arthur -, muy bien. Y luego se reparten las ganancias... hizo una pausa aritmética - con el alquimista, al cincuenta por ciento. ¡Se saca un montón de dinero!

Lanzó una mirada incierta a sus oyentes y no pudo escapársele el aire de escepticismo de los confusos rostros. Eso le molestó mucho.

- ¿Cómo me habría adelgazado la cara, si no? - preguntó. Brazos amistosos empezaron a ayudarle a llegar a casa. -¡Escuchad! -protestó mientras la fría brisa de febrero le acariciaba el

rostro -. Lo que ahora hace furor en California es tener aspecto de haber vivido mucho. Se ha de tener la apariencia de haber visto la Galaxia. La vida, quiero decir. Hay que tener el aspecto de conocer la vida. Eso es lo que yo tengo. La cara caída. Dadme ocho años, dije. Espero que no vuelva a estar de moda el tener treinta años; si no, habré perdido un montón de dinero.

Permaneció en silencio durante un rato, mientras los brazos amistosos seguían ayudándole a llegar a casa. -Llegué ayer - murmuró. Estoy muy, pero que muy contento de estar en casa. O en algún sitio muy parecido...

-El desfase del vuelo - murmuró uno de sus amigos -. Es largo el viaje desde California. Te transforma de veras durante un par de días.

-Yo creo que no ha estado allí -dijo otro, en voz baja -. Quisiera saber dónde ha estado. Y qué le ha pasado.

Tras una pequeña siesta, Arthur se levantó y deambuló un poco por la casa. Se sentía aturdido y un tanto deprimido; seguía desorientado por el viaje. Se preguntó cómo iba a encontrar a Fenny.

Se sentó y miró la pecera. Volvió a darle unos golpecitos y, pese a estar llena de agua y contener un diminuto pez Babel de color amarillo que se movía dando afligidas bocanadas, resonó de nuevo con su vibrante y profundo campanilleo de forma tan clara e hipnótica como antes.

Alguien trata de darme las gracias, pensó. Se preguntó quién sería, y por qué.

10

-Al oír la tercera señal será la una..., treinta y dos minutos... veinte segundos.

-Bip... bip... bip. Ford Prefect contuvo una risita de maligna satisfacción, comprendió que no había motivo para contenerla y soltó una carcajada perversa.

Pasó la señal procedente de la red Sub-Etha al espléndido sistema de alta fidelidad de la nave, y la extraña y cantarina voz, un tanto ampulosa, resonó por la cabina con admirable claridad.

-Al oír la tercera señal será la una..., treinta y dos minutos... treinta segundos.

-Bip..., bip..., bip.

Subió un poquito el volumen, sin dejar de observar cuidadosamente el cuadro de cifras que cambiaban con rapidez en la pantalla del ordenador. Para el período de tiempo en que pensaba, la cuestión del consumo de energía era muy importante. No quería tener un crimen sobre su conciencia.

-Al oír la tercera señal será la una..., treinta y dos minutos... cuarenta segundos.

-Bip..., bip..., bip.

Lanzó una mirada de comprobación por la pequeña nave. Salió al reducido pasillo.

- Al oír la tercera señal... Asomó la cabeza al pequeño y funcional cuarto de baño, de reluciente

acero.

-... será...

Sonaba muy bien allí dentro.

Miró en el diminuto dormitorio.

-...la una... treinta y dos minutos...

Sonaba un poco amortiguado. Había una toalla colgada sobre uno de los altavoces. La quitó.

-...cincuenta segundos.

Muy bien.

Comprobó la atestada cabina de carga, y el sonido no le satisfizo en absoluto. Había demasiadas cajas llenas de trastos. Retrocedió y esperó a que se cerrara la puerta. Forzó el panel de control, que estaba cerrado, y pulsó el botón de tirar la carga. No sabía por qué no lo había pensado antes. Se oyó como un silbido retumbante que fue apagándose con rapidez. Tras una pausa, volvió a oírse un leve murmullo.

Desapareció.

Ford Prefect esperó a que se encendiera la luz verde y luego abrió de

nuevo la puerta de la ya vacía bodega de carga. -...la una..., treinta y tres minutos..., cincuenta segundos. Muy bien.

-Bip..., bip..., bip.

Procedió a un último y minucioso examen de la cámara suspendida de animación para emergencias, que era donde más empeño tenía en que se oyera.

-A la tercera señal será exactamente la una... y treinta y cuatro minutos.

Tiritó al atisbar por la helada capa de hielo que cubría la oscura forma de su interior. Algún día, quién sabía cuándo, se despertaría, y entonces sabría qué hora era. No exactamente la hora local, claro, pero qué demonios.

Hizo una doble comprobación en la pantalla del ordenador situado sobre el lecho de congelación, redujo la intensidad de la luz y volvió a verificarlo.

-A la tercera señal será... Salió de puntillas y volvió a la cabina de control. -...la una..., treinta y cuatro minutos, veinte segundos. La voz se oía tan claramente como si estuviera al teléfono en Londres, que

no lo estaba, ni mucho menos.

Miró a la negra noche del exterior. La estrella del tamaño de una brillante miga de galleta que veía a lo lejos era Zondostina, o así se llamaba en el mundo desde donde se recibía la voz cantarina y un tanto afectada, Pléyades Zeta.

La brillante curva de color naranja que ocupaba más de la mita del área visible era el inmenso planeta de gas Sesefras Magna, donde atracaban las naves de combate de Xaxis, y justo por encima de su horizonte se levantaba una pequeña luna de frío azul, Epun.

-A la tercera señal será...

Permaneció sentado durante veinte minutos, viendo cómo se estrechaba la distancia entre la nave Epun, mientras el ordenador de la nave movía y componía las cifras que le harían llegar al circuito alrededor de la pequeña luna, cerrándolo y girando en su órbita en perpetua oscuridad.

-...la una..., y cincuenta y nueve minutos...

Su primer plan consistió en cortar todas las señales externas y las radiaciones de la nave, para que pasase inadvertida a menos que la mirasen directamente, pero ahora tenía una idea mejor. Sólo emitiría un rayo continuo, fino como el trazo de un lápiz, que transmitiera la señal de la hora al planeta de procedencia, al que, viajando a la velocidad de la luz, llegaría dentro de cuatrocientos años, pero en el que causaría un gran revuelo.

-Bip..., bip..., bip. Soltó una risita tonta. No le gustaba pensar que era de los que hacen muecas o se ríen

tontamente, pero debía admitir que ya llevaba más de media hora haciéndolo.

-A la tercera señal...

La nave ya había entrado casi por completo en su eterna órbita alrededor de una luna poco conocida y jamás visitada. Casi perfecto.

Sólo quedaba una cosa por hacer. Volvió a pasar por el ordenador la simulación del aterrizaje del Buggy Evasión-O de la nave, equilibrando acciones, reacciones, fuerzas tangenciales, toda la poesía matemática del movimiento, y vio que estaba bien.

Antes de marcharse, apagó las luces.

Cuando su pequeña nave de escape, semejante a la funda cilíndrica de un puro, salió disparada para iniciar

los tres días de viaje a la estación orbital de Puerto Sesefron, cabalgó durante unos segundos sobre un largo rayo de radiación, fino como el trazo de un lápiz, que comenzaba un viaje más largo todavía.

-Al oír la tercera señal, serán las dos..., trece minutos..., cincuenta segundos. Soltó una risita tonta y nerviosa. Se hubiera reído a carcajadas, pero no tenía sitio.

-Bip..., bip..., bip.

11

- Aborrezco de modo especial los chaparrones de abril.

Por muchos gruñidos evasivos que Arthur profería, el desconocido parecía resuelto a hablar con él. Se preguntó si debía levantarse y marcharse a otra mesa, pero en toda la cafetería no parecía haber otra libre. Removió colérico el café.

- Malditos chaparrones de abril. Los detesto y los odio.

Con el ceño fruncido, Arthur miraba por la ventana. Un leve y luminoso aguacero caía por la autopista. Ya hacía dos meses que había vuelto. En realidad, volver a su antigua vida había sido ridículamente fácil. La gente tenía una pésima memoria y él también. Los ocho años de frenético vagabundaje por la Galaxia ahora le parecían no ya como un mal sueño, sino como una película de la tele que hubiera grabado en vídeo y guardado en el fondo de un armarlo sin molestarse en verla.

Pero aún le duraba uno de sus efectos: su alegría de haber vuelto. Ahora que la atmósfera de la Tierra se había cerrado de veras sobre su cabeza pensó, erróneamente, que todo lo terrestre le proporcionaba un placer extraordinario. Al ver el plateado destello de las gotas de lluvia, sintió que debía protestar.

-Pues a mí me gustan - dijo de pronto -, y por un montón de razones evidentes. Son ligeros y refrescantes. Son chispeantes y le ponen a uno de buen humor.

El desconocido lanzó un bufido de desprecio. -Eso es lo que dicen todos - repuso, frunciendo el ceño con aire sombrío en el rincón donde estaba sentado. Era conductor de camión. Arthur lo sabía porque, al conocerse, hizo una observación espontánea:

- Soy camionero. Odio conducir cuando llueve. Qué ironía, ¿verdad? Una puñetera ironía. Si aquel comentario tenía un sentido oculto, Arthur no fue capaz de

adivinarlo, y se limitó a emitir un gruñidito, afable pero no alentador.

Pero el desconocido no se desanimó entonces, y tampoco ahora.

-La gente siempre dice lo mismo de los puñeteros chaparrones de abril

aseveró -. Tan jodidamente bonitos, tan jodidamente refrescantes, un tiempo tan jodidamente encantador. Se inclinó hacia adelante, torciendo el rostro como si fuese a decir algo extraordinario sobre el gobierno.

- Lo que quiero saber -dijo - es que si hace buen tiempo, por qué - casi escupió - no puede ser bueno sin la jodida lluvia? Arthur se dio por vencido. Decidió dejar su café, que estaba demasiado

caliente para beberlo de prisa. Y demasiado malo para beberlo frío.

-Bueno ¡allá va! -dijo, levantándose -. Hasta luego.

Se detuvo en la tienda de la gasolinera, y luego volvió andando por el

aparcamiento, procurando disfrutar de la fina lluvia que le caía en el rostro. Observó que hasta había un pálido arco Iris reluciendo sobre las colinas de Devon. Y también le causó placer.

Subió a su negro Golf GTI, viejo y baqueteado, pero adorado; hizo chirriar las ruedas y, cruzando por los aislados surtidores de gasolina, salió por la vía trasera en dirección a la autopista.

Se equivocaba al pensar que la atmósfera de la Tierra acababa de cerrarse para siempre sobre su cabeza.

Se equivocaba al pensar que alguna vez se liberaría del enrevesado laberinto de dudas adonde sus viajes galácticos le habían arrastrado.

Se equivocaba al pensar que ya podía olvidar que la Tierra donde vivía, grande, sólida, grasienta, sucia y suspendida en un arco iris, era un punto microscópico dentro de un punto microscópico perdido en la inconcebible infinitud del Universo.

Siguió conduciendo, canturreando, totalmente equivocado.

La prueba de que se equivocaba estaba al borde de la carretera bajo un paraguas.

Se quedó boquiabierto. Se torció el tobillo contra el pedal del freno y dio tal patinazo que casi hizo volcar el coche.

- ¡Fenny! - gritó. Tras evitar por un pelo golpearla con el coche, terminó arrollándola al abrir la puerta de golpe y asomarse por ella.

Le cogió la mano y le arrancó el paraguas, que rodó vertiginosamente por la carretera.

- ¡Mierda! - gritó Arthur de forma tan servicial como pudo.

Bajó del coche de un salto, salvándose por poco de ser atropellado por el camión de «McKenna, transportes en cualquier tiempo», y, en cambio, vio horrorizado cómo arrollaba el paraguas de Fenny. El camión se perdió rápidamente en la distancia.

El paraguas yacía como una marioneta recién aplastada, expirando tristemente en el suelo. Débiles bocanadas de viento lo estremecían un poco. Lo recogió.

-Pues... - dijo. No parecía tener mucho sentido el devolvérselo.

-¿Cómo sabía usted mi nombre? - preguntó ella. -Pues, bueno... -repuso él -. Mira, te compraré otro... Al mirarla se quedó mudo. Era alta y morena, con el pelo ondulado en torno a un rostro pálido y grave.

Allí de pie, sola, casi tenía un aire grave, como la estatua de una virtud importante pero impopular en un jardín cuidado. Parecía mirar a algo distinto de lo que miraba.

Pero cuando sonreía, como ahora, era como si de pronto llegara de otra parte. A su rostro afluían calor y vida, y a su cuerpo una increíble gracia de movimientos. El efecto era muy desconcertante, y dejó muy confundido a Arthur.

Sonrió, tiró el bolso al asiento trasero y se acomodó delante.

- No se preocupe por el paraguas - le dijo al subir -. Era de mi hermano y

no le debía de gustar, si no, no me lo hubiera dado. Rió y se ajustó el cinturón de seguridad.

-No es amigo de mi hermano, ¿verdad?

-No. Su voz fue la única parte de su cuerpo que no dijo: «Muy bien.»

Su presencia física allí en el coche, en su coche, le resultaba del todo extraordinaria. Al arrancar despacio, notó que apenas podía respirar o pensar, y esperaba que ninguna de esas funciones fuese vital para conducir, pues de otro modo tendrían problemas.

De manera que lo que experimentó en el otro coche, en el de su hermano, la noche que volvió exhausto y perplejo de sus anos de pesadilla por las estrellas, no se debía al desequilibrio del momento y, si había sido así, ahora estaba doblemente desequilibrado y dispuesto a caerse del sitio donde debe apoyarse la gente bien equilibrada.

-Así que... -dijo, esperando dar un comienzo interesante a la conversación.

-Mi hermano tenía intención de recogerme, pero me llamó para decirme que no podía. Pregunté por autobuses, pero el hombre empezó a mirar un calendario en vez del horario, así que decidí hacer autostop.

-Ya. - Así que, aquí estoy. Y me gustaría saber cómo sabe mi nombre.

-Quizá deberíamos resolver primero - sugirió Arthur, mirando por encima del hombro al meterse en el tráfico de la autopista - la cuestión de adónde la llevo.

Muy cerca, esperaba; o muy lejos. Muy cerca significaría que vivía en su vecindario y, muy lejos, que la llevaría hasta allá.

-Me gustaría ir a Tauton, por favor - dijo ella -. Si le parece bien. No está lejos. Puede dejarme en...

-¿Vive en Tauton? -preguntó Arthur, esperando haber conseguido que su tono fuese sólo de curiosidad y no de éxtasis. Tauton estaba maravillosamente cerca de su casa. Podría...

-No, en Londres - contestó Fenny -. Hay un tren dentro de una hora escasa. No podía ser peor. Tauton sólo estaba a unos minutos por autopista. No sabía qué hacer y, mientras lo pensaba, se oyó decir, con horror:

- Bueno, puedo llevarla a Londres. ¡Permítame llevarla a Londres!

¡Grandísimo idiota! ¿Por qué demonios había dicho «permítame» de aquella ridícula manera? Se estaba comportando como si tuviera doce anos.

-¿Es que va usted a Londres? - preguntó ella.

-No pensaba ir, pero... ¡Grandísimo idiota!

-Es muy amable - repuso ella -, pero no, de verdad. Me gusta ir en tren.

Y de repente ya se había ido. O mejor dicho, desapareció aquella parte que le daba vida. Se puso a mirar por la ventana con bastante indiferencia, canturreando en tono bajo.

Arthur no podía creérselo.

Treinta segundos de conversación y ya lo había echado todo a perder.

Los hombres hechos y derechos - se dijo, en rotunda contradicción con la evidencia acumulada durante siglos sobre el comportamiento de los hombres hechos y derechos -, no se comportan así.

«Taunton, 8 kilómetros», decía el letrero.

Asió tan fuerte el volante, que el coche tembló. Tendría que hacer algo espectacular.

-Fenny - dijo. Ella se volvió bruscamente hacia él.

-Todavía no me ha dicho cómo... -Escuche -la interrumpió Arthur -. Voy a contarle una historia, aunque es bastante extraña. Muy extraña. Ella siguió mirándole, pero no dijo nada.

-Escuche...

-Ya lo ha dicho.

- ¿Ah, sí? Bueno. Hay cosas de las que le tengo que hablar y cosas que le debo contar..., he de contarle una historia que...

Se estaba haciendo un lío. Quería decir algo parecido a: «Separar tus prietos y densos cabellos, y dejar cada rizo erecto como las púas del inquieto puercoespín», pero pensó que no lo lograría y no le gustaba la referencia al erizo.

-... lo cual me llevaría más de ocho kilómetros - dijo al fin sin mucha convicción, según temía.

- Bueno...

-Suponiendo, suponiendo - dijo Arthur sin saber que añadiría después, así que pensó que lo mejor sería relajarse y escuchar que fuese usted muy importante para mí por alguna extraña razón y que, aunque no lo supiese, yo fuese muy importante para usted, pero que todo se quedara en nada porque sólo nos viésemos durante ocho kilómetros y yo fuera un estúpido idiota al no saber decir algo muy importante a alguien a quien acababa de conocer, sin chocar al mismo tiempo con camiones - hizo una pausa, incapaz de proseguir, y la miró. ¿Qué me aconsejaría que hiciera?

- ¡Mire la carretera! - gritó ella.

- iMierda! Por los pelos no se precipitó contra el costado de un camión alemán que transportaba cien lavadoras italianas.

-Me parece -dijo ella, tras un momentáneo suspiro de alivio - que debería invitarme a tomar algo antes de que salga el tren.

12

Por alguna razón, los bares próximos a las estaciones siempre tienen un algo sombrío, una clase muy especial de desaliño, una particular palidez en las empanadas de cerdo.

Pero peor que las empanadas de cerdo, son los bocadillos.

En Inglaterra persiste la sensación de que preparar un bocadillo interesante, atractivo, o apetitoso es algo pecaminoso que sólo los extranjeros hacen. «Que sean secos», es la consigna oculta en alguna parte de la conciencia colectiva nacional, «que sean como de goma. Si queréis que los puñeteros bocadillos estén frescos, lavadlos una vez a la semana.»

Tomando bocadillos en los bares los sábados a la hora de comer, es como los británicos intentan expiar sus pecados nacionales, cualesquiera que sean. No tienen nada claro qué clase de pecados son, y tampoco quieren saberlo. Ese es el tipo de cosas que uno no quiere saber. Pero sean los que sean, quedan ampliamente purgados por los bocadillos que se obligan a comer.

Si algo hay pedir que los bocadillos, son las salchichas que siempre se encuentran a su lado. Cilindros sin alegría, llenos de cartílagos, que flotan en un mar de algo caliente y triste, con un alfiler de plástico en forma de gorro de jefe de cocina: en recuerdo, podría pensarse, de algún cocinero que odiaba al mundo y murió olvidado y solo entre sus gatos en una escalera de servicio en Stepney.

Las salchichas son para quienes saben cuáles son sus pecados desean expiar alguno en concreto.

- Debe de haber algún sitio mejor - dijo Arthur. -No hay tiempo - repuso Fenny, consultando el reloj -. Mi tren sale dentro de media hora.

Se sentaron a una mesa pequeña y tambaleante. Sobre ella había unos vasos sucios y varios posavasos empapados de cerveza y con chistes impresos. Arthur invitó a Fenny a un zumo de tomate y él tomó un vaso de agua amarillenta con gas. Y un par de salchichas. No sabía por qué. Las pidió por hacer algo mientras el gas se disolvía en el vaso.

El camarero tiró el cambio en un charco de cerveza sobre la barra, y Arthur le dio las gracias.

- Muy bien - dijo Fenny, mirando al reloj -, cuénteme lo que tenía que contarme.

Tal como cabía esperar, se mostraba sumamente escéptica, y a Arthur se le cayó el alma a los pies. Pensó que la situación no era la más propicia para explicar a Fenny, de pronto indiferente y a la defensiva, que en una especie de sueño desencarnado tuvo la telepática sensación de que la depresión nerviosa que ella había sufrido estaba relacionada con el hecho de que, en contra de lo que parecía, la Tierra había sido demolida para dar paso a una nueva vía de circunvalación hiperespacial, algo que sólo él sabía en la Tierra, pues lo había prácticamente presenciado desde una nave vogona, y que, además, sentía por ella un deseo insoportable en cuerpo y alma y necesitaba acostarse con ella tan pronto como fuese humanamente posible.

-Fenny -empezó a decir.

- Me pregunto si querría usted comprar unas papeletas para nuestra rifa.

Es una rifa pequeña. Arthur alzó bruscamente la vista. -Es para recaudar fondos para Anjie, que se jubila.

-¿Cómo?

-Y necesita un aparato para el riñón.

Inclinada sobre él había una mujer de mediana edad, delgada y un poco tiesa, con un pulcro vestido de punto y una pulcra gabardina, que esbozaba una pulcra sonrisita, que probablemente recibía muchos lamidos de pulcros perritos.

Llevaba en las manos un taco de papeletas y un bote de colecta.

-Sólo diez peniques cada una - dijo - así que tal vez pueda comprar hasta dos. ¡Sin arruinarse!

Soltó una risita tintineante y luego un suspiro extrañamente prolongado. Evidentemente, el decir: «¡Sin arruinarse!» le había causado más placer que cualquier otra cosa desde que los soldados americanos estuvieron acantonados en su casa durante la guerra.

-Pues, sí, muy bien - dijo Arthur, rebuscándose el bolsillo con rápido ademán y sacando un par de monedas.

Con enfurecedora lentitud y pulcra teatralidad, si tal cosa existe, la mujer arrancó dos papeletas y se las tendió a Arthur.

-Espero que gane - le deseó la mujer con una sonrisa que se plegó súbitamente como un papel decorativo Japonés -, los premios son muy bonitos.

- Sí, gracias - repuso Arthur, guardando las papeletas con bastante

brusquedad y mirando el reloj. Se volvió hacia Fenny. Lo mismo hizo la mujer con las papeletas de la rifa.

-¿Y qué me dice usted, señorita? Es para el aparato de Anjie. Se jubila, sabe usted. ¿Sí? Amplió aún más la sonrisita. Tendría que dejar de sonreír pronto; de otro modo corría el riesgo de que se le abriera la piel. -Oiga, aquí tiene -dijo Arthur, tendiéndole una moneda de cincuenta peniques con la esperanza de que se marchara. -¡Vaya! Tenemos dinero, ¿verdad? - dijo la mujer, con un largo suspiro

sonriente -. Son de Londres, ¿no? Arthur deseó que no hablase de un modo tan puñeteramente lento.

-No, está bien, de verdad - dijo, haciendo un gesto con la mano mientras la mujer empezaba a arrancar cinco papeletas con tremenda parsimonia, una por una.

-Pero tengo que darle sus papeletas - insistió la mujer -, de otro modo no podrá reclamar el premio. Hay premios estupendos, ¿sabe? Muy apropiados. Arthur colocó las papeletas con un movimiento brusco y dio las gracias tan secamente como pudo. La mujer se dirigió de nuevo a Fenny.

- Y ahora, qué me dice...

- ¡No! - exclamó Arthur que, blandiendo las últimas cinco papeletas, explicó: son para ella.

-¡Ah, ya entiendo! ¡Qué amable! Les dirigió una sonrisa empalagosa.

-Bueno, espero que ustedes...

-Sí - le espetó Arthur -, gracias.

La mujer se marchó, por fin, a la mesa de al lado. Arthur se volvió a Fenny con expresión desesperada, y sintió alivio a ver que se estremecía de risa, en silencio.

Suspiró y sonrió.

-¿Dónde estábamos? -Estaba llamándome Fenny, y yo me disponía a pedirle que no lo hiciera.

-¿Qué quiere decir? Ella removió el zumo de tomate con la cucharilla.

- Por eso le pregunté si era amigo de mi hermano. O hermanastro, en realidad. Es el único que me llama Fenny, y no le tengo mucho cariño.

-Entonces, ¿cómo...?

-Fenchurch.

-¿Cómo?

-Fenchurch. ¡Fenchurch! Ella le lanzó una mirada severa.

-Sí - dijo -, y le estoy vigilando como un lince por si me hace la misma pregunta estúpida de todo el mundo, hasta que me dan ganas de gritar. Si lo hace, me sentiré ofendida y decepcionada. Y además, gritaré. Así que, cuidado.

Sonrió, sacudió la cabeza echándose el pelo sobre el rostro y continuó sonriendo a través de los cabellos.

-Bueno -repuso él -, eso es un poco injusto, ¿no?

-Sí.

-Estupendo.

-De acuerdo -cedió ella, riendo, puede preguntármelo. Quizá sea mejor pasar por ello de una vez por todas. Es preferible a que me llame Fenny todo el tiempo.

- Posiblemente...

-Sólo nos quedan dos papeletas, ¿sabe?, y como cuando hablé antes con usted, fue tan generoso...

-Cómo? - espetó Arthur. La mujer de la gabardina y la sonrisa, y el ya casi vacío cuaderno de papeletas, le pasaba las dos últimas por delante de las narices. -Pensé en darle la oportunidad a usted, porque los premios son

estupendos. Arrugó la nariz en un gesto de pequeña confidencia.

-De muy buen gusto. Sé que le gustarán. Y ya sabe, son para el regalo de jubilación de Anjie. Queremos regalarle...

- Un aparato para el riñón, sí - dijo Arthur -. Tenga. Le dio otras dos monedas de diez peniques y cogió las papeletas. A la mujer pareció ocurrírsele algo. Lo pensó muy despacio. Se veía venir

la idea como una ola larga sobre la arena de la playa. -¡Dios mío! -exclamó -. No estaré interrumpiendo algo, ¿verdad? Los miró con inquietud.

-No, está bien - repuso Arthur, que insistió -: Todo lo que podría estar bien, esta muy bien.

- Gracias - añadió.

-Oiga - insistió la mujer en un arrobado éxtasis de preocupación -, no estarán ustedes... enamorados, ¿eh?

-Es muy difícil decirlo - repuso Arthur -. Aún no hemos podido hablar. Miró a Fenchurch. Sonreía. La mujer asintió con aire de confiada sabiduría.

-Dentro de un momento les mostraré los premios - anunció y se marchó.

Arthur se volvió, suspirando, hacia la chica de la que tan difícil le resultaba decir si estaba enamorado.

-Iba a hacerme una pregunta - le recordó ella.

-Sí. -Podemos hacerla juntos, si quiere -sugirió Fenchurch -. Me encontraron... -...en una bolsa... -...en la consigna del equipaje... - dijeron a la vez. -...de la estación de la calle Fenchurch -concluyeron.

-Y la respuesta - dijo Fenchurch - es no.

-Muy bien - repuso Arthur.

-Allí me concibieron.

-Cómo?

-Allí me con...

-¿En la consigna? - gritó Arthur.

-No, claro que no. No sea tonto. ¿Que podrían hacer mis padres en la consigna? - dijo ella, un poco sorprendida ante la idea.

-Pues no sé - farfulló Arthur -, o mejor dicho...

-Fue en la cola de los billetes.

-En la...

-En la cola de los billetes. O eso dicen. Se niegan a dar detalles. Sólo dicen que es increíble lo aburrido que resulta estar en la cola de los billetes en la estación de Fenchurch.

Tomó delicadamente un sorbo del zumo de tomate y miró el reloj. Arthur siguió haciendo unas gárgaras.

-Me tengo que ir dentro de unos dos minutos - anunció Fenchurch -, y ni ha empezado a contarme esa cosa tremendamente extraordinaria que tiene que decir para desahogarse.

-¿Por qué no deja que la lleve a Londres? -preguntó Arthur -. Es sábado, no tengo nada especial que hacer, y...

- No, gracias - repuso Fenchurch -. Es muy amable de su parte, pero no.

Necesito estar sola un par de días. Sonrió y se encogió de hombros.

- Pero... -Puede contármelo en otra ocasión. Le daré mi número. El corazón de Arthur latió con fuerza mientras ella escribía a lápiz siete

cifras en un trozo de papel y se lo tendía.

- Ahora podemos relajarnos - comentó ella con una sonrisa lenta que llenó a Arthur de tal manera que se creyó a punto de estallar.

- Fenchurch - dijo, saboreando el nombre -, yo...

- Una caja de licor de fresa - dijo una voz apagada - y también algo que sé que le gustará, un disco de gaitas escocesas.

-Sí, gracias, muy bonito todo -insistió Arthur.

-Pensé que debía enseñárselo - dijo la mujer de la gabardina -, como es

usted de Londres... Se lo mostró orgullosamente a Arthur. Vio que efectivamente se trataba de una caja de licor de fresa y de un disco de gaitas. Eso era.

- Ahora les dejaré tomarse la bebida en paz - se despidió, dando a Arthur una leve palmadita en el agitado hombro -, pero sabía que le gustaría verlo.

Arthur volvió a enlazar su mirada con la de Fenchurch, y de pronto no supo qué decir. Entre los dos había habido un momento especial, pero aquella estúpida y condenada mujer lo echó todo a perder.

-No se preocupe - dijo Fenchurch, mirándole fijamente con el vaso en los labios -. Volveremos a hablar. Tomó un sorbo.

- Quizá no habría ido tan bien - añadió -, si no hubiera sido por ella. Esbozó una sonrisa forzada y volvió a echarse el pelo por la cara. Era perfectamente cierto. Tenía que admitir que era perfectamente cierto.

13

Aquella noche, mientras daba vueltas por la casa fingiendo atravesar campos de maíz a cámara lenta y estallando a cada paso en súbitas carcajadas, Arthur pensó que hasta soportaría escuchar el disco de gaitas que había ganado. Eran las ocho, y decidió obligarse a escuchar el disco entero antes de llamarla. Tal vez debería dejarlo para mañana. Eso sería lo más sensato. O para la otra semana.

No. Nada de tonterías. La quería y no le importaba quién lo supiera. La quería definitiva y absolutamente, la adoraba, la ansiaba y no había palabras para describir lo que quería hacer con ella.

Hasta llegó a sorprenderse diciendo cosas como «¡Yupi!» mientras saltaba ridículamente por la casa. Sus ojos, su pelo, su voz, todo...

Se detuvo.

Pondría el disco de gaitas. Y luego la llamaría. ¿O quizá la llamaba primero?

No. Haría lo siguiente. Pondría el disco. Lo escucharía hasta el último plañido de las gaitas. Y luego la llamaría. Ese era el orden correcto. Eso es lo que haría.

Tenía miedo de las cosas, por si estallaban al tocarlas.

Cogió el disco. No estalló. Lo sacó de la funda. Abrió el tocadiscos y conectó el amplificador. Ambas cosas sobrevivieron. Sonrió estúpidamente al poner la aguja sobre el disco.

Se sentó y escuchó con aire solemne «Un soldado escocés».

Escuchó «Amazing Grace».

Escuchó una pieza sobre algún valle escocés.

Pensó en el maravilloso mediodía.

Estaba a punto de marcharse cuando les sorprendieron unas tremendas exclamaciones de jubilo. La espantosa mujer de la gabardina les hacía señas desde el otro lado del local como algún pájaro torpe con el ala rota. Todos los que estaban en el bar se volvieron hacia ellos con aire de esperar alguna respuesta.

No habían escuchado el discursito sobre lo contenta que se iba a poner Anjie con las cuatro libras y treinta peniques que se habían recaudado entre todos para contribuir a su aparato del riñón; apenas se percataron que los de la mesa de al lado habían ganado una caja de licor de fresa, y tardaron unos instantes en comprender que los gritos procedían de la mujer, que les preguntaba si tenían la papeleta número 37.

Arthur descubrió que así era. Miró con rabia el reloj.

Fenchurch le dio un empujón.

-Vamos -le dijo -, vaya por ello. No se ponga de mal genio. Suélteles un buen discurso acerca de lo contento que está; luego me llama y me cuenta qué ha pasado. Y quiero oír el disco. Venga.

Le dio un golpecito en el brazo y se fue.

Los clientes del bar encontraron su discurso más efusivo de lo normal. Al fin y al cabo, sólo se trataba de un disco de gaitas.

Mientras lo recordaba y escuchaba la música, Arthur no podía reprimir las carcajadas.

14

-Ring, ring.

-Ring, ring.

-Ring, ring.

- Diga. ¿Sí? Sí, eso es. Sí. Tendrá que hablar más alto, aquí hay mucho ruido. ¿Cómo?

-No, yo sólo atiendo el bar por las tardes. Yvonne se ocupa de él a la hora de comer, con Jim. Es el dueño. No, yo no estaba. ¿Qué?

-¡Hable más alto!

-¿Cómo? No, no sé nada de ninguna rifa. ¿Qué?

- No, no sé nada de eso. Espere que llamo a Jim. La camarera puso la mano sobre el receptor y llamó a Jim entre el barullo del bar.

-Oye Jim, hay un tío al teléfono que dice que ha ganado una rifa. No para de decir que salió el 37 y que lo tiene él.

-No - gritó el camarero, ganó uno que estaba en el bar.

-Dice que si tenemos nosotros la papeleta.

-¿Cómo dice que ha ganado si ni siquiera tiene la papeleta?

-Dice Jim que cómo dice usted que ha ganado si ni siquiera tiene la

papeleta. ¿Cómo? Volvió a poner la mano sobre el receptor.

-Jim, no deja de marearme con el mismo rollo. Dice que la papeleta tenía un número.

-Pues claro que la papeleta tenía un número. Era la papeleta de una puñetera rifa, ¿no?

-Dice que en la papeleta había un número de teléfono.

-Cuelga el teléfono y sirve a los malditos clientes, ¿quieres?

15

A ocho horas hacia el oeste había un hombre sentado en la playa que se dolía de alguna pérdida inexplicable. Sólo podía pensar en su pena a pequeñas cantidades, porque toda a la vez era más de lo que se podía soportar.

Contemplaba las grandes y lentas olas del Pacífico que llegaban a la arena, y seguía esperando a la insignificancia que, con toda seguridad, estaba a punto de ocurrir. Cuando pasó el momento de que no sucediera, la tarde transcurrió monótonamente y el sol se ocultó tras la larga línea del mar. El día acabó.

No diremos el nombre de la playa, porque allí vivía aquel hombre, pero se trataba de una pequeña franja arenosa en algún punto de los centenares de kilómetros de costa que se extienden al oeste de Los Angeles, ciudad descrita en un artículo de la nueva edición de la Guía del autostopista galáctico como «basurero, gigantesca, maloliente y, cómo es esa otra palabra, bueno, y todo lo peor»; y en otro, escrito sólo unas horas después, se decía que «es parecida a varios miles de kilómetros cuadrados de correspondencia del American Express, pero sin el mismo sentido de profundidad moral. Además, por alguna razón, el aire es amarillento».

La costa se extiende hacia el oeste y luego va al norte, a la brumosa bahía de San Francisco, que la Guía describe como un «buen sitio para visitar. Resulta muy fácil creer que las personas que allí se conocen son viajeros espaciales. Lo que para usted es iniciarse en una nueva religión, para ellos es el modo de saludar. Hasta que se haya instalado y cogido el pulso a la ciudad, será mejor que diga "no" a tres preguntas de las cuatro que cualquiera puede hacerle, porque pasan cosas muy extrañas de las que puede morir algún forastero sin sospechas». Los centenares de kilómetros de ondulantes acantilados y arena, palmeras, olas rompientes y crepúsculos se describen así en la Guía: «Fenómeno. Muy bueno.»

Y en algún punto de aquella fenomenal franja de costa estaba la casa de aquel hombre inconsolable, al que muchos consideraban loco. Pero eso sólo se debía, como él mismo explicaba, a que de verdad lo estaba.

Una de las muchas razones por las que la gente le creía loco era por la extravagancia de su casa que, incluso en una región donde la mayoría de las casas eran peculiares de una manera u otra, era extremadamente peculiar.

Su casa se llamaba «El Exterior del Asilo».

Su nombre era simplemente John Watson, aunque prefería que le llamasen «Wonko el Cuerdo», y algunos de sus amigos así lo hacían, aunque a regañadientes.

En su casa había una serie de cosas extrañas, incluida una pecera de cristal gris con ocho palabras grabadas sobre ella.

Ya hablaremos de él más adelante; esto es sólo un intermedio para ver ponerse el sol y anunciar que John Watson estaba allí, contemplándolo.

Había perdido todo lo que más quería, y se limitaba a esperar el fin del mundo, sin darse cuenta de que eso ya había sucedido y era cosa pasada.

16

Tras pasar un desagradable domingo vaciando cubos de basura en la parte posterior de un bar de Taunton sin encontrar nada, ni papeleta de rifa ni número de teléfono, Arthur hizo todo lo posible por encontrar a Fenchurch, y cuanto más lo intentaba, más semanas pasaban.

Se insultaba y se enfurecía consigo mismo, con el destino, con el mundo y con el tiempo que hacía. Movido por la rabia y la pena, se fue a la cafetería de la gasolinera donde había estado poco antes de encontrarla.

-Es esta lluvia lo que me pone de mal humor.

-Por favor, no hable más de la lluvia - replicó Arthur.

-Dejaría de hablar si dejara de llover.

-Oiga...

-Pero le diré lo que hará cuando deje de llover, ¿vale?

-No.

-Caerán chuzos de punta.

-¿Cómo?

-Que diluviará.

Por encima del borde de su taza de café, Arthur miró al horrible mundo exterior. Comprendió que se encontraba en un sitio enteramente absurdo al que había ido movido por la superstición y no por la lógica. Sin embargo, como para atormentarle con la idea de que tales coincidencias pueden darse en realidad, el destino había decidido reunirle con el camionero que había conocido allí la última vez.

Cuanto más trataba de ignorarle, más inmerso se veía en el vertiginoso remolino de la exasperante conversación del camionero.

-Creo -dijo Arthur con vaguedad, maldiciéndose a sí mismo por molestarse en abrir la boca - que está amainando.

-¡Ja! Arthur se encogió de hombros. Tendría que irse. Eso es lo que debería hacer. Marcharse, simplemente. -¡Nunca deja de llover! -Vociferó el camionero, que dio un puñetazo en la

mesa, derramó el té y, por un momento, pareció echar humo. Uno no puede irse sin responder a una observación así.

-Claro que deja de llover - manifestó Arthur. No era una refutación elegante, pero había que decirlo.

- Llueve... todo... el tiempo -bramó el camionero, dando puñetazos en la

mesa a cada palabra. Arthur meneó la cabeza.

- Decir que llueve todo el tiempo es una estupidez... Ultrajado, el camionero abrió bruscamente la cejas.

-¿Una estupidez? ¿Por qué? ¿Por qué es una estupidez decir que llueve todo el tiempo cuando nunca deja de llover?

-Ayer no llovió.

-En Darlington, sí. Arthur hizo una pausa, cauteloso. -¿No va a preguntarme dónde estuve ayer? -inquirió el camionero,-. ¿Eh?

-No.

-Espero que lo adivine.

-¿Ah, sí? -Empieza con una D.

-¿De veras? -Y le aseguro que llovía a cántaros.

-Este no es sitio para ti, tío - dijo alegremente a Arthur un desconocido que iba en mono -. Este es el Rincón del Nubarrón.

Especialmente reservado al querido Gotas de Lluvia no Dejan de Caer Sobre mi Cabeza, aquí presente. Entre este lugar y la soleada Dinamarca, hay uno reservado en cada cafetería de autopista. Te aconsejo que te largues. Es lo que hacemos todos. ¿Qué tal vas, Rob? ¿Muy ocupado? ¿Llevas las cubiertas de lluvia? ja, ja.

Se marchó a contarle un chiste de Britt Ekland a alguien que estaba en una mesa próxima.

- Como ve, ninguno de esos hijoputas me toma en serio - comentó Rob McKenna que, inclinándose hacia adelante y arrugando los ojos, añadió en tono sombrío -: ¡Pero todos saben que es cierto!

Arthur frunció el ceño. -Igual que mi mujer - siseo el único dueño y conductor del camión «McKenna, transportes en toda clase de tiempo» -. Dice que es una tontería y

que armo alboroto y me quejo de nada, pero -hizo una pausa teatral, lanzando peligrosas miradas -¡siempre recoge la colada cuando telefoneó para decirle que voy camino de casa! - Blandió la cucharilla -. ¿Qué le parece?

- Pues...

- Tengo un libro - prosiguió -, tengo un libro. Un diario. Lo llevo desde hace quince años. Indica todos los sitios donde he estado. Día a día. Y también qué tiempo hacía. Y era igual de horrible - gruñó - en todas partes. En todos los sitios de Inglaterra, Escocia y Gales por donde he pasado. En todo el continente, en Italia, Alemania, de un extremo a otro de Dinamarca, en Yugoslavia. Todo está anotado, con sus mapas. Incluso la visita que hice a mi hermano, en Seattle.

-Pues - repuso Arthur, levantándose al fin para marcharse -, tal vez debería enseñárselo a alguien.

- Lo haré - dijo McKenna. Y lo hizo.

17

Tristeza. Desaliento. Más tristeza y más desaliento. Necesitaba ocuparse en algo, y concibió un proyecto.

Encontraría el lugar donde había estado su cueva.

En la Tierra prehistórica había vivido en una caverna; no muy bonita, era una cueva asquerosa, pero... no había peros. Era una covacha absolutamente asquerosa y la odiaba. Pero allí había vivido cinco años, lo que la convirtió en una especie de hogar, y al ser humano le gusta recordar sus hogares. Arthur era un ser humano y fue a Exeter a comprar un ordenador.

Efectivamente, eso era lo que quería. Un ordenador. Pero pensaba que debía tener un objetivo bien definido en vez de dedicarse a lanzar un montón de ideas que la gente podía confundir con ganas de jugar. De manera que aquél era un objetivo serio. Localizar exactamente una caverna en la tierra prehistórica. Se lo explicó al hombre de la tienda.

-¿Por qué? - preguntó el dependiente. Pregunta capciosa.

-Vale, déjelo - dijo el dependiente -. ¿Cómo?

-Pues esperaba que usted pudiera ayudarme en eso. El dependiente suspiró y se encogió de hombros.

-¿Tiene usted mucha experiencia con ordenadores?

Arthur dudó en mencionar a Eddie, el ordenador de a bordo de Corazón de oro, que habría hecho el trabajo en un segundo, o a Pensamiento Profundo, o a..., pero decidió que no lo haría.

- No.

- Parece que va a ser una tarde divertida -comentó el dependiente, aunque sólo lo dijo para sí.

De todos modos, Arthur compró el Apple. Al cabo de unos días también adquirió unos programas de astronomía, con los que siguió el movimiento de los astros, trazó pequeños y aproximados diagramas sobre los recuerdos que tenía de la posición de las estrellas cuando por la noche levantaba la vista desde la caverna, y durante semanas trabajó en ello con ahínco para llegar a la alegre conclusión a que inevitablemente esperaba llegar, es decir, que el proyecto entero era absolutamente ridículo.

Los dibujos trazados de memoria no servían para nada. Ni siquiera sabía cuánto tiempo hacía, pese al cálculo de Ford Prefect, que lo cifraba en «un par de millones de años»; en resumidas cuentas, carecía de datos numéricos.

Sin embargo, al final elaboró un método que al menos le llevaría a alguna parte. Decidió no preocuparse del hecho de que, con el extraordinario barullo que se hacía contando con los dedos y las aventuradas aproximaciones y arcanas conjeturas que utilizaba, necesitaría mucha suerte para acertar con la galaxia; siguió adelante y obtuvo un resultado.

El afirmaría que era el resultado adecuado. ¿Quién podía saberlo?

Por casualidad, entre los infinitos e imprevisibles azares del destino, dio con la galaxia exacta, aunque él nunca llegaría a saberlo, claro está. Se limitó a ir a Londres y llamar a la puerta adecuada.

-¡Vaya! Creí que primero me llamarías por teléfono. Arthur se quedó boquiabierto de asombro.

-Pasa, pero sólo unos minutos - dijo Fenchurch -. Iba a salir.

18

Un día de verano en Islington, lleno del triste lamento de herramientas para restaurar muebles antiguos.
Inevitablemente, Fenchurch tenía ocupada la tarde, de modo que Arthur deambuló arrobado y miró los escaparates, que en Islington tenían un aspecto muy utilitario, tal como estarían rápidamente dispuestos a confirmar los que necesitan herramientas para trabajar la madera antigua, o buscan cascos de la guerra de los Bóers o muebles de oficina o pescado.
El sol pegaba en los tejados de los jardines. Caía sobre arquitectos y fontaneros, sobre abogados y ladrones, sobre pizzas y anuncios de inmobiliarias.
Y caía sobre Arthur, que entró en una tienda de muebles restaurados.
-Es un edificio interesante - observó el dueño en tono jovial -. El sótano tiene un pasadizo secreto que conecta con un bar cercano. Al parecer, se construyó para el Príncipe Regente, a fin de que pudiera hacer sus escapadas cuando lo necesitaba.
-Quiere decir, por si alguien le sorprendía comprando muebles de madera de pino - repuso Arthur.
-No, por eso no - aseguró el dueño.
-Deberá disculparme - dijo Arthur -. Soy tremendamente feliz.
-Entiendo.
Siguió deambulando en su nube de felicidad y se encontró delante de las oficinas de Greenpeace. Recordó el contenido de la carpeta que había titulado «Asuntos pendientes. ¡Urgente!» y que no había vuelto a abrir. Entró con una alegre sonrisa y explicó que iba a entregar algún dinero para contribuir a la liberación de los delfines.
-Muy divertido - le contestaron -, lárguese.
No era ésa exactamente la respuesta que esperaba, de modo que lo intentó de nuevo. Esta vez se enfadaron mucho con él, así que dejó un poco de dinero de todos modos y volvió a salir al sol.
Poco después de las seis volvió al callejón donde vivía Fenchurch, asiendo una botella de champán.
-Sujeta esto -dijo ella, poniéndole en la mano una sólida cuerda y desapareciendo por las grandes puertas de madera blanca, de las que colgaba un grueso candado sujeto a una barra de hierro negro.
La casa era un pequeño establo acondicionado en un callejón industrial situado detrás de la abandonada Real Casa de la Agricultura de Islington. Además de las grandes puertas de establo, tenía una puerta principal de aspecto normal y coquetamente barnizada con una aldaba negra en forma de delfín. Lo único raro de esta puerta era su umbral a tres metros de altura, en el más alto de los dos pisos, y que, probablemente, en su origen se utilizaba para almacenar el heno para caballos hambrientos.
Una vieja polea sobresalía del ladrillo por encima de la puerta, y de allí colgaba la cuerda que Arthur tenía en las manos. El otro extremo de la cuerda sujetaba un violonchelo suspendido.
La puerta se abrió por encima de su cabeza.
-Vale -dijo Fenchurch -, tira de la cuerda y endereza el violonchelo. Pásamelo para arriba.
Arthur tiró de la cuerda y enderezó el violonchelo.
- No puedo tirar más de la cuerda - anunció - sin que se suelte el
violonchelo. Fenchurch se inclinó.
- Yo sujeto el violonchelo - dijo -. Tú tira de la cuerda.
El violonchelo se puso a la altura de la puerta, oscilando suavemente, y Fenchurch logró meterlo dentro.
- Sube tú - le gritó desde arriba. Arthur cogió la bolsa de víveres y cruzó las puertas del establo, estremecido.
La habitación de abajo, que antes había visto brevemente, estaba muy desordenada y llena de trastos. Había una antigua planchadora mecánica de hierro forjado y, amontonados en un rincón, una sorprendente cantidad de fregaderos de cocina. Y, según observó Arthur momentáneamente alarmado, un cochecito de niño, pero era muy viejo y estaba lleno de libros, lo que desechaba complicaciones.
El suelo, de cemento viejo y lleno de manchas, presentaba unas grietas interesantes. Y ésa era la medida del estado de ánimo de Arthur cuando empezó a subir la desvencijada escalera del rincón. Hasta un suelo de cemento agrietado le parecía insoportablemente sensual.
- Un arquitecto amigo mío no deja de repetirme las maravillas que podía hacer con esta casa - dijo Fenchurch en tono ligero cuando apareció Arthur -. Se pone a dar vueltas pasmado, y con cara de asombro murmura cosas sobre espacio, objetos, acontecimientos y maravillosos matices de luz; luego dice que necesita un lápiz y desaparece durante semanas. Por lo tanto, hasta la fecha, no han ocurrido maravillas.
Efectivamente - pensó Arthur mientras echaba una ojeada alrededor -, la habitación de arriba era al menos bastante maravillosa. Estaba decorada con sencillez, amueblada con cosas hechas con cojines y también tenía un equipo estereofónico con altavoces que habrían impresionado a los tíos que erigieron
los menhires de Stonehenge.
Había flores pálidas y cuadros interesantes.
En el espacio, bajo el techo, había una estructura en forma de galería que albergaba una cama y también un cuarto de baño en el que, según explicó Fenchurch, podías realmente balancear a un gato por la cola.
- Pero sólo - añadió - si se trata de un gato paciente y no le importan unos cuantos coscorrones. Así que, ya ves.
- Sí. Se miraron un momento. El momento se prolongó y de pronto se convirtió en un rato largo, tan largo que apenas se sabía de dónde venía todo aquel tiempo.
Para Arthur, que normalmente se volvía tímido si se le dejaba solo el tiempo suficiente en una fábrica de queso suizo, el momento fue de una continua revelación. De pronto se sintió como un animal entumecido y nacido en un zoo, que se despierta una mañana y ve abierta su jaula, con la sabana gris y rosa extendiéndose hacia el lejano sol naciente, mientras a su alrededor empiezan a surgir sonidos nuevos.
Se preguntó cuáles eran aquellos sonidos nuevos mientras contemplaba la curiosa expresión de Fenchurch y

sus ojos que sonreían con una sorpresa compartida.

Hasta entonces no se había dado cuenta de que la vida habla con voz propia, con matices que no dejan de brindar respuestas a las preguntas que continuamente se le hacen; hasta aquel momento no había percibido ni reconocido de manera consciente sus carencias, y ahora le decían algo que nunca le habían dicho antes, y ese algo era: «Sí.»

Fenchurch terminó desviando la mirada, con un pequeño movimiento de cabeza, le dijo:

- Lo sé. Tendré que recordar que eres la clase de persona que no puede

tener un simple trozo de papel durante dos minutos sin ganar una rifa. Se dio la vuelta.

-Vamos a dar un paseo - se apresuró a sugerir -. A Hyde Park. Me pondré algo menos elegante.

Llevaba un vestido oscuro bastante sobrio de líneas no muy atractivas que, en realidad, no le sentaba bien.

-Lo llevo especialmente para mi profesor de violonchelo - explicó -. Es un viejo agradable, pero a veces creo que de tanto darle al arco se excita un poco. Bajaré dentro de un momento.

Subió ágilmente las escaleras que conducían a la galería y dijo, levantando la voz:

-Pon el champán en la nevera, para luego. Al abrir la puerta del frigorífico, vio que la botella tenía un gemelo idéntico para hacerle compañía.

Se acercó a la ventana y miró afuera. Se volvió y se puso a ver sus discos. Escuchó el ruido que hizo el vestido al caer sobre el suelo, encima de él. Pensó en la clase de persona que era. Se dijo con mucha firmeza que al menos en aquel momento mantendría los ojos clavados en las cubiertas de los discos, leería los títulos, asentiría de manera apreciativa e incluso los contaría si era necesario. No levantaría la cabeza.

En esto último falló por completo, entera y vergonzosamente.

Desde arriba, ella le observaba con tal intensidad que apenas pareció notar su mirada. Luego meneó la cabeza, se puso el ligero vestido de verano y desapareció rápidamente en el cuarto de baño.

Poco después volvió a salir, toda sonrisas y con un sombrero, y bajó saltando por la escalera con extraordinaria agilidad. Era un extraño movimiento como de danza. Vio que Arthur lo había observado y movió suavemente la cabeza hacia un lado.

-¿Te gusta?

-Estás impresionante - se limitó a contestar, porque así era.

- Hummmm - repuso ella, como si Arthur no hubiese contestado realmente a su pregunta.

Cerró la puerta de arriba, que había estado abierta todo el tiempo, y echó una mirada por la pequeña habitación para ver si todo estaba en condiciones de quedarse así durante un rato. Los ojos de Arthur la siguieron a todas partes, y cuando miró en otra dirección, ella sacó algo de un cajón y lo introdujo en el bolso de lona que llevaba.

Arthur volvió a mirarla.

- ¿Estás lista? -¿Sabes -preguntó ella con una sonrisa un tanto confundida - que me

pasa algo? Su franqueza pilló desprevenido a Arthur.

- Pues he oído que una vaga especie de...

-Me pregunto qué sabes de mí. Si te lo dijo quien yo creo, entonces no es eso. Russell se inventa cosas, porque no puede enfrentarse a lo que es en realidad.

Arthur sintió una punzada de inquietud.

-Entonces, ¿qué es? ¿Puedes decírmelo? -No te preocupes -dijo ella -, no es nada malo. Sólo que no es normal. Es algo muy, muy anormal. Le tomó de la mano y luego, inclinándose hacia adelante, le dio un beso fugaz. -Tengo mucho interés en saber - le aseguró - si lograrás averiguarlo esta noche.

Arthur sintió que si alguien le daba un golpecito en aquel momento, habría resonado como una campana, con el profundo y continuo campanilleo que hacía su pecera gris cuando la rozaba con la uña del pulgar.

19

Ford Prefect estaba enfadado porque el ruido de] tiroteo le despertaba continuamente.

Bajó la escotilla de mantenimiento que había convertido en un camastro desmontando algunos aparatos ruidosos y envolviéndolos en toallas. Bajó por la escala de acceso y deambuló de mal humor por los pasillos.

Eran claustrofóbicos y estaban mal Iluminados. La poca luz que había parpadeaba constantemente y perdía potencia, pues la energía estaba mal repartida por la nave, causando fuertes vibraciones y produciendo ruidos como

murmullos chirriantes.

Pero eso no era.

Se detuvo y se recostó en la pared cuando algo parecido a un pequeño taladro plateado pasó volando junto a él y siguió por el pasillo con un seco y desagradable chirrido.

Aquello tampoco era.

Trepó desganado por un escotillón y se encontró en un pasillo más amplio, pero igual de mal Iluminado.

Pero tampoco era eso.

La nave dio una sacudida. Las daba a menudo, pero aquella era más fuerte. Pasó un pequeño pelotón de robots armando un tremendo estrépito.

Y aquello tampoco era.

Al fondo del pasillo se elevaba un humo acre, de modo que caminó en dirección contraria.

Pasó por delante de una serie de monitores de observación empotrados en las paredes detrás de unas placas de plástico, duro pero muy rayado.

Uno de ellos mostraba un horrible reptil verde y escamoso que gesticulaba y vociferaba comentando el sistema del Voto Transferible Unico. Era difícil saber si estaba a favor o en contra, pero era evidente que manifestaba unos sentimientos muy fuertes al respecto. Ford bajó el sonido.

Pero aquello no era.

Pasó por delante de otro monitor. Emitía un anuncio de una marca de pasta de dientes que, al parecer, liberaba a la gente que lo usaba. También sonaba una música estrepitosa y desagradable, pero eso no era.

Pasó delante de otra pantalla, mayor y en tres dimensiones, que mostraba el exterior de la gran nave plateada de Xaxis.

Mientras miraba mil cruceros robot de Zlrzla, aterradoramente armados, cruzaban a toda velocidad la sombra oscura de una luna recortada contra el disco cegador de la estrella Xaxis y, en ese instante, la nave lanzó contra ellos por todos sus orificios unas violentas llamaradas de fuerzas monstruosamente incomprensibles.

Era eso.

Ford meneó la cabeza con irritación y se frotó los ojos. Se dejó caer sobre el cuerpo destrozado de un mortecino robot que había ardido pero que ya se había enfriado lo suficiente como para sentarse encima.

Bostezó y sacó del bolso su ejemplar de la Guía del autostopista galáctico. Conectó la pantalla y pasó ociosamente tres artículos y luego cuatro. Buscaba una cura eficaz contra el insomnio. Encontró descanso que, en su opinión, era lo que necesitaba. Encontró descanso y recuperación, y se disponía a pasar a otro cuando de pronto se le ocurrió algo mejor. Miró a la pantalla de la nave. La batalla se hacía más encarnizada a cada momento, y el ruido era ensordecedor. La nave se tambaleaba, chirriaba y daba sacudidas cada vez que emitía o recibía una nueva descarga de destructora energía.

Volvió a mirar la Guía y pasó unos artículos que podían valer. De pronto soltó una carcajada y luego hurgó de nuevo en el bolso.

Sacó una pequeña ficha de memoria, limpió la pelusa y las migas de galleta y lo conectó a una interfaz de la parte trasera de la Guía.

Cuando consideró que toda la información pertinente se había memorizado en la ficha, la desconectó, la depositó con un ágil movimiento en la palma de la mano, volvió a guardar la Guía en el bolso, sonrió con presunción y fue en busca de los bancos de datos del ordenador de la nave.

20

-El objeto de que el sol descienda en las tardes de verano, sobre todo en los parques - decía la voz en tono serio -, es que se vea con más claridad cómo saltan los pechos de las muchachas, Estoy convencido de que se trata de eso.

Al pasar, Arthur y Fenchurch se rieron tontamente. Ella le abrazó con más fuerza durante un momento.

-Y estoy seguro - sentenció el joven pelirrojo de cabellos crespos Y larga nariz fina que teorizaba desde la tumbona a la orilla del lago Serpentine -de que si llevásemos el argumento hasta sus últimas consecuencias, veríamos que todo ello se deduce con absoluta lógica y plena naturalidad de las ideas que Darwln tenía al respecto - Insistió, dirigiéndose a su moreno compañero, que estaba hundido en la tumbona de al lado y se sentía deprimido a causa de su acné.

-Eso es cierto e irrefutable. Y me encanta.

Se volvió bruscamente y, a través de las gafas, miró de soslayo a Fenchurch. Arthur la apartó, viendo que se estremecía con silenciosas carcajadas.

- La próxima adivinanza - dijo Fenchurch cuando dejó de reír -. ¡Venga!

-De acuerdo -convino él -. El codo. El codo izquierdo. Te pasa algo en el codo izquierdo.

- Te equivocas otra vez - repuso ella -. Por completo. Estás totalmente despistado.

El sol de verano declinaba entre los árboles del parque, como si..., no seamos melindrosos con las palabras. Hyde Park es asombroso. Todo en él lo es, menos la basura que hay los lunes por la mañana. Incluso los patos son asombrosas. Aquel que pase por Hyde Park en una tarde de verano y no se emocione, probablemente irá en una ambulancia con una sábana sobre la cara.

Es un parque donde la gente hace más cosas extraordinarias que en cualquier otro sitio. Arthur y Fenchurch vieron a un hombre que practicaba la gaita debajo de un árbol. El gaitero se detuvo para echar a una pareja de norteamericanos que trataban tímidamente de depositar unas monedas en la cala de la gaita.

- ¡No! - gritó -. ¡Márchense, sólo estoy practicando! Empezó a hinchar resueltamente la bolsa de la gaita, pero ni el ruido que

hacía logró disimular su mal humor.

Arthur envolvió a Fenchurch con sus brazos y siguió bajándolos despacio.

-Me parece que no puede tratarse de tu trasero - dijo, al cabo de un rato -.

No tiene aspecto de que le pase nada.

- Sí - convino ella -, a mi trasero no le pasa nada. El beso que se dieron fue tan largo que el gaitero se fue a practicar al otro

lado del árbol. -Voy a contarte una historia -dijo Arthur.

- Muy bien.

Encontraron un trozo de césped donde no había demasiadas parejas tumbadas una encima de otra, se sentaron y contemplaron los espléndidos patos y la declinante luz del sol que ondeaba en el agua sobre la que nadaban las asombrosas aves.

-Una historia - dijo Fenchurch, apretando el brazo de Arthur en torno a ella. -Con la que te harás idea de las cosas que me pasan. Es absolutamente cierta.

-Mira, algunas veces la gente te cuenta historias que, al parecer, le han pasado al mejor amigo de la prima de su mujer, pero en realidad probablemente se las inventan sobre la marcha.

-Pues es como una de esas historias, sólo que ha pasado de verdad, y sé que ha ocurrido realmente porque la persona a quien le ha sucedido soy yo.

-Como la papeleta de la rifa.

-Sí - dijo Arthur, riendo -. Tenía que tomar un tren. Llegué a la estación...

-¿Te he contado alguna vez - le interrumpió Fenchurch - lo que les pasó a mis padres en la estación?

-Sí - contestó Arthur -, me lo has contado.

-Sólo quería comprobarlo. Arthur miró el reloj.

-Creo que deberíamos pensar en volver - sugirió.

- Cuéntame esa historia - dijo Fenchurch en tono firme -. Llegaste a la estación.

-Llegué unos veinte minutos antes. Había entendido mal la hora del tren. Aunque supongo que es igualmente posible - añadió tras un momento de reflexión - que los Ferrocarriles Británicos confundieran la hora del tren. Nunca me había pasado eso.

- Sigue - le animó Fenchurch, riendo.

-Así que compré el periódico, para hacer el crucigrama, y fui a la cafetería a tomar una taza de café.

-¿Haces el crucigrama?

-Sí.

-¿Cuál?

-El del Guardian, normalmente.

-Me parece que se las da de gracioso. Prefiero el de The Times. ¿Lo resolviste?

-¿Qué?

-El crucigrama del Guardian.

-Ni siquiera tuve la oportunidad de echarle una ojeada - dijo Arthur -. Todavía estoy tratando de pedir el café.

-Bueno, vale. Pide el café.

-Lo pido. Y también unas galletas.

-¿De qué clase?

-Rich Tea.

-Buena elección.

-Me gustan. Cargado con todas esas nuevas pertenencias, me dirijo a una mesa y me siento. Y no me preguntes cómo era, porque hace mucho tiempo y no me acuerdo. Probablemente era redonda.

- Muy bien.

-Permite que te explique cómo organicé la mesa. Me senté. A la izquierda puse el periódico. A la derecha, la taza de café. En medio, el paquete de galletas.

- Lo veo con toda claridad.

-Lo que no ves, porque aún no te lo he mencionado, es al tío que ya estaba sentado a la mesa justo enfrente de mí.

- ¿Qué aspecto tiene?

-Completamente normal. Maletín. Traje. No parecía que fuese a hacer nada raro.

- Ya. Conozco el tipo. ¿Qué hizo?

-Lo siguiente. Se inclinó sobre la mesa, cogió el paquete de galletas, lo abrió, cogió una y...

-¿Qué?

-Se la comió.

-¿Qué?

-Se la comió. Fenchurch le miró asombrada.

-¿Y qué demonios hiciste tú?

-Pues, dadas las circunstancias, hice lo que cualquier valeroso inglés haría. Me vi obligado - dijo Arthur - a ignorarle.

- ¿Cómo? ¿Por qué?

-Bueno, no es una de esas cosas para las que estés preparado, ¿verdad? Rebusqué en mi interior y no descubrí nada en mi educación, ni experiencias, ni instintos primarios que me dijeran cómo reaccionar ante alguien que, sentado frente a mí, me robara una galleta con toda calma y naturalidad.

-Bueno, podías... -Fenchurch meditó sobre ello -. Debo confesar que yo tampoco estoy segura de lo que hubiera hecho. ¿Y qué pasó?

-Miré curiosamente el crucigrama - prosiguió Arthur -. Como no me salía ni una palabra, tomé un sorbo de café, que estaba demasiado caliente, así que no había nada que hacer. Me dominé. Cogí una galleta intentando con todas mis fuerzas no darme cuenta de que el paquete ya estaba abierto de misteriosa manera...

- Pero estás contraatacando, adoptando una línea dura.

-A mi modo, sí. Comí la galleta. Lo hice despacio, de manera ostensible, para que no cupiese duda de lo que estaba haciendo. Cuando me como una galleta -sentenció Arthur -, me la como.

- ¿Y qué hizo él?

- Cogió otra. Eso es lo que pasó - Insistió Arthur -, de verdad. Cogió otra galleta y se la comió. Tan claro como el día. Tan cierto como que ahora estamos sentados en el suelo.

Fenchurch se removió, incómoda.

-Y el problema era - continuó Arthur - que como no dije nada la primera vez, era más difícil iniciar el tema la segunda. ¿Que podía decir: «Disculpe... no he podido dejar de observar que...»? Eso no vale. No, lo ignoré incluso con más fuerza que antes, si era posible.

- iQué tío!...

-Volví a dedicarme al crucigrama, aunque seguía sin salirme nada, así que mostré un poco del espíritu del que Enrique V hizo gala en el día de San Crispín...

- ¿Qué?

-Volví a la brecha - contestó Arthur -. Cogí otra galleta y por un instante nuestras miradas se encontraron.

- ¿Cómo ahora las nuestras?

-Sí. Bueno, no. Exactamente así, no. Pero se encontraron. Sólo un momento. Y los dos desviamos la mirada. Pero debo asegurarte -añadió Arthur

-que había un poco de electricidad en el aire. En la mesa se estaba creando cierta tensión. Era sobre esta hora.

- Me lo imagino. -Así nos comimos todo el paquete. El, yo, él, yo... - ¿Todo el paquete?

-Bueno, sólo había ocho galletas, pero entonces parecía que llevábamos toda la vida comiendo galletas. Los gladiadores no podían llevar vida más dura.

-Los gladiadores lo habrían hecho al sol -puntualizó Fenchurch -. Se habrían zurrado más físicamente.

-Eso es. Bueno, cuando el paquete quedó vacío entre los dos, el hombre se marchó, después de haber hecho su barrabasada. Di un suspiro de alivio, claro. Anunciaron mi tren poco después, así que terminé el café, me levanté, cogí el periódico y, debajo de él...

-¿Sí?

-Estaban mis galletas.

-¡Qué! - exclamó Fenchurch -. ¿Cómo?

-Cierto.

-¡No! Fenchurch quedó boquiabierta y luego se tumbó de espaldas en el césped,

riendo a carcajadas.

Se incorporó de nuevo.

-¡Eres un bobalicón! - gritó -. Eres una persona casi absoluta y

completamente necia. Le empujó hacia atrás, se puso encima de él, lo besó y se apartó. Arthur se sorprendió de lo poco que pesaba.

-Ahora cuéntame tú una historia.

-Creía - repuso Fenchurch - que tenías muchas ganas de volver.

-No hay prisa -contestó Arthur en tono ligero -. Quiero que me cuentes

una historia. Ella miró al lago y reflexionó.

- De acuerdo - dijo -. Es una historia breve. Y no es divertida como la tuya, pero de todos modos...

Bajó la vista. Arthur sintió que era uno de esos momentos. El aire pareció detenerse en torno a ellos, esperando. Arthur deseó que el aire se largara a otra parte y se dedicase a sus asuntos.

-Cuando era niña - empezó -. Esta clase de historias siempre empiezan lo mismo, ¿verdad? «Cuando era niña...» Bueno, éste es el momento en que la chica dice de pronto: «Cuando era niña» y empieza a confesarse. Hemos llegado a ese momento. Cuando era niña tenía un cuadro colgado a los pies de la cama... ¿Qué te parece hasta ahora?

- Me gusta. Creo que está bien planteada. Has introducido el tema de la alcoba pronto y bien. Tal vez podríamos extendernos un poco con el cuadro.

-Era uno de esos cuadros que deben gustarles a los niños, pero que no les gustan. Lleno de animalitos simpáticos que hacen cosas encantadoras, ¿sabes?

- Sí. A mí también me fastidiaron con ellos. Conejos con chaleco.

-Exactamente. En realidad, aquellos conejos iban en una balsa, junto con un grupo escogido de ratas y lechuzas. Quizá, hasta había un ciervo.

-En la balsa.

-En la balsa. Donde también iba un niño.

-Entre los conejos con chaleco, las lechuzas y el ciervo.

-¡Justo! Un niño de la variedad del gitanillo alegre y zarrapastrón.

-¡Uf!

-Debo confesar que el cuadro me inquietaba. Delante de la balsa iba una nutria nadando, y yo me quedaba despierta por la noche, preocupada por la nutria, que tenía que tirar de la balsa mientras los sinvergüenzas que iban sobre ella ni siquiera tenían por qué estar allí, y la nutria tenía un rabo tan frágil que pensé que debía hacerle daño tener que tirar constantemente. Estaba inquieta todo el tiempo. No mucho, sólo vagamente.

»Entonces, un día - y recuerdo que hacía años que estaba mirando aquel cuadro -, me di cuenta de que la balsa tenía una vela. Nunca la había visto. La nutria estaba bien, sólo iba nadando.

Se encogió de hombros.

- ¿Es una buena historia?

- El final tiene poca fuerza - observó Arthur -, deja a los oyentes gritando: «Sí, ¿y qué?» Hasta ahí va muy bien, pero necesita un toque final antes de los títulos de crédito.

Fenchurch rió y se abrazó las piernas.

-Fue una revelación tan súbita... Años de velada preocupación que desaparecían como si me liberase de un gran peso, como el blanco y el negro cobrando color, como un palo seco regado de pronto. El repentino cambio de perspectiva que dice: «Olvida tus preocupaciones, el mundo está bien y es un lugar perfecto. En realidad, es muy fácil.» Quizá pienses que te digo esto porque voy a anunciarte que esta tarde me siento así o algo parecido, ¿verdad?

- Pues, yo... - dijo Arthur, rota de pronto su serenidad.

-Bueno, está bien - dijo ella -. Pues, sí. Así es como me sentía exactamente. Pero ya lo había sentido antes, ¿sabes?, incluso más fuerte. Increíblemente fuerte. Me temo que soy tremenda - añadió, mirando a la lejanía

-para revelaciones súbitas y asombrosas. Arthur estaba hecho un lío, apenas podía hablar y, por lo tanto, consideró prudente no intentarlo de momento.

-Fue muy raro - dijo Fenchurch, como el comentario que pudo hacer uno de los perseguidores egipcios sobre el extraño comportamiento del Mar Rojo cuando Moisés agitó su vara delante de él.

-Muy raro - repitió -. Hacía días que me asaltaban sensaciones de lo más extraño, como si fuese a dar a luz. No, en realidad no era así, sino como si estuviera conectada a algo, trocito a trocito. No, ni siquiera eso; era como si toda la Tierra, a través de mí, fuese a...

-¿Significa algo para ti - preguntó suavemente Arthur - el número cuarenta y dos?

-¿Qué? No, ¿de qué hablas? - exclamó Fenchurch.

-Sólo era una idea.

-Arthur, hablo en serio, esto es muy real para mí.

-Yo también hablaba completamente en serio - repuso Arthur -. Del Universo es de lo único que nunca estoy seguro.

- ¿Qué quieres decir con eso?

-Cuéntame lo demás. No te preocupes si parece raro. Tienes delante a alguien que ha visto muchas cosas raras - aseguró Arthur -. Y no hablo de galletas, créeme.

Ella asintió, con aire de creerlo. De pronto, le asió con fuerza el brazo.

-Fue tan sencillo - dijo -, tan maravillosa y extraordinariamente simple, cuando pasó.

- ¿Qué era? - Inquirió Arthur con voz queda.

-Mira, Arthur, eso es lo que ya no sé. Y la pérdida es insoportable. Si intento recordarlo, todo me viene nebuloso y vacilante; y si hago esfuerzos por acordarme, llego hasta la taza de té y me quedo en blanco.

- ¿Cómo?

-Pues, lo mismo que en tu historia, lo mejor pasó en un café. Estaba en un bar, tomando una taza de té. Eso era unos días después del cúmulo de sensaciones de que estaba conectada a alguna cosa. Yo estaba susurrando. En un solar enfrente del café estaban haciendo un edificio, y yo lo veía por la ventana, por encima de la taza de té, lo que siempre me parece el mejor modo de ver cómo trabaja la gente. Y de pronto surgió en mi mente aquel mensaje de alguna parte. Y fue muy sencillo. Dotaba de sentido a todo. Simplemente permanecí quieta y pensé: «¡Vaya, vaya! entonces, todo está bien.» Me quedé tan perpleja, que casi dejé caer la taza; en realidad creo que la solté. Sí añadió, pensativa -, creo que se me cayó. ¿Tiene mucho sentido lo que digo?

-Todo iba bien hasta llegar a lo de la taza.

Ella meneó la cabeza, y volvió a sacudirla como para aclararse las ideas, que era lo que intentaba hacer.

-Pues así es -prosiguió ella -. Todo muy bien hasta llegar a lo de la taza. Ese fue el momento en que me pareció, literalmente, que el mundo había estallado.

- ¿Cómo...?

-Ya sé que parece una locura, y todo el mundo dice que eran alucinaciones, pero si lo eran, entonces las tuve en pantalla gigante de tres dimensiones con sonido Dolby estereofónico de 16 pistas, y probablemente debería alquilarme a la gente que se aburre con las películas de tiburones. Fue como si me hubieran arrancado el suelo de debajo de los pies, literalmente, y... y...

Dio unas suaves palmaditas sobre el césped, como para tranquilizarse, pero luego pareció cambiar de opinión sobre lo que iba a decir.

-Y me desperté en el hospital. Supongo que desde entonces he estado dentro y fuera de la realidad. Y por eso me pongo instintivamente nerviosa cuando tengo súbitas y asombrosas revelaciones de que todo va a ir bien.

Le miró fijamente.

Arthur había dejado de preocuparse por las extrañas anomalías que rodeaban la vuelta a su mundo o, mejor dicho, las había consignado al departamento de su mente titulado «Cosas para meditar. Urgente». «Este es el mundo», se había dicho a sí mismo. «Por la razón que sea, éste es el mundo y aquí está. Y yo estoy en él.» Pero ahora parecía nublarse en torno a él, como aquella noche en el coche, cuando el hermano de Fenchurch le contó las estúpidas historias del agente de la CIA que encontraron en el estanque. La embajada francesa se volvía borrosa. Los árboles se difuminaban. El lago hacía ondas, pero eso era de lo más natural y no había por qué alarmarse, porque un ganso gris acababa de posarse en sus aguas. Los gansos se lo estaban pasando muy bien y no tenían respuestas importantes cuyas preguntas descaran saber.

- De todos modos - dijo de pronto Fenchurch en tono alegre y con una enorme sonrisa en los ojos -, me pasa algo y tú tienes que averiguarlo. Vámonos a casa.

Arthur meneó la cabeza.

- ¿Qué ocurre? - preguntó ella.

Arthur había movido la cabeza no para manifestar desacuerdo con su sugerencia, que realmente consideraba excelente, una de las mejores del mundo, sino porque trataba de liberarse sólo por un momento de la repetida sensación que tenía de que cuando menos lo esperase, el Universo aparecería súbitamente por detrás de una puerta y le soltaría un abucheo.

-Sólo trataba de entenderlo con toda claridad - repuso Arthur -. Has dicho que tuviste la sensación de que la Tierra había estallado... realmente...

- Sí. Más que una sensación.

-¿Que es lo que todo el mundo atribuye - preguntó, indeciso -a alucinaciones?

-Sí. Pero eso es ridículo, Arthur. La gente cree que con decir «alucinaciones» queda todo explicado y, al final, lo que uno no entiende es que no existe. No es más que una palabra, no explica nada. No explica por qué desaparecieron los delfines.

-No - dijo Arthur -. No - añadió pensativo -. No - insistió, con aire aun más meditabundo, para terminar preguntando -: ¿qué?

- Que no explica la desaparición de los delfines. -No, claro. ¿Qué delfines?

-¿Cómo que qué delfines? Te hablo de cuando desaparecieron todos los delfines.

Ella le puso la mano en la rodilla, lo que le hizo comprender que el cosquilleo que le recorría la espina dorsal no se debía a que ella le estuviera acariciando suavemente la espalda, sino a la desagradable y horripilante sensación que a menudo experimentaba cuando la gente intentaba explicarle cosas.

-¿Los delfines?

-Sí.

-¿Desaparecieron todos los delfines?

-Sí.

- ¿Los delfines? ¿Dices que desaparecieron todos los delfines? ¿Es eso -preguntó Arthur, tratando de que ese punto quedara absolutamente claro -lo que estás diciendo?

- Pero por amor de Dios, Arthur, ¿dónde has estado? Todos los delfines

desaparecieron el día que yo... Le miró fijamente a los pasmados ojos.

-¿Cómo...?

-Ningún delfín. Ninguno. Todos desaparecieron. Escudriñó su expresión. -¿Es que realmente no lo sabías? Era evidente, por su aire de asombro, que no lo sabía.

-¿Adónde se fueron? - preguntó.

- Nadie lo sabe. Eso es lo que significa «desaparecido» -explicó Fenchurch, que añadió -: Bueno, hay uno que afirma saberlo, pero todo el mundo dice que vive en California y que está loco. Esta ha pensando en ir a verle porque parece la única pista que tengo de lo que me pasó a mí.

Se encogió de hombros y luego le dirigió una larga y silenciosa mirada. Le puso la mano en la mejilla.

- Me gustaría mucho saber dónde has estado. Creo que a ti también te ha

pasado algo horrible. Y por eso es por lo que nos reconocimos mutuamente. Echó una mirada por el parque, que estaba cayendo presa de las sombras. -Pues ahora ya tienes a alguien a quien contárselo. Arthur dejó escapar lentamente un largo suspiro de un año.

-Es una historia muy larga - confesó. Fenchurch se inclinó sobre él y acercó su bolso de lona.

-¿Tiene algo que ver con esto? - preguntó.

El objeto que sacó del bolso era viejo y estaba baqueteado por los viajes, como si lo hubieran arrojado a ríos prehistóricos, expuesto al calor del rojísimo sol que brilla en los desiertos de Cacrafún, medio enterrado en las marmóreas arenas que orlan los embriagadores y vaporosos océanos de Santraginus V, congelado en los glaciares de la luna de jaglan Beta, usado como asiento, pateado en naves espaciales, arrastrado y maltratado en general, y como los fabricantes habían pensado que ésas eran exactamente las cosas que podrían ocurrirle, lo enfundaron precavidamente en una caja de plástico duro donde, con grandes y amistosos caracteres, habían escrito las palabras: «No se asuste.»

-¿De dónde has sacado esto? - preguntó Arthur, quitándoselo de las manos.

-Ah - dijo ella -. Creía que era tuyo. Te lo dejaste aquella noche en el coche de Russell. ¿Has estado en muchos de esos sitios?

Arthur sacó la Guía del autostopista galáctico de la funda. Se trataba de un ordenador pequeño, fino y flexible. Pulsó unas teclas hasta que la pantalla se llenó de líneas.

- En unos cuantos.

-¿Podemos ir juntos? -¿Qué? No -respondió bruscamente Arthur, que luego se ablandó un poco y añadió -: ¿Quieres ir? Esperaba una respuesta negativa. Fue un gesto de gran generosidad por su parte no decir: «No quieres ir, ¿verdad?»

-Sí - contestó Fenchurch -. Quiero descubrir el mensaje que perdí, y de dónde procedía. Porque no creo - añadió, poniéndose en pie y observando la creciente penumbra del parque - que viniera de aquí.

-Ni siquiera estoy segura -prosiguió, pasando el brazo por la cintura de Arthur - de saber qué significa la palabra aquí.

21

Como anteriormente hemos observado, a menudo y con exactitud, la Guía del autostopista galáctico es un objeto bastante sorprendente. Y como sugiere el título, fundamentalmente se trata de una guía. El problema -o, mejor dicho, uno de los problemas, porque hay muchos, de los cuales una considerable proporción está obstruyendo los tribunales civiles, comerciales y penales en todas las partes de la Galaxia y especialmente los más corruptos, si es que hay unos más corruptos que otros-, es el siguiente:

La frase anterior tiene sentido. Ese no es el problema.

Es éste:

Cambio.

Vuélvalo a leer y lo entenderá.

La Galaxia es un lugar de rápidos cambios. Francamente, hay muchos, todos los cuales están constantemente en movimiento, en continuo cambio. Buena pesadilla, podría pensarse, para un editor consciente y escrupuloso que dedicara todos sus esfuerzos a mantener ese tomo electrónico, enormemente detallado y complejo, en la vanguardia de todas las circunstancias y condiciones cambiantes que se crean en la Galaxia a cada minuto de cada hora de cada día; pero sería una idea equivocada. El error consistiría en no comprender que al editor, como a todos los editores que la Guía haya tenido nunca, se le escapa el verdadero significado de las palabras «escrupuloso», «consciente» y «dedicado», y que sus pesadillas tienden a importarle un comino.

Los artículos se actualizan o no, según, mediante la red Sub-Etha, si se leen bien.

Como por ejemplo, el caso de Brequinda del Foth de Avalars, famosa, mítica y legendaria por las aburridas o idiotizantes miniseries en tres dimensiones como el hogar del grandioso y mágico Dragón de Fuego de Fuolornis.

En la antigüedad, antes del Advenimiento del Sorth de Bragadox, cuando Fragilis cantaba y Saxaquini del Quenelux dominaba; cuando el aire era suave y las noches fragantes; cuando todos afirmaban ser vírgenes, o eso pretendían -aunque cómo demonios podía alguien mantener ni siquiera remotamente esa ridícula pretensión con aquel aire suave, las noches fragantes y todo lo que pudiera imaginarse-, en Brequinda del Foth de Avalars era imposible lanzar un ladrillo sin dar al menos a media docena de dragones de fuego de Fuolornis.

Otra cosa es que uno quisiera hacerlo.

No es que los dragones de fuego no fuesen una especie particularmente amante de la paz, que lo eran. La adoraban hasta el extremo y, en general, su extremada adoración por las cosas constituía con frecuencia un problema particular: a menudo se hace daño al ser que se ama, sobre todo si se es un Dragón de Fuego de Fuolornis con el aliento del motor auxiliar de propulsión de un cohete y dientes como la veda de un parque. Otro problema es que, cuando les daba por ahí, solían hacer bastante daño a los seres queridos de otras personas. Añádase a todo ello el número relativamente pequeño de locos que efectivamente se dedicaban a lanzar ladrillos, y se terminará comprendiendo que en Brequinda del Foth de Avalars había un montón de gente que sufría graves daños por parte de los dragones.

Pero ¿les importaba? Nada en absoluto.

¿Se les oía lamentarse de su destino? No.

En todas las regiones de Brequinda del Foth de Avalars se reverenciaba a los dragones de fuego de Fuolornis por su belleza salvaje, sus nobles modales y su costumbre de morder a los que no los veneraban.

¿Y por qué?

La respuesta es sencilla.

Sexo.

Por alguna razón inescrutable, siempre resulta insoportablemente atractivo el hecho de que existan grandes dragones mágicos de aliento de fuego que vuelan bajo en las noches de luna que ya son peligrosas por su fragancia y suavidad.

La razón de ello no habrían sabido darla los habitantes de Bequinda, tan inclinados a los asuntos amorosos, y no se habrían parado a hablar del tema una vez que sentían los efectos, porque en cuanto una bandada de media docena de dragones de fuego de Fuolornis de alas plateadas y piel de gamuza aparecían en el horizonte de la tarde, la mitad de los habitantes de Brequinda se escabullía en el bosque con la otra mitad para pasar juntos una noche de intenso ajetreo, saliendo de la espesura con los primeros rayos de sol sonrientes y felices y afirmando con mucho encanto que seguían siendo vírgenes, aunque un tanto sofocados y pegajosos.

Las feromonas, dijeron algunos investigadores.

Algo sónico, afirmaron otros.

El país siempre estaba plagado de investigadores que trataban de llegar al fondo de la cuestión y dedicaban un montón de tiempo a sus estudios.

No es de sorprender que la seductora y gráfica descripción de la Guía sobre la situación general de dicho planeta resultara ser asombrosamente popular entre los autostopistas que se dejaban guiar por ella, de manera que nunca la suprimieron y, en consecuencia, a los viajeros de los últimos tiempos les toca averiguar por sí mismos que la moderna Brequinda, en el Estado Ciudad de Avalars, es poco más que hormigón, antros de strip-tease y Hamburgueserías el Dragón.

22

En Islington, la noche era suave y fragante.

Claro que en el callejón no había dragones de fuego de Fuolornis, pero si alguno se hubiera atrevido a pasar por él, más le habría valido largarse a tomar una pizza, porque allí no iban a necesitarle.

Si surgiese una emergencia inesperada cuando aún se encontraban a la mitad de su American Hots con una anchoa extra, siempre podría enviar un mensaje para que pusieran a Dire Straits en el estéreo, cosa que surte el mismo efecto, como ya se sabe.

- No - dijo Fenchurch -, todavía no.

Arthur puso a Dire Straits en el estéreo. Fenchurch abrió de par en par la puerta de arriba para que entrara un poco más del aire suave y fragante de la noche. Ambos se sentaron en una parte del mobiliario hecho a base de cojines, muy cerca de la abierta botella de champán.

-No -repitió Fenchurch -. No, hasta que averigües lo que me pasa, en qué parte. Pero supongo - añadió en voz muy, muy queda -que podríamos empezar por donde tienes la mano ahora.

-Así que, ¿por dónde tengo que ir?

-De momento hacia abajo - señaló Fenchurch. Arthur movió la mano.

-Hacia abajo - le recordó ella -, es justamente la otra dirección.

-Ah, sí.

Mark Knopfler tiene una habilidad extraordinaria para hacer que un Schecter Custom Stratocaster grite y cante como los ángeles un sábado por la noche, agotado de ser bueno toda la semana y con necesidad de una cerveza fuerte, lo que en este momento no es estrictamente oportuno ya que el disco no ha llegado aún a ese punto, pero cuando llegue pasarán muchas cosas y, por otra parte, el cronista no pretende sentarse aquí con la lista de grabación y un cronómetro, de manera que le parece mejor mencionarlo ahora, cuando las cosas aún tienen un ritmo lento.

-Y así llegamos -anunció Arthur -a tu rodilla. A tu rodilla izquierda le pasa algo horrible y trágico. -Mi rodilla izquierda esta perfectamente bien -aseveró Fenchurch.

-Desde luego que sí.

-¿Sabías que...?

-¿Qué? -Bueno, nada. Estoy segura de que lo sabes. Sigue.

-Así que tiene algo que ver con tus pies...

Ella sonrió en la penumbra y se frotó los hombros contra los cojines. Como en el Universo, en Squornshellous Beta para ser exactos, a dos mundos de distancia de las marismas de los colchones, hay cojines que efectivamente disfrutan con que alguien se frote contra ellos, en particular si se hace con toda naturalidad debido al ritmo sincopado con que se mueven los hombros. Es una lástima que no estuvieran allí pero así es la vida.

Arthur mantuvo en el regazo el pie de Fenchurch y lo escrutó con atención. Toda clase de cosas sobre cómo le caía el vestido dejando ver las piernas, le impedían pensar con claridad en aquel momento.

- Debo admitir que no tengo ni idea de lo que estoy buscando.

- Lo sabrás cuando lo encuentres - repuso ella con un tonillo burlón -. Te aseguro -su voz se entrecortó ligeramente -. No es ése.

Sintiéndose cada vez más confuso, Arthur le dejó el pie izquierdo en el suelo y se desplazó un poco para poder cogerle el derecho. Ella se inclinó hacia adelante, le rodeó con los brazos y le besó, porque el disco había llegado al punto en que, si se conocía la música, resultaba imposible dejar de hacerlo.

Luego le dio el pie derecho. Arthur lo acarició, pasando los dedos por el tobillo, por la parte carnosa de la planta, por el empeine, sin encontrar nada malo. Ella lo miraba muy divertida. Se rió y meneó la cabeza.

-No, no te pares - dijo -; ése no es.

Arthur se detuvo y frunció el ceño ante el pie izquierdo que reposaba en el suelo.

- No te pares.

Le acarició el pie derecho, pasando los dedos por el tobillo, por la parte carnosa de la planta, por el empeine y dijo:

-¿Quieres decir que tiene algo que ver con la pierna que estoy sujetando?

- inquirió. Volvió a encogerse de hombros con ese movimiento que habría puesto
tanta alegría en la vida de un simple cojín de Squomshellous Beta. Arthur frunció el entrecejo.

- Cógeme en brazos - dijo Fenchurch con voz queda.

Arthur depositó el pie derecho en el suelo y se incorporó. Ella también. El la abrazó y se besaron de nuevo. Así continuaron un tiempo, al cabo del cual ella dijo:

-Ahora ponme en el suelo otra vez. Así lo hizo Arthur, aún perplejo.

-¿Y bien? Le lanzó una mirada casi desafiante.

-Así que, ¿qué les pasa a mis pies?

Arthur seguía sin comprender. Se sentó en el suelo y luego se puso a gatas para mirarle los pies in situ, por decirlo así, en su habitat normal. Y al mirarlos con atención, descubrió algo raro. Bajó la cabeza hasta el suelo y entornó los ojos. Hubo una larga pausa. Con gesto pesado, volvió a sentarse pesadamente.

-Sí - dijo -, ya veo lo que les pasa a tus pies. Que no tocan el suelo.

- Y... ¿qué te parece?

Arthur alzó la vista rápidamente hacia ella y vio que un hondo temor le oscurecía súbitamente la mirada. Se mordía el labio y estaba temblando.

- ¿Qué... te... - tartamudeó -. ¿Estás...? Sacudió la cabeza y se echó los cabellos sobre los ojos, que se le llenaban de lágrimas temerosas.

Arthur se levantó rápidamente, la rodeó con los brazos y le dio un solo beso.
- A lo mejor puedes hacer lo que yo - dijo, y echó a andar saliendo derecho por la puerta del piso superior. El disco llegó a la mejor parte.

23

La batalla en torno a la estrella Xaxis llegaba a su punto culminante. Las fulminantes fuerzas que lanzaba la enorme nave plateada ya habían destruido y reducido a átomos a centenares de naves de Zlrzla, feroces y llenas de armas terribles.

También había desaparecido parte de la luna, desintegrada por los mismos cañones de energía llameante que a su paso desgarraba hasta el propio tejido del espacio.

Pese a las terribles armas que poseían, las naves de Zlrzla que quedaban, irremediablemente superadas por el poder devastador de la nave xaxisianal huían a refugiarse tras la luna, cada vez más desintegrada, cuando la enorme nave perseguidora anunció súbitamente que necesitaba unas vacaciones y abandonó el campo de batalla.

Durante un momento redoblaron el miedo y la consternación, pero la nave había desaparecido.

Con sus formidables poderes, surcó vastas extensiones del espacio de formas irracionales con rapidez, sin esfuerzo y, sobre todo, en silencio.

Hundido en su grasiento y maloliente camastro, acondicionado en una escotilla de mantenimiento, Ford Prefect dormía entre las toallas soñando con sus antiguas obsesiones. En un momento soñó con Nueva York.

En su sueño era muy de noche, y paseaba por el East Side junto al río, que estaba tan sumamente contaminado que de sus profundidades surgían espontáneamente nuevas formas de vida, pidiendo el derecho al voto y a la seguridad social.

Una de ellas pasó flotando y le saludó con un gesto. Ford le devolvió el saludo.

La criatura avanzó trabajosamente en su dirección y subió a la orilla con esfuerzo.

-Hola -dijo -, acabo de ser creada. En el Universo soy completamente nueva, en todos los aspectos. ¿Puedes darme alguna indicación?

-Pues -dijo Ford, un tanto anonadado -, supongo que puedo decirte dónde hay unos cuantos bares.

- ¿Y qué me dices del amor y la felicidad? Noto mucho la falta de esas cosas -observó la criatura, agitando sus tentáculos -. ¿Puedes darme alguna pista?

-Algo parecido a lo que solicitas -repuso Ford - puedes encontrarlo en la Séptima Avenida. -Noto por instinto -dijo la criatura en tono urgente - que necesito ser hermosa. ¿Lo soy?

-Eres bastante directa, ¿verdad?

-Es absurdo andarse con rodeos, ¿lo soy?

La criatura chorreaba por todas partes, sin dejar de chapotear y gimotear. Estaba despertando el interés de un borracho que andaba por allí.

- Para mí, no - contestó Ford que, al cabo de un momento, añadió -: Pero mira, la mayoría de la gente se las arregla. ¿Hay otros como tú ahí abajo? -Ni idea, tío - respondió la criatura -. Como te he dicho, soy nueva. La vida

me resulta completamente ajena. ¿Cómo es? Eso era algo de lo que Ford podía hablar con conocimiento de causa.

-La vida - sentenció - es como un pomelo.

-Eh. ¿Y cómo es eso?

-Pues es algo de color amarillo anaranjado con hoyuelos por fuera y húmedo y carnoso por dentro. También tiene pipas. ¡Ah!, y algunas personas toman medio para desayunar.

-¿Hay alguien más por ahí con quien pueda hablar?

-Supongo que sí - le informó Ford -. Pregunta a un policía.

Hundido en su camastro, Ford Prefect se removió y se volvió de otro lado. No era de sus favoritos porque no aparecía Excéntrica Gallumbits, la puta de tres tetas de Eroticón VI, que salía en muchos de sus sueños. Pero al menos era un sueño. Por lo menos dormía.

24

Por suerte había una fuerte corriente de aire en el callejón, porque Arthur no había hecho esa clase de cosas desde hacía mucho, al menos deliberadamente, y de esa forma es precisamente como no hay que hacerlo.

Giró bruscamente hacía abajo, casi partiéndose la mandíbula con el escalón de la puerta y dando una voltereta en el aire, tan súbitamente pasmado de la estupidez tan tremenda que acababa de cometer, que se olvidó por completo de que tenía que aterrizar en el suelo y no lo hizo.

Un buen truco, dijo para sí, si se sabe hacer.

El suelo pendía amenazador sobre su cabeza.

Trató de no pensar en el suelo, en sus enormes dimensiones y en el daño que le haría si decidía dejar de estar allí colgado y se precipitaba de pronto sobre su cabeza. En cambio, intentó pensar en cosas bonitas, en lémures, que era justo lo idóneo, porque en aquel momento no podía recordar exactamente qué era un lémur, si una de esas criaturas que cruzan llanuras en majestuosos rebaños, en el país que fuera o si eran animales salvajes, así que resultaba algo difícil tener pensamientos bonitos sin recurrir a una especie de buena disposición general hacia las cosas, pero todo ello le mantenía la mente plenamente ocupada mientras su cuerpo trataba de acostumbrarse al hecho de que no estaba en contacto con nada.

Por el callejón revoloteó el envoltorio de una chocolatina que, tras un momento de aparente duda e indecisión, al fin permitió que el viento lo depositara, aleteante, entre él y el suelo.

- Arthur...

El suelo seguía gravitando amenazadoramente sobre su cabeza, y pensó que quizá era tiempo de hacer algo al respecto, como dejarse caer, que es lo que hizo, despacio. Muy, muy despacio.

Mientras caía de ese modo, cerró los ojos con cuidado para no chocar con nada.

Al cerrar los ojos, notó que la mirada le recorría todo el cuerpo. Una vez que le llegó a los pies, y que todo su cuerpo era consciente de que tenía los ojos cerrados y que no le daba miedo, despacio, muy, muy despacio, volvió el cuerpo en una dirección y la mente en otra.

Con aquello evitaría el suelo.

Ahora sentía claramente el aire en torno a él; giraba alegremente a su alrededor, como una brisa, indiferente a su presencia, y despacio, muy, muy despacio, abrió los ojos como volviendo de un sueño profundo y distante.

Ya había volado antes, claro, lo había hecho muchas veces en Krlkklt hasta que la cháchara de los pájaros se lo impidió, pero eso era otra cosa.

Ahí estaba en el aire de su propio mundo, sin alboroto y tranquilo, aparte de un ligero temblor que podía atribuirse a toda una serie de cosas.

A tres o cuatro metros por debajo de él veía el duro alquitrán y más allá, a la derecha, las amarillentas farolas de Upper Street.

Afortunadamente, el callejón estaba a oscuras pues la iluminación nocturna estaba regulada por un ingenioso mecanismo que encendía la luz poco antes de la hora de comer y la apagaba cuando empezaba a caer la tarde. Por lo tanto, se encontraba a salvo, envuelto en un manto de negra oscuridad.

Despacio, muy, muy despacio, alzó la cabeza hacia Fenchurch que, silenciosa, pasmada y sin aliento, estaba en el umbral de la puerta de arriba.

El rostro de ella se encontraba a unos centímetros del suyo.

- Iba a preguntarte - dijo ella, en tono bajo y voz temblorosa -qué estabas

haciendo. Pero luego vi que estaba claro. Estabas volando. Hizo una breve pausa, como si meditara.

-De modo que parecía una pregunta tonta - añadió.

-¿Puedes hacerlo tú? - preguntó Arthur.

-No.

- ¿Te gustaría intentarlo? Ella se mordió el labio y meneó la cabeza, no para decir que no, sino movida por el asombro. Temblaba como una hoja. -Es muy fácil -la animó Arthur - si no sabes cómo hacerlo. Eso es lo importante. No estar nada seguro de cómo lo haces.

Sólo para demostrar lo fácil que era, revoloteó por el callejón, cayó hacia arriba de modo bastante espectacular y volvió a acercarse a ella como un billete de banco mecido por un soplo de viento.

-Pregúntame cómo lo he hecho.

-¿Cómo... lo has hecho?

-Ni idea. Ni la más remota. Fenchurch se encogió de hombros, asombrada.

-Entonces, ¿cómo puedo...? Arthur descendió un poco más y extendió la mano.

-Quiero que lo intentes - dije. Súbete en mi mano. Sólo con un pie.

-¿Cómo?

-Inténtalo.

Nerviosa, dubitativa, casi como si tratara, pensó, de subirse a la mano de alguien que flotara en el aire justo delante de ella, puso un pie en su mano.

-Ahora, el otro.

-¿Qué? Levanta el otro pie.

-No puedo.

-Inténtalo.

-¿Así?

-Así.

Nerviosa, dubitativa, casi, se dijo, como si... Dejó de pensar a qué se parecía lo que estaba haciendo, porque tenía la impresión de que no quería saberlo en absoluto.

Fijó firmemente la mirada en el canalón del tejado del decrépito almacén de enfrente que durante semanas la

había inquietado porque estaba claro que iba a caerse, y se preguntó si tendrían intención de arreglarlo o si debería decírselo a alguien, y ni por un momento pensó que estaba de pie sobre las manos de alguien que no estaba de pie sobre nada.

- Y ahora - dijo Arthur -, alza el pie izquierdo.

Fenchurch creía que el almacén era de la fábrica de alfombras que tenía las oficinas en la esquina, y alzó el pie izquierdo, así es que seguramente iría a hablarles del canalón.

-Ahora - dijo Arthur - eleva el pie derecho.

-No puedo.

-Inténtalo.

Nunca había visto el canalón desde aquella perspectiva, y le pareció como si entre el fango y la broza acumulados pudiese haber un nido de pájaro. Si se inclinaba un poquito hacia adelante y elevaba el pie derecho, probablemente lo vería con más claridad.

Alarmado, Arthur vio que, en el callejón, un individuo estaba intentando robar la bicicleta de Fenchurch. De ningún modo quería verse envuelto en una discusión en aquel preciso momento, y esperó que aquel tipo lo hiciera tranquilamente y no mirase hacia arriba.

Tenía el aire silencioso y furtivo del que está acostumbrado a robar bicicletas en callejones y no esperaba ver a los dueños flotando a unos metros por encima de su cabeza. Esos dos hábitos le infundían serenidad, y prosiguió su trabajo con esmero y aplicación, y cuando descubrió que la bicicleta estaba atada con argollas de carbono de tungsteno a una barra de hierro empotrada en cemento, abolló las dos ruedas con toda calma y prosiguió su camino.

Arthur dejó escapar un largo suspiro.

- Mira que cáscara de huevo te he encontrado - le dijo Fenchurch al oído.

25

Los seguidores habituales de las hazañas de Arthur Dent quizá tengan una impresión de su carácter y costumbres que, aunque refleje la verdad y, por supuesto, nada más que la verdad, se quede un poco corta, en su composición, respecto a toda la verdad en el conjunto de sus aspectos gloriosos.

Y ello se debe a razones evidentes. Hay que corregir, seleccionar, armonizar lo interesante con lo importante y prescindir de todas las descripciones tediosas.

Como ésta, por ejemplo: «Arthur Dent se fue a la cama. Subió los quince peldaños de la escalera, entró en su habitación, se quitó los zapatos y calcetines y luego toda la ropa, prenda a prenda, depositándola en el suelo, en un pulcro y arrugado montón. Se puso el pijama, el azul a rayas. Se lavó la cara y las manos, los dientes, fue al retrete, comprendió que una vez más lo había hecho todo al revés, volvió a lavarse las manos y se acostó. Leyó quince minutos, diez de los cuales los pasó tratando de saber dónde se había quedado la noche anterior, luego apagó la luz y al cabo de un minuto o así se quedó dormido.

»Estaba oscuro. Durmió del lado izquierdo durante una hora larga.

»Después se removió inquieto un momento y se volvió del lado derecho. Una hora después pestañeó brevemente y se rascó la nariz con suavidad, aunque pasaron sus buenos veinte minutos antes de que se diera la vuelta del lado izquierdo. Y así pasó la noche, durmiendo.

»A las cuatro se levantó y fue al lavabo. Abrió la puerta del baño y...» Y así sucesivamente.

Es una estupidez. Así no avanza la acción. Vale para los libros gordos con los que prospera el mercado norteamericano, pero que en realidad no llevan a ninguna parte. Resumiendo, no interesan.

Pero también hay omisiones, aparte del lavado de dientes y de la búsqueda de calcetines limpios, en los que algunos han mostrado un desmesurado interés.

- ¿Terminó en algo aquel asunto que Arthur y Trillian se traían entre

manos? - quieren saber esas personas. A eso, por supuesto, hay que responder: ocúpense de sus asuntos.

- ¿Y qué hacía Arthur -preguntan -, todas aquellas noches en el planeta Krikkit? Sólo porque en ese planeta no había dragones de fuego de Fuolornis ni Dire Straits, no significa que todo el mundo se pasara la noche leyendo.

O para poner un ejemplo más concreto, que pasó la noche de la fiesta del comité en la Tierra Prehistórica, cuando Arthur se encontró sentado en la falda de una colina viendo cómo salía la luna por encima de las suaves llamas de los árboles en compañía de una hermosa joven llamada Mella, que recientemente había escapado de pasarse todas las mañanas mirando un centenar de fotografías casi idénticas de tubos de pasta de dientes caprichosamente iluminados en el departamento artístico de una agencia de publicidad del planeta Golgafrincham. ¿Qué pasó entonces? ¿Y luego? La respuesta es, por supuesto, que el libro se terminó.

El siguiente no continuó la historia hasta cinco años después, y eso, según algunos, es llevar la discreción demasiado lejos. ¿Quién es ese Arthur Dent resuena el grito desde los más alejados rincones de la Galaxia, que hasta se incluye en una misteriosa prueba del profundo espacio cuyo origen se piensa viene de una galaxia foránea a una distancia demasiado horrible de calcularun hombre o un ratón? ¿Es que no le interesan más que el té y las cuestiones más amplias de la vida? ¿Es que no tiene espíritu? ¿No tiene pasiones? Para decirlo con pocas palabras, ¿es que no folla?

Los que deseen saberlo, que sigan leyendo. Los que quieran saltárselo, quizá deban pasar al último capítulo, que es muy bueno y sale Marvin.

26

Durante un despreciable momento, mientras se elevaban, Arthur Dent se permitió pensar que esperaba que sus amigos, que siempre le habían encontrado agradable pero aburrido o, últimamente, aburrido pero agradable, se lo estuvieran pasando bien en la taberna, pero ésa fue la última vez, durante un tiempo, que pensó en ellos.

Siguieron flotando, describiendo lentas espirales entre sí, como semillas de sicomoro cuando caen de los árboles en otoño, sólo que al revés.

Y mientras flotaban, sus mentes cantaban extasiadas por el conocimiento de que lo que estaban haciendo era absoluta, completa y totalmente imposible, en caso contrario, que a la ciencia física le faltaba mucho para estar al día.

La física meneó la cabeza y, mirando en otra dirección, dedicó sus esfuerzos a que la circulación fluyera por Euston Road hacia el paso elevado de la autopista del oeste, a mantener encendidas las farolas y a asegurarse de que cuando alguien tirase una hamburguesa en Baker Street hiciera un ruido sordo al caer.

Disminuyendo tercamente bajo ellos, las filas de luces de Londres. -Londres, no dejaba Arthur de recordarse, no los campos extrañamente coloreados de Krikkit o las remotas márgenes de la Galaxia, de la que unas cuantas motas se extendían apagadamente por el cielo que se abría sobre sus cabezas, sino Londres-oscilaban y giraban, meciéndose y revoloteando.

-Intenta un descenso en picado - dijo a Fenchurch.

- ¿Qué?

Su voz sonaba extrañamente clara pero lejana en la vasta oquedad del aire; era palpitante y tenía una leve nota de incredulidad. Todo ello: claridad, levedad, lejanía, palpitación, al mismo tiempo.

-Estamos volando... -dijo ella. -Un poco -repuso Arthur -. No lo pienses. Intenta un descenso en picado.

- Un descen...

Su mano enlazó la de él; al momento, su peso se unió al de Arthur y, asombrosamente, desapareció en pos de su compañero, agarrándose desesperadamente a la nada.

La física miró de reojo a Arthur, quedándose boquiabierta al ver que él también había desaparecido, mareado de la vertiginosa caída, gritando todo él menos su voz.

Cayeron a plomo porque estaban en Londres y allí no pueden hacerse estas cosas.

No pudo cogerla porque estaban en Londres y no a un millón y medio de kilómetros de allí; a mil doscientos diez kilómetros para ser exactos, en Pisa, Galileo demostró claramente que dos cuerpos caen a la misma velocidad de aceleración independientemente del peso de cada cual.

Cayeron.

Arthur comprendió al caer, aturdida y vertiginosamente, que si iba a pasearse por el cielo creyendo todo lo que dicen los italianos sobre física cuando ni siquiera saben cómo enderezar una simple torre, entonces tendrían serios problemas, y vaya si caía mucho más de prisa que Fenchurch.

La cogió por arriba, esforzándose por agarrarla bien de los hombros. Lo logró.

Estupendo. Ahora caían juntos, lo que era muy romántico y tierno pero no resolvía el problema fundamental, que consistía en que estaban cayendo y el suelo no esperaba a ver si tenían algún truco más escondido en la manga, sino que subía a su encuentro como un tren expreso.

Arthur no podía aguantar el peso de Fenchurch, no había nada en qué apoyarlo. Lo único que se le ocurrió fue que, evidentemente, iban a morir, y que si quería que sucediera algo que no fuese evidente, tendría que hacer lo contrario de lo evidente. Con eso sintió que se encontraba en territorio familiar.

La soltó, la empujó y, cuando ella volvió el rostro hacia él con una mueca de pasmado horror, la enlazó del dedo meñique y la lanzó hacia arriba, yendo torpemente en pos de ella.

-¡Mierda! - exclamó Fenchurch, sentándose sofocada y sin aliento en nada en absoluto y, después, cuando se recuperó, ascendieron volando hacia la noche.

Justo por debajo de las nubes descansaron y escudriñaron la imposible ruta que habían seguido. El suelo no era algo que pudiera contemplarse con una mirada fija o firme, sino sólo de reojo, por decirlo así, de pasada.

Fenchurch intentó atrevidamente unos cuantos descensos en picado y descubrió que si calculaba bien cuándo venía un golpe de viento, podría realizar algunos bastante sorprendentes con una pequeña pirueta al final, seguida de una caída a plomo que le levantaba el vestido en tomo al cuerpo, y ahí es donde los lectores deseosos de saber qué ha sido de Marvin y Ford Prefect durante todo este tiempo deberían acudir a los últimos capítulos, porque Arthur ya no podía esperar más y la ayudó a quitárselo.

El vestido flotó y se alejó barrido por el viento hasta convertirse en una mota que terminó desapareciendo y, por diversas y complejas razones, revolucionando a una familia de Hounslow, sobre cuyo tendedero apareció colgado por la mañana.

En un abrazo mudo, flotaron hasta que se encontraron nadando entre los nebulosos espectros de humedad que se ven orlando las alas de un avión, pero que nunca se sienten, porque uno va calentito dentro del mal ventilado aeroplano, mirando por la arañada ventanita de plástico mientras el hijo de algún viajero trata pacientemente de verterle leche caliente en la camisa.

Arthur y Fenchurch los sentían, finos, tenues y fríos, ciñendo sus cuerpos, muy suaves, muy yertos. Ambos pensaron, incluso Fenchurch, protegida de los elementos sólo por un par de prendas de Marks & Spencer, que si no iban a dejarse inquietar por la ley de la gravedad, el simple frío o la escasez de atmósfera podían largarse con viento fresco.

Las dos prendas de Marks & Spencer que, mientras Fenchurch se elevaba entre la oscura masa nubosa, Arthur quitó muy, muy despacio, pues es la única manera posible de hacerlo cuando uno está volando sin utilizar las manos, también crearon un alboroto considerable a la mañana siguiente al caer en Isleworth y Richmond, la parte de arriba y la de abajo, respectivamente, por la parte de norte a sur.

Tardaron mucho tiempo en emerger de las voluminosas nubes y cuando al fin salieron, bastante húmedos -Fenchurch describiendo lentos giros como una estrella de mar mecida por la marea-, descubrieron que por encima de ellas es donde la noche está verdaderamente iluminada por la luna.

La luz es brillante, aunque opaca. Allá arriba hay montañas, distintas, pero montañas al fin y al cabo, con sus blancas nieves árticas.

Salieron por la parte superior del denso cúmulo y empezaron a recorrer perezosamente sus contornos, mientras Fenchurch, a su vez, quitaba la ropa a Arthur, y cuando le liberó de todas las prendas, éstas emprendieron el descenso, sorprendidas, entre la blancura que todo lo envolvía.

Le besó, le besó la nuca, el pecho, y continuaron flotando, describiendo lentos giros en una especie de muda T que hasta habría hecho agitar las alas y emitir unas tosecitas a un Dragón de Fuego de Fuolornis, si alguno hubiese pasado por allí repleto de pizza.

Claro que en las nubes no había dragones de fuego de Fuolornis, ni tampoco podía haberlos porque, como los dinosaurios, los dodos, y el gran Drubbered Wintwock de Stegbartle Mayor en la constelación Fraz, y a diferencia de los Boeing 747 de los que hay un abundante surtido, lamentablemente están extinguidos y su especie ya no volverá a verse en el Universo.

El motivo de que en la anterior lista aparezcan los Boeing 747, no deja de tener relación con el hecho de que algo muy similar apareció en la vida de Arthur Dent y Fenchurch unos momentos después.

Son enormes, aterradoramente grandes. Cuando se acerca uno, se nota. Hay una estruendoso acometida de aire, una pared móvil de viento ululante que te desplaza violentamente si se es lo bastante inconsciente como para hacer algo remotamente parecido a lo que Arthur y Fenchurch estaban haciendo en las proximidades, como mariposas en la guerra relámpago.

Aquella vez, sin embargo, hubo una descorazonadora caída o pérdida de nervios, un reagrupamiento momentos después y una idea nueva y maravillosa que la bofetada de ruido remachó.

La señora E. Kapelsen, de Boston, Massachusetts, era una anciana y efectivamente sentía que su vida tocaba a su fin. Había visto muchas cosas, algunas de las cuales la dejaron perpleja y muchas la aburrieron, tal como descubría, con cierta intranquilidad, en aquella tardía etapa. Todo había sido muy agradable, pero quizás demasiado comprensible, demasiado rutinario.

Con un suspiro levantó la pequeña persiana de plástico y miró por encima del ala.

Al principio creyó que debía llamar a la azafata, pero luego se dijo no, maldita sea, nada de eso, aquello era para ella sola.

Cuando las dos inexplicables personas se separaron del ala y se sumieron en la estela del avión, la señora Kapelsen se había animado muchísimo.

En particular, le había aliviado mucho la idea de que prácticamente todo lo que le habían contado en la vida, era un error.

A la mañana siguiente, Arthur y Fenchurch se despertaron muy tarde en el callejón a pesar de los continuos lamentos de muebles que estaban restaurando.

A la noche siguiente lo repitieron todo de nuevo, sólo que esta vez con walkman Sony.

27

- Todo esto es maravilloso -dijo Fenchurch unos días más tarde -. Pero necesito saber qué me ha pasado. Mira, entre nosotros existe esa diferencia. Tú perdiste algo y lo volviste a encontrar, y yo encontré algo y lo perdí. Necesito encontrarlo de nuevo.

Tenía que estar fuera todo el día, así que Arthur se preparó para pasarlo haciendo llamadas de teléfono.

Murray Bost era periodista en uno de esos diarios de páginas pequeñas y letras grandes. Sería agradable decirle que no por eso tenía poco mérito, pero lamentablemente no era ése el caso. Daba la casualidad de que era el único periodista que Arthur conocía, así que le llamó de todos modos.

- ¡Arthur, mi vieja cuchara de sopa, mi vieja tetera plateada! ¡Qué sorpresa oírte! Alguien me dijo que andabas por el espacio o algo así.

En una conversación, Murray empleaba una clase de lenguaje especial de su propia invención que nadie más que él era capaz de hablar o de entender. Casi nada de lo que decía tenía sentido. Lo poco que significaba algo, estaba tan profundamente oculto que nadie lo había pillado nunca deslizándose en una avalancha de insensateces. Cuando más tarde se descubría el significado de alguna frase, todos los aludidos solían pasar un mal rato.

- ¿Cómo? - inquirió Arthur.

-No es más que un rumor, mi viejo colmillo de elefante, mi mesita de juego de tapete verde, sólo un rumor. Quizá no tenga sentido, pero necesito una declaración tuya.

- Sin comentarios, charla de taberna.

-Nos encantaría, mi vieja prótesis, nos encanta. Además, encaja perfectamente con las demás historias de la semana, así que no quedaba otro remedio que lo negaras. Disculpa, se me acaba de caer algo del oído.

Hubo una breve pausa al cabo de la cual Murray Bost Henson volvió a ponerse al teléfono. Por su tono, parecía verdaderamente preocupado.

-Acabo de acordarme -dijo - de la extraña velada que pasé ayer. De todos modos, viejo, ¿cómo te sientes después de haber cabalgado en el Cometa Halley?

-Yo no he cabalgado en el Cometa Halley - repuso Arthur, conteniendo un suspiro.

- Vale. ¿Cómo te sientes después de no haber cabalgado en el Cometa Halley?

- Muy relajado, Murray. Hubo una pausa mientras Murray lo anotaba. -Me parece muy bien, Arthur, nos vale a Ethel, a las gallinas y a mí. Encaja

en el carácter misterioso de la semana. La semana misteriosa, pensamos llamarla. Bueno, ¿eh?

-Muy bueno. -Suena bien. Primero tenemos a ese hombre a quien siempre le llueve.

-¿Cómo?

-Es la más absoluta verdad. Todo está registrado en su pequeño diario negro. Todo cuadra a cada nivel. El Instituto Meteorológico no da una y se está volviendo chota; chistosos hombrecillos vestidos con batas blancas vuelan por todo el mundo con sus reglitas, cajas y cuentagotas. Ese hombre es las rodillas de la abeja, Arthur, los pezones de la avispa. Llegaría a decir que constituye el conjunto de zonas erógenas de todo insecto volador importante del mundo occidental. Le llamo el Dios de la Lluvia. Bonito, ¿eh?

-Creo que lo conozco.

-Eso suena bien. ¿Qué has dicho?

-Me parece que lo conozco. No hace más que quejarse, ¿verdad?

-¡Increíble! ¡Conoces al Dios de la Lluvia!

- Si es que se trata del mismo individuo. Le dije que dejara de lamentarse y fuera a enseñarle el diario a alguien. Al otro lado del teléfono, Murray Bost Henson hizo una pausa, impresionado.

-Pues te has ganado un pastón. Has hecho un verdadero montón de pasta. Oye, ¿sabes cuánto paga una agencia de viajes a ese tío para que no vaya a Málaga este año? O sea, que se olvide de regar el Sahara y de esas cosas tan aburridas; ese individuo tiene toda una carrera nueva por delante, sólo porque le paguen por no ir a ciertos sitios. Ese hombre se está convirtiendo en un monstruo, Arthur, hasta podríamos hacerle ganar al bingo.

»Oye, nos gustaría hacer un artículo sobre ti, Arthur, el "Hombre que hizo llover al Dios de la Lluvia". Suena bien, ¿eh?

- Es bonito, pero...

-A lo mejor tenemos que hacerte una foto bajo la ducha del jardín, pero saldrá muy bien. ¿Dónde estás?

-Pues, en Islington. Oye, Murray...

-iIslington!

-Sí...

-Bueno, qué me dices del verdadero misterio de la semana, el asunto seriamente chiflado. ¿Sabes algo de esa gente que vuela?

- No.

-Tienes que saber algo. Esa es la auténtica y despampanante locura. Verdaderas albóndigas en su salsa. La gente de por aquí no para de llamar diciendo que hay una pareja que vuela por la noche. Tenemos gente trabajando todas las noches en los laboratorios fotográficos para componer una fotografía genuina. Tienes que haberte enterado.

- No.

-Pero Arthur, ¿dónde has estado? Bueno, punto y a parte, vale, tengo tu declaración. Pero eso fue hace meses. Escucha, eso está ocurriendo todas las noches de esta semana, mi viejo rallador de queso, justo en tu barrio. Esa pareja se echa a volar y se pone a hacer toda clase de cosas en el cielo. Y no me refiero a mirar a través de las paredes ni a pretender ser vigas maestras de puentes. ¿No sabes nada?

- No.

-Arthur, resulta casi inefablemente delicioso charlar contigo, compa, pero tengo que irme. Te mandaré al chico con la cámara y la manguera. Dame la dirección, estoy preparado y escribiendo.

-Oye, Murray, te he llamado para preguntarte una cosa.

-Tengo mucho que hacer.

-Sólo quiero saber algo de los delfines.

-Eso no es noticia. Agua pasada. Olvídalo. Han desaparecido.

-Es importante.

-Mira, nadie hará nada con eso. Una historia no se tiene en pie, ¿sabes?, cuando la única novedad es la continua ausencia del tema del que trate la noticia. En todo caso, no es nuestro campo, inténtalo con los dominicales. A lo mejor hacen algo así: «¿Qué ha pasado con lo que ocurrió a los delfines?», para publicarlo dentro de un par de años, en agosto. Pero ahora, ¿qué puede hacer nadie?: ¿«Los delfines continúan desaparecidos»? ¿«Prosigue la ausencia de los delfines»? ¿«Delfines: más días sin ellos»? Esa historia se muere, Arthur. Yace en el suelo agita sus piececitos en el aire y ya se dirige hacia la gran espina dorada del cielo, mi vicio murciélago frugívoro.

- Murray, no me interesa si es noticia. Sólo quiero saber cómo puedo ponerme en contacto con ese tipo de California que afirma saber algo al respecto. Pensaba que tú lo sabrías.

28

-La gente empieza a hacer comentarios - dijo Fenchurch aquella tarde, después de que metieran el violonchelo.

- No sólo hacen comentarios - repuso Arthur -, sino que los imprimen en grandes caracteres debajo de los premios del bingo. Y por eso pensé que sería mejor sacar billetes.

Le mostró los largos y estrechos billetes de avión.

-¡Arthur! -exclamó ella, abrazándolo -. ¿Es que has conseguido hablar con él?

-He tenido un día de extremado agotamiento telefónico - explicó Arthur -. He hablado prácticamente con todas las secciones de prácticamente todos los periódicos de Fleet Street, y por fin he dado con su número.

- Evidentemente, has trabajado mucho; estás empapadito de sudor, pobre cariño.

- No es sudor - puntualizó Arthur, en tono cansino -. Acaba de venir un

fotógrafo. Intenté discutir, pero... no importa, el caso es que sí. -¿Has hablado con él?

- Con su mujer. Me dijo que estaba muy raro como para ponerse al teléfono en aquel momento, y que volviera a llamar.

Se sentó pesadamente, se dio cuenta de que le faltaba algo y fue a buscarlo a la nevera.

- Quieres beber algo?

-Cometería un asesinato por conseguir una copa. Siempre se que voy a pasarlo mal cuando mi profesor de violonchelo me mira de arriba abajo y dice: «Sí, querida mía, creo que hoy haremos un poco de Tchalkovski.»

-Volví a llamar - prosiguió Arthur -, y la mujer me dijo que estaba a 3,2 años luz del teléfono y que llamara más tarde.

- Ah.

-Llamé más tarde. La mujer me dijo que la situación había mejorado. Ahora sólo estaba a 2,6 años luz del teléfono, pero seguía siendo una distancia muy grande para gritar.

-¿No crees que haya otra persona con la que podamos hablar? - Inquirió Fenchurch en tono de duda.

-Es peor. Hablé con uno de una revista científica que le conoce, y me dijo que John Watson no sólo cree, sino que tiene pruebas concluyentes, que suelen proporcionarle ángeles con barbas doradas, alas verdes y sandalias del doctor Scholl, de que la teoría más de moda y estúpida del mes es cierta. Para la gente que duda de la validez de tales visiones, está dispuesto a mostrar alegremente los chanclos en cuestión, y eso es todo lo que se le saca.

-No me imaginaba que fuese tan difícil - comentó Fenchurch con voz queda y manoseando distraídamente los billetes de avión.

-Volví a llamar a la señora Watson. A propósito, quizá te interese saber que su nombre es Arcana Jill.

- Ya veo.

-Me alegro de que lo entiendas. Pensé que no te creerías nada, así que cuando volví a telefonear conecté el contestador automático para grabar la llamada.

Se dirigió al contestador automático y manipuló los botones durante un tiempo, porque era uno de los que recomienda especialmente la revista ¿Cuál?, y resulta casi imposible utilizarlo sin volverse loco.

-Aquí está - dijo al fin, enjugándose el sudor de la frente. La voz era tenue y quebradiza debido al viaje de ida y vuelta al satélite geostático, pero también tranquila e inquietante.

-Quizá debería explicar -dijo la voz de Arcana Jill Watson - que, en realidad, el teléfono está en una habitación a la que él no entra nunca. Está en el Asilo, ¿comprende? A Wonko el Cuerdo no le gusta entrar en el Asilo, así que no lo hace. Creo que debe saberlo porque le ahorrará llamadas de teléfono. Si quiere conocerle, hay un medio muy fácil. Lo único que tiene que hacer es entrar. Sólo quiere ver a la gente fuera del Asilo.

La voz de Arthur en su tono más perplejo:

-Perdone, no entiendo. ¿Dónde está el Asilo?

-¿Que dónde está el Asilo? - de nuevo la voz de Arcana Jill Watson -. ¿Ha leído alguna vez las instrucciones de un paquete de palillos mondadientes?

En la cinta, la voz de Arthur confesó que no.

- Quizá le interese hacerlo. Comprobará que aclaran un poco las cosas. Y le indicarán donde está el Asilo. Gracias.

Se oyó que se cortaba la comunicación. Arthur desconectó el aparato.

-Bueno, imagínate que es una invitación - sugirió Arthur, encogiéndose de

hombros -. Logré que el de la revista científica me diera la dirección. Fenchurch volvió a alzar la vista hacia él, frunció el ceño y miró de nuevo los billetes de avión.

- ¿Crees que vale la pena? - preguntó.

- Pues lo único en que coincidía toda la gente con la que hablé -repuso Arthur -, aparte de que todos pensaban que estaba loco de atar, es en que efectivamente sabe de delfines más que ningún otro hombre vivo.

29

-Anuncio importante. Este es el vuelo 121 a Los Angeles. Si sus planes de viaje para hoy no incluyen a Los Angeles, éste sería el momento perfecto para desembarcar.

30

En Los Angeles alquilaron un coche en uno de esos establecimientos que se dedican a alquilar los coches que la gente tira.

-A veces - advirtió el individuo con gafas de sol que les entregó las llaves -, es un poco difícil tomar las curvas, y resulta más sencillo bajarse y parar un coche que vaya en esa dirección.

Pasaron una noche en un hotel de Sunset Boulevard que les recomendaron por la diversión y sorpresas que causaba.

-Allí todo el mundo es inglés o raro, o las dos cosas. Hay una piscina donde se puede ir a ver a las estrellas de rock, inglesas leyendo Lenguaje, lógica y verdad para los fotógrafos.

Era cierto. Había una, y eso era exactamente lo que hacía.

El empleado del garaje no apreció su coche, pero no importaba porque ellos tampoco lo apreciaban.

A última hora de la tarde hicieron una excursión a las colinas de Hollywood, por la carretera de Mulholland, y se detuvieron a contemplar el deslumbrante mar de luces flotantes que es el valle de San Fernando. Convinieron en que la sensación de deslumbramiento se detenía inmediatamente detrás de la retina, sin afectar a ninguna otra parte del cuerpo, y se marcharon extrañamente insatisfechos del espectáculo. En cuanto a esplendorosos mares de luz, estaba bien, pero la luz tiene que iluminar algo, y como al pasar con el coche habían visto todo lo que aquel mar de luces iluminaba, no se fueron muy contentos.

Durmieron inquietos y hasta tarde, y se despertaron a la hora de comer, cuando el calor dejaba más atontado.

Fueron por la autopista de Santa Mónica, para echar el primer vistazo al Pacífico, el océano al que Wonko el Cuerdo se pasaba mirando todos los días y parte de sus noches.

-Alguien me contó -dijo Fenchurch - que en esta playa oyeron una vez a dos ancianas que estaban haciendo lo que tú y yo hacemos ahora, mirar el océano Pacífico por primera vez en la vida. Y al parecer, después de una larga pausa, una de ellas dijo a la otra: «¿Sabes?, no es tan grande como me esperaba.»

Se fueron animando a medida que caminaban por la playa de Malibú, mirando las elegantes casas de los millonarios, que se vigilaban mutuamente para comprobar lo ricos que cada uno de ellos se estaba haciendo.

Se animaron todavía más cuando el sol empezó a declinar por la mitad occidental del cielo, y al volver a su traqueteante vehículo para dirigirse hacia un crepúsculo delante del cual nadie con un poco de sensibilidad hubiera pensado en construir una ciudad como Los Angeles, se sintieron súbita, pasmosa e irracionalmente felices y ni siquiera les importó que la radio del terrible coche chatarroso sólo cogiese dos emisoras, y encima las dos juntas. Qué más daba, las dos emitían buen rock and roll.

-Sé que podrá ayudarnos -aseguró Fenchurch con determinación -. Estoy convencida. Repíteme el nombre con que le gusta que le llamen.

- Wonko el Cuerdo.

- Estoy segura de que podrá ayudarnos. Arthur se preguntó si podría, y esperaba que así fuera y que Fenchurch encontrase lo que había perdido allí, en aquella Tierra, fuera la que fuese.

Confiaba, como continua y fervientemente lo había hecho desde la vez que hablaron a orillas del Serpentine, en que no lo obligaran a recordar algo que había enterrado firme y deliberadamente en los más remotos confines de su memoria, donde esperaba que no volviera a molestarle.

En Santa Bárbara pararon en un restaurante especializado en pescado que parecía un almacén acondicionado.

Fenchurch pidió un salmonete, y dijo que estaba delicioso.

Arthur comió un filete de pez espada y dijo que le había hecho enfadarse.

Cogió del brazo a una camarera que pasaba y la reprendió con vehemencia.

-¿Por qué es tan puñeteramente bueno este pescado? -preguntó enfadado.

-Disculpe a mi amigo, por favor - dijo Fenchurch a la sorprendida camarera -. Creo que al fin está pasando un buen día.

31

Si se coge un par de David Bowies y se pone uno encima de otro, para luego unir otro David Bowie al extremo de cada uno de los brazos del primer David Bowie de arriba y envolver todo ello en un viejo albornoz, se tendrá algo que no se parecería nada a John Watson, pero que resultaría inquietantemente familiar a los que le conocieran.

Era alto y delgaducho.

Cuando se sentaba en la tumbona a contemplar el Pacífico, no tanto con una especie de salvaje presunción ni tampoco con un pacífico y profundo decaimiento, resultaba un poco difícil decir dónde terminaba la tumbona y dónde empezaba él, y uno lo pensaría antes de ponerle la mano en el brazo, por ejemplo, no fuese que toda la estructura se viniera súbitamente abajo con un crujido seco y, de paso, se le llevara por delante el dedo pulgar.

Cuando dirigía la sonrisa a alguien, era algo verdaderamente notable. Parecía reflejar los peores aspectos de la vida, pero cuando los reunía en el orden preciso, uno se decía de pronto: «Bueno, entonces todo va bien.»

Cuando hablaba, uno se alegraba de que empleara a menudo la sonrisa que producía esa sensación.

-Pues sí - dijo -. Vinieron a verme. Se sentaron justo ahí, donde ustedes están sentados ahora.

Se refería a los ángeles de doradas barbas y alas verdes, con sandalias del Doctor Scholl.

-Comen nachos que, según dicen, no encuentran en el sitio de donde vienen. Beben mucha Coca Cola y son maravillosos en un montón de cosas.

-¿Ah, sí? - dijo Arthur -. ¿De verdad? Así que... ¿cuándo fue eso? ¿Cuándo vinieron?

El también miraba al Pacífico. Había pequeñas aves llamadas lavanderas que corrían por la playa y parecían tener el siguiente problema: necesitaban encontrar alimento en la arena que una ola acababa de barrer, pero no soportaban mojarse las patas. Para solucionarlo, corrían con unos movimientos raros como si los hubiera fabricado en Suiza alguien muy listo.

Fenchurch estaba sentada sobre la arena, trazando figuras con los dedos.

- Solían venir los fines de semana en pequeñas scooters -informó Wonko el Cuerdo, que añadió sonriendo -: Son máquinas estupendas.

- Sí - repuso Arthur -. Ya veo.

Una tosecita de Fenchurch llamó su atención, y se volvió a mirarla. Había trazado dos figuras esquemáticas en la arena que los representaba a los dos en las nubes. Por un momento pensó que trataba de excitarle, pero luego comprendió que le estaba reprendiendo. «¿Quiénes somos nosotros para decir que está loco?», le estaba diciendo.

Su casa era verdaderamente peculiar, y como fue lo primero que Arthur y Fenchurch vieron al llegar, nos vendría bien saber a qué se parecía.

Su aspecto era el siguiente:

Estaba al revés.

Literalmente al revés, hasta el punto que tuvieron que aparcar sobre la alfombra.

A lo largo de lo que habitualmente se denominaría fachada, que estaba pintada de ese rosa de tan buen gusto para decorar interiores, había estanterías de libros, un par de esas extrañas mesas de tres patas con tablero semicircular que guardan un equilibrio que sugiere que alguien ha derribado la pared por el medio, y cuadros que tenían el evidente propósito de calmar los

nervios.

Lo verdaderamente raro era el techo.

Se replegaba sobre sí mismo como un sueño que Maurits C. Escher -si se hubiera dedicado a pasar noches frenéticas en la ciudad, cosa que no forma parte de los propósitos de esta historia, aunque al contemplar sus cuadros, sobre todo el de esos desgarbados escalones, resulta difícil no planteárselohabría realizado después de haber visto algo parecido, porque las pequeñas arañas que debían estar colgadas dentro, estaban fuera, apuntando al cielo.

Desconcertante.

El letrero de encima de la puerta principal decía: «Pase al Exterior», que es lo que, nerviosos, habían hecho.

Dentro, claro está, era donde estaba el Exterior. Ladrillo visto, ángulos bien perfilados, canalones en buen estado, un sendero en el jardín, un par de arbolitos y unas habitaciones que salían de allí.

Las paredes Interiores se estiraban, se plegaban curiosamente y se abrían en los extremos como si -por una ilusión óptica que habría obligado a Maurits

C. Escher a fruncir el entrecejo y preguntarse cómo lo habían conseguidoquisiera abarcar el propio océano Pacífico.

-Hola - les saludó John Watson, alias Wonko el Cuerdo. Bien, dijeron para sus adentros, «Hola» es algo que podemos entender.

-Hola - contestaron y, sorprendentemente, todo fueron sonrisas.

Durante un buen rato, Wonko el Cuerdo mostró una curiosa reticencia a hablar de los delfines, dedicándose a dejar la mirada perdida y a decir: «Se me ha olvidado...» siempre que salían a relucir, y a enseñarles orgullosamente todas las rarezas de su casa.

- Me gusta y me proporciona un curioso placer; además - declaró -, a nadie hace un daño que un buen óptico no pueda remediar. Les cayó simpático. Era abierto, tenía un aire cautivador y parecía capaz de burlarse de sí mismo antes de que nadie le tomara la delantera.

-Su mujer mencionó algo sobre palillos de dientes - dijo Arthur con expresión inquieta, como si le preocupara que Arcana Jill apareciera de repente por una puerta y volviera a hablar de los palillos.

Wonko el Cuerdo soltó una carcajada franca y ligera, como si la hubiera utilizado mucho y le hiciera feliz.

- Ah, sí - dijo -. Eso viene de cuando al fin comprendí que el mundo se había vuelto completamente loco y

construí el Asilo para meterlo allí, pobrecillo, con la esperanza de que se recuperase.

En ese momento fue cuando Arthur volvió a ponerse un poco nervioso.

-Mire, estamos en el exterior del Asilo - dijo Wonko el Cuerdo, señalando de nuevo al ladrillo visto, a los ángulos y canalones, para después indicar la primera puerta por la que habían entrado -. Si cruza esa puerta, estará en el Asilo. He intentado decorarlo bien para tener contentos a los internos, pero no se puede hacer mucho. Ahora ya no entro. Si alguna vez me dan tentaciones de hacerlo, y últimamente apenas las tengo, me limito a mirar el letrero que hay encima de la puerta y escapo asustado.

-¿Ese? - preguntó Fenchurch señalando, un poco confusa, una placa de color azul que tenía unas instrucciones escritas.

-Sí. Estas son las palabras que finalmente me convirtieron en el ermitaño que ahora soy, fue muy repentino. Las vi y supe lo que tenía que hacer.

El letrero decía:

Sujete el palillo por la mitad. Humedezca con la boca el extremo puntiagudo. Introdúzcalo en el espacio interdental, con el extremo romo cerca de la encía. Muévalo suavemente de dentro a afuera.

- Me pareció - dijo Wonko el Cuerdo - que una civilización que hubiera perdido la cabeza hasta el punto de incluir una serie de instrucciones detalladas para utilizar un paquete de palillos de dientes ya no era una civilización en la que yo pudiera vivir y seguir cuerdo.

Volvió a mirar al Pacífico, como desafiándole a rabiar y farfullar contra él, pero el mar se quedó tranquilo y jugando con las aves lavanderas.

-Y en el caso de que se le pase por la cabeza, cosa que es muy posible, le diré que estoy completamente cuerdo. Por eso es por lo que me llamo a mí mismo Wonko el Cuerdo, para tranquilizar a la gente sobre ese punto. Wonko es como me llamaba mi madre cuando era niño y tiraba torpemente las cosas al suelo. Y Cuerdo es lo que soy ahora - añadió con una de sus encantadoras sonrisas -porque así pretendo seguir. Bueno, ya está bien. ¿Vamos a la playa a ver de qué tenemos que hablar?

Fueron a la playa, y allí empezó a hablar de los ángeles de doradas barbas, alas verdes y sandalias del Doctor Scholl.

-De los delfines... - dijo Fenchurch con voz queda y esperanzada.

-Les puedo enseñar las sandalias - sugirió Wonko el Cuerdo.

-Me preguntaba, sabe usted...

-¿Quieren que les enseñe las sandalias? - insistió Wonko el Cuerdo -. Las tengo. Voy a buscarlas. Son de la marca del Doctor Scholl y los ángeles afirman que resultan especialmente adecuadas para el terreno en que tienen que trabajar. Dicen que tienen licencia para explotar una representación. Cuando les digo que no sé qué significa eso, contestan no, no lo sabes, y se echan a reír. Bueno, voy por ellas de todas formas.

Cuando volvió adentro, o afuera, depende de cómo se mire, Arthur y Fenchurch se miraron con expresión confusa y un tanto desesperada, para luego encogerse de hombros y dibujar caprichosas figuras en la arena.

- ¿Cómo están hoy tus pies? - preguntó Arthur en voz baja. -Muy bien. En la arena no me dan esa extraña sensación. Ni en el agua. El

agua los toca perfectamente. Sólo que creo que éste no es nuestro mundo. Se encogió de hombros.

- ¿A qué crees que se refería con lo del mensaje? - le preguntó.

- No sé - contestó Arthur, aunque el recuerdo de un hombre llamado Prak, que se reía continuamente de él, no dejaba de molestarle.

Cuando Wonko volvió, traía algo que dejó perplejo a Arthur.

No se trataba de las sandalias, que eran chanclos de madera,

completamente normales.

- Pensé que les gustaría ver el calzado que llevan los ángeles. Sólo por curiosidad. No intento demostrar nada, dicho sea de paso. Soy científico, y sé lo que es una prueba. Pero el motivo por el que me hago llamar por mi nombre de infancia es para recordarme que un científico tiene que ser como un niño. Si ve algo, debe decir lo que es, tanto si se trata de lo que esperaba ver como si no. Primero, ver; luego, pensar; y después, comprobar. Pero siempre hay que ver primero. Si no, sólo se ve lo que uno espera ver. Muchos científicos lo olvidan. Luego les enseñaré algo para demostrarlo. Así que, la otra razón por la que me hago llamar Wonko el Cuerdo es para que la gente crea que estoy loco. Eso me permite decir lo que veo cuando lo veo. No se puede ser científico si a uno le importa que la gente piense que está loco. De todos modos, pensé que también les gustaría ver esto.

Esto era lo que había dejado perplejo a Arthur, porque se trataba de una maravillosa pecera de cristal plateado, que parecía idéntica a la que tenía en su habitación.

Desde hacía treinta segundos Arthur intentaba decir sin éxito: «¿De dónde ha sacado eso?», en tono brusco y jadeando un poco.

Por fin le llegó el momento, pero se le escapó por una milésima de segundo.

- ¿De dónde ha sacado eso? - preguntó Fenchurch, en tono brusco y jadeando un poco.

Arthur lanzó a Fenchurch una mirada brusca y, jadeando un poco, preguntó:

- ¿Como? ¿Has visto antes una pecera así?

- Sí, tengo una - contestó ella -. O al menos la tenía. Russell me la birló para guardar sus pelotas de golf No sé de dónde vino, sólo que me enfadé con Russell por mingármela. ¿Es que tú tienes una?

- Sí, era...

Ambos se dieron cuenta de que Wonko el Cuerdo desplazaba agudas miradas de uno a otro, tratando de meter una palabra.

- ¿Es que ustedes también tienen una?

-Sí - contestaron ambos. Les miró largo y tendido a cada uno, y luego alzó la pecera para que le diera la luz del sol de California.

La pecera casi pareció cantar con el sol, resonar con la intensidad de su luz, y arrojó misteriosos y brillantes arco iris en la arena y por encima de sus cabezas. La movió, una y otra vez. Vieron con toda claridad los finos trazos de las letras grabadas, que decían: «Hasta luego, y gracias por el pescado.»

-¿Saben qué es esto? - preguntó vacilante con voz queda. Ambos movieron la cabeza despacio, maravillados, casi hipnotizados por el destello de las brillantes sombras en el cristal grisáceo.

-Es un regalo de despedida de los delfines -explicó Wonko en tono reverente -. De los delfines, a quienes amé y estudié, con quienes nadé y a quienes alimenté con pescado y cuyo lenguaje intenté aprender, tarea que parecían hacer increíblemente difícil, considerando el hecho de que ahora comprendo que eran perfectamente capaces de comunicarse en el nuestro si así lo querían.

Meneó la cabeza esbozando muy despacio una sonrisita, y luego volvió a mirar a Fenchurch y después a Arthur. -¿La ha...? - preguntó a Arthur -. ¿Qué ha hecho usted con la suya? Si me permite preguntárselo.

-Pues, tengo un pez en ella - contestó Arthur, un tanto desconcertado -. Dio la casualidad de que tenía un pez y no sabía qué hacer con él, y, bueno, ahí estaba la pecera...

Se calló. -¿Y usted no ha hecho nada más? - prosiguió -. No, si lo hubiera hecho lo sabría. Volvió a menear la cabeza.

-Mi mujer tenía germen de trigo en ella - dio Wonko, con un tono nuevo -, hasta anoche...

- ¿Qué sucedió anoche? - inquirió Arthur en un susurro lento. -Nos quedamos sin germen de trigo - contestó Wonko en tono suave. Mi

mujer fue a por más.

Durante un momento pareció perderse en sus propios pensamientos.

-¿Y qué pasó después? - preguntó Fenchurch con el mismo tono entrecortado.

-La lavé - repuso Wonko -. La lavé con mucho cuidado, muy cuidadosamente, quitando hasta la última mota de germen de trigo, luego la sequé despacio con un paño sin pelusas, con calma, cuidadosamente, pasándolo una y otra vez. Luego me la acerqué al oído. ¿Ustedes... se la han acercado al oído alguna vez?

Los dos movieron la cabeza despacio, en silencio, igual que antes.

- Quizá deberían hacerlo.

32

El hondo bramido del océano.

Las olas que rompen en playas más lejanas de lo que puede pensarse.

El mudo fragor de las profundidades.

Y en medio de todo ello, voces que llaman, que sin embargo no son voces, sino vibraciones, balbuceos, los sonidos semiarticulados del pensamiento.

Saludos, oleadas de saludos, sumiéndose en lo inarticulado, palabras quebrándose juntas.

Un estallido de pena en las playas de la Tierra.

Olas de alegría en... ¿dónde? Un mundo indescriptiblemente encontrado, inefablemente hallado, inenarrablemente húmedo, una canción de agua.

Una fuga de voces ahora, que reclaman explicaciones de una catástrofe inevitable, un mundo que se destruirá, una ola de desamparo, un espasmo de desesperación, una caída mortal, y de nuevo se quiebran las palabras.

Y luego el impulso de esperanza, el hallazgo de una Tierra oscura en las implicaciones de la espiral del tiempo, las dimensiones sumergidas, el tirón de paralelos, el hondo tirón, la peonza de la voluntad, su vaina y su fisura, el vuelo. Una Tierra nueva que se sustituye, sin delfines.

Y entonces, una voz muy clara.

- Esta pecera os la entregó la Campaña para salvar a los Humanos. Os decimos adiós.

Y el sonido de unos cuerpos largos y pesados, perfectamente grises, que se precipitan a un abismo desconocido y sin fondo, con risitas quedas.

33

Pasaron la noche en el Exterior del Asilo y vieron la televisión desde dentro.

-Esto es lo que quería que vieran - dio Wonko el Cuerdo cuando volvieron a dar las noticias -, un antiguo compañero mío. Está en su país, haciendo una investigación. Miren.

Era una conferencia de prensa.

- Me temo que no puedo hacer comentarios sobre el nombre del Dios de la Lluvia en estos momentos; ahora le denominamos Meteorológico Fenómeno Espontáneo Paracausal.

- ¿Puede decirnos qué significa eso?

-No estoy completamente seguro. Vamos a ser francos. Si descubrimos algo que no entendemos, nos gusta denominarlo de un modo que no se pueda entender, ni siquiera pronunciar. O sea, que si nos limitamos a permitirles que le llamen Dios de la Lluvia, ello implica que ustedes saben algo que nosotros desconocemos, y me temo que eso no podemos permitirlo.

»No, primero tenemos que ponerle un nombre que sugiera que es nuestro, no de ustedes, y luego nos dedicamos a encontrar algún modo de demostrar que no es lo que ustedes dicen, sino lo que decimos nosotros.

»Y si resulta que ustedes tienen razón, siempre estarán equivocados, porque nos limitaremos simplemente a llamarle... hummm... Supernormal... en lugar de paranormal o sobrenatural, porque ¿saben ustedes lo que significan las palabras «Inductor Supranormal del Incremento de las Precipitaciones»? No. Probablemente añadiremos un "casi" en algún sitio, para protegemos. ¡Dios de la Lluvia! ¡Vaya!, nunca en la vida he oído una tontería así. He de reconocer que no me pillarán de vacaciones con él. Gracias, eso es todo de momento, salvo para decir "¡Hola!" a Wonko si me está viendo.

34

En el vuelo de vuelta a casa iba una mujer en el asiento de al lado que los miraba de modo bastante extraño.

Hablaban en voz baja, para ellos.

-Todavía tengo que saberlo - dijo Fenchurch -, y tengo la firme impresión que tú sabes algo que no me dices.

Arthur suspiró y sacó un trozo de papel.

- ¿Tienes un lápiz? - preguntó. Fenchurch rebuscó y encontró uno.

- ¿Qué estás haciendo, cariño? - le preguntó al ver que llevaba veinte minutos con el ceño fruncido, comiéndose el lapicero, escribiendo en el papel, tachando cosas, volviendo a escribir, tachando cosas de nuevo, garabateando otra vez, comiéndose más el lápiz y refunfuñando con impaciencia.

- Intento acordarme de una dirección que me dieron una vez. -Tu vida sería muchísimo más sencilla si te compraras una agenda -le

sugirió ella. Finalmente, le pasó el papel.

- Cuídalo - le dijo.

Ella lo miró. Entre todos los trazos y tachaduras leyó las palabras «Sierra de Quentulus Quazgar. Sevorbeupstry. Planeta de Prellumtarn. Sol-Zarss. Sector Galáctico QQ7 Activa j Gamma».

-¿Qué es esto?

-Al parecer - contestó Arthur -, el Mensaje Final de Dios a Su Creación.

-Eso está un poco mejor - opinó Fenchurch -. ¿Cómo vamos hasta allí?

-¿De verdad...?

-Sí - repuso Fenchurch en tono firme -, de verdad quiero saberlo. Arthur miró por la ventanilla de plástico al cielo abierto. -Discúlpenme - dijo de pronto la mujer que los había estado mirando de

modo bastante extraño -, espero que no me consideren impertinente. Me aburro tanto en estos vuelos largos, que resulta agradable hablar con alguien. Me llamo Enid Kapelsen y soy de Boston. Díganme, ¿vuelan ustedes mucho?

35

Fueron a casa de Arthur, en la campiña occidental, metieron un par de toallas y unas cuantas cosas en una bolsa y se sentaron a hacer lo que todo autostopista galáctico termina haciendo la mayor parte del tiempo.

Esperaron a que pasara un platillo volante.

- Un amigo mío estuvo quince años así -dijo Arthur una noche mientras escrutaban desesperadamente el firmamento.

-¿Quién era ése?

-Se llamaba Ford Prefect. Se sorprendió haciendo algo que jamás pensaba volver a hacer. Se preguntaba dónde estaría Ford Prefect. Por una extraordinaria coincidencia, al día siguiente aparecieron dos

noticias en el periódico, una relativa al incidente más pasmoso concerniente a un platillo volante, y otra sobre una serie de indecorosos altercados en tabernas.

Ford Prefect apareció al día siguiente con aspecto de tener resaca y quejándose de que Arthur no contestaba al teléfono.

En realidad tenía aspecto de estar gravemente enfermo, no sólo como si le hubiesen arrastrado de espaldas a través de un seto, sino como si por el mismo seto hubiese pasado al mismo tiempo una máquina segadora. Entró tambaleándose en el cuarto de estar de Arthur, rechazando todos los ofrecimientos de ayuda, lo que fue un error porque el esfuerzo que le costaban los ademanes le hizo perder el equilibrio y, al final, Arthur tuvo que arrastrarlo hasta el sofá.

- Gracias, muchas gracias. ¿Tienes... - dijo Ford, quedándose dormido durante tres horas.

-...la menor idea -continuó de pronto cuando revivió - de lo difícil que resulta conectar con el sistema telefónico británico desde las Pléyades? Ya veo que no, de modo que te lo diré bebiendo ese gran tazón de café que estás a punto de prepararme.

Tambaleándose, siguió a Arthur a la cocina.

-Estúpidas telefonistas que no dejan de preguntarte desde dónde llamas, y tú les dices que desde Letchworth y te contestan que no puede ser, si vienes por ese circuito. ¿Qué estás haciendo?

-Te estoy haciendo un poco de café.

-Ah.

Ford pareció un tanto decepcionado. Miró alrededor con expresión desolada.

-¿Qué es esto? - preguntó.

-Copos de arroz.

-¿Y esto?

-Pimentón picante.

-Ya veo -dijo Ford en tono grave, poniendo al revés los dos paquetes, uno encima de otro; pero como no parecían guardar el equilibrio adecuado, puso el otro encima del uno y dio resultado.

-Tengo un poco de desfase espacial - explicó -. ¿Qué te estaba diciendo?

-Que no podías telefonear desde Letchworth.

- No podía. Le expliqué lo siguiente a la señora: «Si ésa es su actitud, a hacer puñetas Letchworth. En realidad llamo desde una nave de exploración de la Compañía Cibernética Sirius, que en estos momentos se encuentra en el tramo de un viaje por debajo de la velocidad de la luz entre planetas conocidos en su mundo, pero no necesariamente por usted, querida señora.» Le dije «querida señora», porque no quería que se molestara por la indirecta de que era una cretina ignorante...

- Discreto.

-Exacto - corroboró Ford -. Discreto. Frunció el ceño. - El desfase espacial es muy malo para las oraciones subordinadas

explicó Ford -. De nuevo tendrás que prestarme tu ayuda para recordarme de qué estaba hablando.

-«...entre estrellas conocidas en su mundo, pero no necesariamente por usted, querida señora...»

-«...como Pléyades Epsilon y Pléyades Zeta» -concluyó Ford en tono triunfal -. Esa parrafada tiene mucha gracia, ¿verdad?

- Toma un poco de café.

-No, gracias. «Y el motivo», proseguí, «por el que la estoy molestando en vez de marcar directamente el número, que podría hacerlo, porque aquí en las Pléyades disponemos de un equipo de telecomunicaciones bastante avanzado, se lo aseguro, es porque ese bandido, hijo de una bestia espacial que pilota esta asquerosa nave, hija de una bestia espacial, insiste en que llame a cobro revertido. ¿Puede creerlo?»

- ¿Y podía?

- No sé. En ese momento me colgó. ¡Bueno! ¿Y qué te figuras que hice a continuación? -preguntó Ford con vehemencia.

- No tengo ni idea, Ford - contestó Arthur.

-Lástima. Esperaba que te acordaras de mí. Tengo mucho odio a esos tipos, ¿sabes? Son los más chinches del cosmos, no hacen mas que pasear por el cielo infinito con sus pequeñas y asquerosas naves que nunca funcionan como es debido y, cuando lo hacen, realizan funciones que nadie que esté en sus cabales les pide y - añadió con furia - ¡se ponen a emitir señales para anunciarte que lo han hecho!

Eso era absolutamente cierto, y representaba una opinión muy respetable y extendida entre los bienpensantes, a quienes se reconoce como tales por el único hecho de que tienen dicha opinión.

La Guía del autostopista galáctico, en un momento de sensata lucidez, que es casi único entre su actual registro de cinco millones, novecientas setenta y cinco mil, quinientas nueve páginas, dice de los productos de la Compañía Cibernética Sirius, que resulta muy fácil olvidar su fundamental inutilidad por la sensación de triunfo que se obtiene al lograr que funcionen.

»En otras palabras -y éste es el fundamento principal en que se basa el éxito galáctico de la Compañía-, sus esenciales defectos de diseño están completamente disimulados por sus imperfecciones superficiales de diseño.

-¡Y ese viajante - vociferó Ford - iba a vender más! ¡Tenía una representación de cinco años para descubrir y explorar mundos nuevos y extraños con el fin de vender Sistemas Avanzados de Substitutos de la Música a restaurantes, ascensores y tabernas! ¡Y si en los mundos nuevos aún no había restaurantes, ascensores ni tabernas, debía impulsar artificialmente su civilización hasta que los hubiera, maldita sea! ¡Dónde está ese café!

- Lo he tirado.

-Haz un poco más. Acabo de acordarme de lo que hice a continuación. Salvé la civilización, tal como la conocemos. Sabía que era algo así.

Tambaleándose, volvió con aire decidido al cuarto de estar, donde pareció seguir hablando consigo mismo, tropezando con los muebles y haciendo «bip... bip».

Un par de minutos después, Arthur, sin perder su plácida expresión se reunió con él. Ford tenía aspecto de perplejidad.

- ¿Dónde has estado? - preguntó. -Haciendo un poco de café - dijo Arthur, que mantenía su plácida expresión.

Hacía mucho que había comprendido que la única manera de estar bien en compañía de Ford, era tener una buena reserva de expresiones muy plácidas y adoptarlas en todo momento.

- ¡Te has perdido lo mejor! - gritó Ford -. ¡Te has perdido la parte de cuando

me libré de aquel individuo! ¡Tenía que librarme de él en seguida! Se arrojó temerariamente sobre una silla y la rompió.

-Fue mejor la última vez -comentó malhumorado, señalando vagamente en dirección de otra silla rota cuyos restos había amontonado sobre la mesa del comedor.

-Ya veo - dijo Arthur, echando una plácida ojeada a los restos amontonados -, y, hummm, ¿para qué son los cubitos de hielo?

-¿Cómo? - gritó Ford -. ¿Qué? ¿También te has perdido eso? ¡Esa es la instalación de la animación suspendida! Bueno, tenía que hacerlo, ¿no?

-Eso parece - repuso Ford en tono plácido.

-¡¡¡No toques eso!!! - aulló Ford.

Arthur, que se disponía a colgar el teléfono, que por alguna razón misteriosa estaba descolgado sobre la mesa, hizo una plácida pausa.

- Muy bien - dijo Ford, calmándose -, escúchalo. Arthur se llevó el teléfono al oído.

-Dan la hora - anunció.

- Bip..., bip..., bip - dijo Ford -. Eso es exactamente lo que se oye en la nave de ese individuo, por todas partes, mientras él duerme en el hielo describiendo lentas órbitas en torno a la casi desconocida luna de Sesefras Magna. ¡La hora hablada de Londres!

-Ya veo -repitió Arthur, decidiendo que ya era hora de hacer la gran pregunta.

- ¿Por qué? - inquirió en tono plácido. - Con un poco de suerte, la factura del teléfono arruinará a esos cabrones

auguró Ford. Sudando, se derrumbó en el sofá.

- De todos modos - añadió -, mi llegada ha sido espectacular, ¿no te parece?

36

El platillo volante en el que Ford Prefect viajó de polizón dejó pasmado al mundo.

Al fin no cabía duda ni posibilidad de error, ni alucinaciones ni misteriosos agentes de la CIA flotando en los estanques.

Esta vez era verdad, definitivamente. Era absoluta y completamente definitivo.

Había aterrizado con una maravillosa indiferencia hacia todo lo que había debajo y aplastó una amplia zona de uno de los terrenos más caros del mundo, incluida gran parte de los Almacenes Harrods.

El objeto era enorme, de casi kilómetro y medio de diámetro, según calcularon algunos, del color de la plata deslustrada, picado, quemado y desfigurado con las cicatrices de innumerables y encarnizadas batallas espaciales libradas contra feroces fuerzas a la luz de soles desconocidos para el hombre.

Una escalerilla se abrió, cayendo estrepitosamente en el departamento de alimentación de Harrods, demoliendo Harvey Nichols y, con un chirrido final de torturada y pulverizada arquitectura, derrumbó la Torre del Parque Sheraton.

Tras un largo y angustioso momento de estallidos y ruidos de maquinaria rota, por la rampa descendió un inmenso robot plateado, de unos treinta metros de altura.

Alzó una mano.

- Vengo en son de paz - anunció y, al cabo de un largo momento de nuevos chirridos, añadió: Llevadme ante vuestro Lagarto.

Por supuesto, Ford Prefect tenía una explicación que le comunicó a Arthur mientras veían las ininterrumpidas y frenéticas noticias en la televisión, ninguna de las cuales aportaba más información que la del importe de los daños causados por el objeto, que se evaluaba en billones de libras esterlinas, junto con el número de víctimas, y volvían a repetirlo porque el robot sólo estaba allí parado, tambaleándose ligeramente y emitiendo breves e incomprensibles mensajes.

-Procede de una democracia muy antigua, ¿comprendes?

-¿Quieres decir que viene de un mundo de lagartos?

-No - dijo Ford, que entonces estaba en un plan algo más racional y coherente que antes, una vez que se le obligó a beber el café -, no es tan sencillo. No es así de simple. En su mundo, la gente es gente. Los dirigentes son lagartos. La gente odia a los lagartos y los lagartos gobiernan a la gente.

-Qué raro - comentó Arthur -, te había entendido que era una democracia.

-Eso dije. Y lo es - aseguró Ford.

- Entonces, ¿por qué la gente no se libra de los lagartos? - preguntó Arthur, esperando no parecer ridículamente obtuso.

-Francamente, no se les ocurre. Todos tienen que votar, de manera que creen que el gobierno que votan es más o menos lo que quieren.

-¿Quieres decir que efectivamente votan a los lagartos? -Pues claro -repuso Ford, encogiéndose de hombros.

-Pero - objetó Arthur, volviendo de nuevo a la gran pregunta -, ¿por qué?

-Porque si no votaran por un lagarto determinado - explicó Ford -, podría salir el lagarto que no conviene. ¿Tienes ginebra?

- ¿Qué?

-He preguntado - dijo Ford, con un creciente tono de urgencia en la voz que si tienes ginebra.

- Ya miraré. Háblame de los lagartos. Ford volvió a encogerse de hombros.

-Algunos dicen que los lagartos son lo mejor que han conocido nunca. Están totalmente equivocados, por supuesto, entera y absolutamente equivocados, pero alguien se lo tiene que decir.

- Pero eso es terrible - observó Arthur.

-Mira tío - repuso Ford -, si me hubieran dado un dólar altariano cada vez que alguien mira a una parte del Universo y dice «Eso es terrible», no estaría aquí sentado como un limón esperando una ginebra. Pero no tengo ninguno, y aquí estoy. De todos modos, ¿por qué tienes ese aire tan plácido y los ojos como platos? ¿Estás enamorado?

Arthur contestó que sí, que lo estaba, y lo dijo con plácida expresión.

-¿De una chica que sabe dónde esta la botella de ginebra? ¿Me la vas a presentar?

Se la presentó, porque Fenchurch llegó en aquel momento con un montón de periódicos que había comprado en el pueblo. Se detuvo asombrada ante los destrozos que había sobre la mesa y el náufrago de Betelgeuse en el sofá.

-¿Dónde está la ginebra? - preguntó Ford a Fenchurch, y a Arthur -: A propósito, ¿qué fue de Trillian?

-Pues... ésta es Fenchurch - repuso Arthur, incómodo -. Con Trillian no hubo nada, tú fuiste el último que la vio.

-Ah, sí, se largó a alguna parte con Zaphod. Tuvieron niños, o algo parecido. Al menos - añadió Ford -, eso creo que eran. Zaphod está mucho más calmado, ¿sabes?

-¿De verdad? - dijo Arthur, acudiendo con premura hacia Fenchurch para quitarle los paquetes de la compra.
-Sí - contestó Ford -. Al menos, ahora tiene una cabeza más cuerda que un emú con ácido en el cuerpo.

- ¿Quién es éste, Arthur? - preguntó Fenchurch. -Ford Prefect. Quizá te lo haya mencionado de pasada.

37

Durante tres días y tres noches, el gigantesco robot plateado, completamente perplejo, estuvo a horcajadas sobre los restos de Knightsbridge, tambaleándose suavemente y tratando de resolver un montón de cosas.

Acudieron a verle delegaciones del gobierno; camiones enteros de periodistas pomposos se interrogaban unos a otros por radio sobre sus respectivas opiniones; escuadriIlas de bombarderos de caza hacían patéticos intentos para atacarlo. Pero no apareció lagarto alguno. El robot escrutaba atentamente el horizonte.

De noche presentaba su aspecto más espectacular, bañado por los focos de los equipos de televisión que no dejaban de informar de su continua inactividad.

El robot no dejó de cavilar hasta que llegó a una conclusión.

Tendría que enviar a sus robots de servicio.

Debía habérsele ocurrido antes, pero había tenido un montón de problemas.

Una tarde, los pequeños robots salieron volando por la escotilla formando una aterradora nube metálica. Vagaron por los alrededores, atacando frenéticamente unas cosas y defendiendo otras.

Al fin, uno de ellos encontró una pajarería con algunos lagartos, pero en nombre de la democracia se puso a defenderla con tal fiereza que pocos sobrevivieron en la zona.

El momento crucial llegó cuando una escuadrilla de vanguardia descubrió el zoológico de Regent's Park y, en particular, la Casa de los Reptiles.

Como los errores cometidos en la pajarería les enseñó cierta cautela, las barrenas y sierras volantes llevaron a algunas de las iguanas más grandes y gordas ante el robot gigante, que trató de celebrar con ellas conversaciones a alto nivel.

Finalmente, el robot anunció al mundo que pese al completo cambio de impresiones, amplio y sincero, se habían interrumpido las conversaciones a alto nivel y los lagartos se habían retirado; por lo tanto, el robot se tomaría unas vacaciones en alguna parte, y por alguna razón escogió Bournemouth.

Ford Prefect, al verlo en la televisión, asintió con la cabeza, soltó una carcajada y tomó otra cerveza.

Se estaban haciendo rápidos preparativos para la marcha del robot.

Las herramientas volantes gritaron, barrenaron, serraron y frieron cosas con haces luminosos durante todo el día y toda la noche y, a la mañana siguiente, de forma sorprendente, por varias carreteras a la vez se puso en marcha una gigantesca estructura móvil en cuyo centro iba apuntalado el robot.

Lentamente avanzó hacia el oeste, como un extraño carnaval con servidores, helicópteros y autobuses de informadores hormigueando a su alrededor y aplanando la tierra hasta llegar a Boumemouth, donde el robot se desprendió de las ligaduras de su sistema de transporte y se dirigió a la playa, donde permaneció tumbado durante diez días.

Desde luego, fue el suceso más excitante de la vida de Bournemouth.

Las multitudes se concentraban diariamente en torno al perímetro acotado y vigilado como zona de recreo del robot, intentando ver lo que hacía.

No hacía nada. Estaba tumbado en la playa, un tanto torpemente sobre el rostro.

Fue un periodista del diario local quien, una noche, logró lo que nadie había conseguido hasta entonces: entablar una breve e ininteligible conversación con uno de los robots de servicio que guardaban el recinto.

Fue una brecha importante.

- Creo que esto da para un artículo -confió el periodista mientras compartía un cigarrillo a través de la cerca de acero -, pero necesita un buen ángulo local. Aquí tengo una pequeña lista de preguntas - prosiguió, rebuscándose torpemente en un bolsillo interior -. Tal vez logre usted convencerle para que las responda rápidamente.

El pequeño taladro volante dijo que haría lo que pudiera y desapareció rechinando.

La respuesta no llegó nunca.

Extrañamente, sin embargo, las preguntas escritas sobre el papel correspondían más o menos exactamente a las que estaban pasando por los macizos circuitos de alta calidad industrial de la mente del robot. Eran las siguientes:

«¿Qué se siente siendo un robot?»

«¿Qué se siente al proceder del espacio exterior?»

«¿Qué le parece Boumemouth?»

A la mañana siguiente, temprano, empezaron a recoger cosas y al cabo de unos días estaba claro que el robot se disponía a marcharse para siempre.

- La cuestión es: ¿puedes introducimos a bordo? -preguntó Fenchurch a Ford. Ford consultó inquieto el reloj.

- Debo ocuparme de unos asuntos graves que tengo pendientes - exclamó.

38

La multitud se agolpaba tan cerca como podía alrededor de la gigantesca nave plateada, que no lo era tanto. El perímetro inmediato estaba vallado y lo patrullaban los pequeños robots volantes de servicio. Apostado en torno a la valla estaba el ejército, que fue absolutamente incapaz de abrir brecha hacia el interior, pero que no estaba dispuesto a que nadie abriera brecha a través de ellos. A su vez, se hallaban rodeados por un cordón policial, aunque la cuestión de si se había formado para proteger al público del ejército o al ejército del público, o para garantizar la inmunidad diplomática de la gigantesca nave y evitar que le pusieran multas de tráfico, no estaba nada clara y era tema de muchas discusiones.

Ahora desmantelaban la cerca del perímetro interior. El ejército se removió inquieto, sin saber cómo debía reaccionar ante el motivo de su estancia allí, que parecía simplemente ser el de levantarse y marcharse.

A mediodía, el gigantesco robot abordó tambaleante la nave, y a las cinco de la tarde no había dado más señales de vida. De las profundidades de la nave se oían muchos ruidos: crujidos, estruendos y la música de un millón de hombres disfunciones; pero la tensa expectación de que era presa la multitud se debía a que, nerviosa, esperaba un gran chasco. Aquel objeto maravilloso y extraordinario había irrumpido en sus vidas y ahora se disponía a marcharse sin ellos.

Dos personas eran especialmente conscientes de dicha sensación. Arthur y Fenchurch escrutaban ansiosamente la multitud, incapaces de localizar a Ford Prefect en parte alguna ni de hallar el menor indicio de que fuera a aparecer por allí.

-¿Hasta qué punto es digno de confianza? -preguntó Fenchurch en voz baja.

-¿Hasta qué punto es digno de confianza? - repitió Arthur, soltando una ronca carcajada -. ¿Hasta qué punto es poco profundo el océano? ¿Hasta qué punto es frío el sol?

Cargaban a bordo las últimas piezas de la estructura de transporte del robot, y las pocas secciones que quedaban de la valla se habían colocado al pie de la rampa para cargarlas a continuación. Los soldados que hacían guardia en tomo a la rampa estaban congestionados, se gritaban órdenes de un lado a otro, se celebraban apresuradas conferencias, pero por supuesto, no había nada que hacer.

Desesperados y sin ningún plan, Arthur y Fenchurch avanzaron a empujones entre la multitud, pero como la propia muchedumbre trataba de abrirse paso a través de sí misma, no llegaron a ningún sitio.

Al cabo de unos minutos ya no quedaba nada fuera de la nave, todas las partes de la cerca estaban a bordo. Un par de sierras de calar y un nivel de burbuja volantes hicieron una última comprobación por el emplazamiento, y luego entraron chirriando por la gigantesca escotilla.

Pasaron unos segundos.

Los ruidos del desorden mecánico procedentes del interior cambiaron de intensidad y, poco a poco, pesadamente, la enorme rampa de acero fue elevándose, saliendo del departamento de alimentación de Harrods. La acompañó el ruido de millares de personas, tensas y excitadas, que se sentían completamente ignoradas.

- ¡Un momento! - vociferó un megáfono desde un taxi que se detuvo con un chirrido de ruedas al borde de la bullente multitud. - ¡Se ha producido una importante brecha científica! ¡No, un adelanto! - corrigió el megáfono.

Se abrió la puerta y del taxi saltó un hombre de escasa estatura procedente de las cercanías de Betelgeuse. Llevaba una bata blanca.

- ¡Un momento! - volvió a gritar.

Esta vez blandía un aparato negro, corto y grueso, que emitía señales luminosas. Las luces parpadearon brevemente, la rampa detuvo su ascenso y, obediente a las señales del Pulgar (que la mitad de los ingenieros electrónicos de la Galaxia tratan de interceptar con medios nuevos, mientras la otra mitad constantemente investiga otros para interceptar las señales interceptaras), inició de nuevo su lento descenso.

Ford Prefect cogió el megáfono del interior del taxi y empezó a gritar a la multitud.

- ¡Abran paso! ¡Dejen paso, por favor, se trata de un importante descubrimiento científico! Usted y usted, recojan el equipo del taxi. Enteramente al azar señaló a Arthur y a Fenchurch, que lucharon por salir de entre la muchedumbre y acudieron prestos al taxi.

-Muy bien ruego que abran paso, por favor, a unas importantes piezas de equipo científico - bramó Ford -. Que todo el mundo mantenga la calma. Todo está controlado, no hay nada que ver. No es más que un importante descubrimiento científico. Mantengan la calma. Es un importante equipo científico. Abran paso.

Ansiosa de nuevas emociones, encantada de verse repentinamente aliviada de la decepción, la entusiasta multitud se replegó y empezó a abrir paso.

Arthur no se sorprendió al ver lo que había impreso en las cajas del importante equipo científico colocadas en la parte posterior del taxi.

-Tápalas con el abrigo -murmuró mientras se las pasaba a Fenchurch.

Sacó rápidamente el carro de supermercado que también iba encajado contra el asiento trasero. Resonó al caer al suelo, y entre los dos lo cargaron con las cajas.

-Abran paso, por favor -volvió a gritar Ford -. Todo está bajo adecuado control científico.

- Me dijo que pagarían ustedes - advirtió el taxista a Arthur, que sacó unos
billetes y le pagó. En la distancia se oían sirenas de la policía.

- Muévanse - gritó Ford -, y nadie resultará herido.

La multitud se abría y cerraba a su paso, mientras ellos empujaban y tiraban frenéticamente del resonante carro de supermercado entre los escombros hacia la rampa.

-Esta bien -seguía gritando Ford -. No hay nada que ver, todo ha terminado. En realidad, nada de esto está pasando. -Disuélvanse, por favor - tronaba un megáfono de la policía a espaldas de la multitud -. Se ha producido una brecha, ¡abran paso!

-¡Un descubrimiento! - gritó Ford, haciéndole la competencia -. ¡Un descubrimiento científico! - ¡Habla la

policía! ¡Abran paso! - ¡Equipo científico! ¡Abran paso! - ¡Policía! ¡Dejen paso!

-¡Cintas magnetofónicas! -gritó Ford, sacando de los bolsillos media docena de cintas pequeñas y arrojándolas a la multitud.

Los segundos de absoluta confusión que siguieron, les permitieron llevar el carro de supermercado al pie de la rampa y subirlo a la plataforma.

- Aguantad - murmuró Ford.

Accionó un botón del Pulgar Electrónico. Bajo ellos, la enorme rampa se estremeció y, poco a poco, inició su pesada ascensión.

- Bueno, chicos - dijo mientras la multitud cerraba el paso tras ellos e iniciaban con paso vacilante la ascensión de la tambaleante rampa hacia las entrañas de la nave -, parece que lo hemos conseguido.

39

Arthur Dent estaba enfadado porque el ruido del tiroteo le despertaba continuamente.

Con cuidado de no despertar a Fenchurch, que seguía durmiendo a pierna suelta, salió de la escotilla de mantenimiento que habían convertido en una especie de dormitorio, bajó por la escala de acceso y empezó a vagar de mal humor por los pasillos.

Eran claustrofóbicos y estaban mal iluminados. La red del alumbrado emitía un zumbido molesto.

Pero eso no era.

Se detuvo y se echó atrás mientras un taladro pasaba volando a su lado por el oscuro pasillo con un chirrido desagradable, golpeando de cuando en cuando contra las paredes como una abeja despistada.

Eso tampoco era.

Trepó por un escotillón y se encontró en un pasillo más ancho. Al fondo se elevaba un humo acre, de modo que caminó en dirección contraria.

Llegó a un monitor de observación empotrado en la pared tras una placa de plástico duro pero muy arañado.

- ¿Quieres bajarlo, por favor? - pidió a Ford Prefect.

El natural de Betelgeuse estaba en cuclillas frente al monitor en medio de un montón de cintas y aparatos de vídeo que había cogido de un escaparate de Tottenham Court Road previo lanzamiento de un ladrillo de reducidas dimensiones, así como de un desagradable amasijo de latas de cerveza vacías.

-¡Chsss! - siseó Ford, mirando con frenética atención la pantalla. Estaba viendo Los siete magníficos.

-Sólo un poco - insistió Arthur.

- ¡No! - gritó Ford -. ¡Ahora viene lo bueno! ¡Escucha, por fin he logrado resolverlo todo, niveles de voltaje, línea de conversión, todo, y ahora viene lo bueno!

Suspirando y con dolor de cabeza, Arthur se sentó a su lado y vio la parte buena. Escuchó tan plácidamente como pudo los gritos e interjecciones de Ford.

-Ford -dijo al fin, cuando terminó la película y Ford estaba buscando Casablanca entre un montón de cintas -, ¿qué te parece si...?

-Esta es la fenómena -repuso Ford -. Por ella es por la que he vuelto. ¿Te das cuenta de que nunca la he visto entera? Siempre me he perdido el final. Volví a ver la mitad la noche antes de la llegada de los vogones. Cuando demolieron la Tierra pensé que nunca volvería a verla. Oye, a propósito, ¿qué paso con todo eso?

- La vida - explicó Arthur, cogiendo una cerveza de un paquete de seis.

-Ya estamos otra vez con lo mismo. Pensé que sería algo así. Prefiero esto - indicó cuando el bar de Rick salió en la pantalla -. ¿Qué te parece si qué?

-¿Qué?

-Habías empezado a decir: «¿Qué te parece si...?»

-¿Qué te parece si te pones tan grosero con lo de la Tierra, que tu... ; bueno, olvídalo, vamos a ver la película.

- Exactamente - apostilló Ford.

40

Queda poco por decir.

Más allá de lo que se conocía como los Infinitos Campos Luminosos de Flanux hasta que los Grises Feudos Vinculantes de Saxaquine se descubrieron tras ellos, se hallan los Grises Feudos Vinculantes de Saxaquine.

En el interior de los Grises Feudos Vinculantes de Saxaquine se encuentra la estrella Zarss, en tomo a cuya órbita gira el planeta Preliumtarn, donde está la tierra de Sevorbeupstry, y allí fue donde Arthur y Fenchurch llegaron al fin, un poco cansados del viaje.

Y en el país de Sevorbeupstry llegaron a la Gran Llanura Roja de Rars, que limita al sur con la sierra de Quentulus Quazgar, en cuyo extremo más apartado, según las últimas palabras de Prak, encontrarían el Mensaje Final de Dios a Su Creación escrito en letras de nueve metros de altura.

Según Prak, si es que la memoria de Arthur le hacía justicia, el lugar estaba guardado por el Lajestic Vantrashell de Lob, lo que, en cierto modo, resultó ser así. Era un hombrecillo con un extraño sombrero que les vendió una entrada.

-Sigan a la izquierda, por favor, sigan a la izquierda - les dijo, pasando deprisa delante de ellos con un pequeño scooter.

Comprendieron que no eran los primeros en hollar aquel camino, pues el sendero que conducía a la izquierda de la Gran Llanura estaba muy gastado y salpicado de casetas. En una compraron una caja de dulces horneados en una cueva de la montaña alimentada por el fuego de las letras que formaban el Mensaje Final de Dios a Su Creación. En otra compraron unas postales. Las letras se habían oscurecido con un aerógrafo «¡para no estropear la Gran Sorpresa!», según se afirmaba en el reverso.

- ¿Sabe usted qué dice el Mensaje? -preguntaron a la marchita anciana de la caseta.

- ¡Pues claro! - trinó alegremente la anciana -. ¡No faltaba más! Les hizo señas de que siguieran. Cada treinta y cinco kilómetros más o menos había una pequeña cabaña

de piedra con duchas e instalaciones sanitarias, pero el camino era duro y el sol pegaba fuerte en la Gran Llanura Roja, de la que se levantaban ondas de calor.

-¿Se pueden alquilar unos de esos pequeños scooters? - preguntó Arthur en una de las casetas más grandes -. Como la que tiene Lajestic Ventraloquesea.

-Los scooters no son para los devotos - dijo la menuda señora que atendía el puesto de helados. -Bueno, entonces es muy fácil -repuso Fenchurch -. Nosotros no somos muy devotos. Sólo nos interesa ver.

- En ese caso, deben dar la vuelta ahora - replicó severa la menuda señora.

Cuando dudaron, les vendió un par de sombreros del Mensaje Final y una instantánea que les habían hecho estrechamente abrazados en la Gran Llanura Roja de Rars.

Bebieron unos refrescos a la sombra de la caseta y luego prosiguieron la penosa marcha bajo el sol.

-Quedan pocos puestos de helados - observó Fenchurch tras unos cuantos kilómetros más -. Podemos seguir hasta la siguiente caseta, o volver a la anterior, que está más cerca; pero eso significa que tendremos que volver a recorrer el mismo camino.

Observaron la distante mancha negra que parpadeaba en la colina; miraron a su espalda. Decidieron seguir adelante.

Entonces descubrieron que no sólo no eran los primeros que hollaban aquel camino, sino que no eran los únicos que lo hacían.

Un poco más adelante una figura de andares torpes se arrastraba miserablemente por el camino, tambaleándose, medio cojeando, casi reptando.

Avanzaba tan despacio que no tardaron mucho en alcanzar a la criatura, que era de metal gastado, abollado y retorcido.

Les gruñó cuando se aproximaban, derrumbándose en el seco polvo ardiente.

- Tanto tiempo - gimió - tanto tiempo. Y dolor también, tanta pena, y tanto tiempo para sufrirlo. Quizá pudiese aguantar uno u otra, aparte. Pero ambas cosas a la vez, me matan. ¡Vaya, tú otra vez! ¡Hola!

- ¿Marvin? - dijo bruscamente Arthur, agachándose a su lado -. ¿Eres tú?

-Tú siempre tenías una pregunta superinteligente que hacer, ¿verdad? gimió la vieja armadura del robot.

- ¿Qué es esto? -murmuró alarmada Fenchurch, agachándose detrás de Arthur y asiéndole del brazo.

-Es una especie de viejo amigo - contestó Arthur -. Yo...

-¡Amigo! - graznó miserablemente el robot.

La palabra se perdió en una especie de crujido, y flecos de óxido cayeron de su boca.

- Tendrás que disculparme mientras intento recordar el significado de esa palabra. Mis bancos de memoria ya no son lo que eran, ¿sabes?, y toda palabra que cae en desuso durante algunos millones de años tiene que trasladarse al soporte auxiliar de memoria. ¡Ah, ya viene!

La baqueteada cabeza del robot se elevó un poco, bruscamente, como si recordara.

- Hummm, qué concepto tan extraño. Meditó un poco más.

-No - dijo al fin -. Me parece que nunca me he topado con ninguno. Lo siento, en eso no puedo ayudarte.

Se arañó patéticamente una rodilla en el polvo y luego trató de volverse apoyándose en sus deteriorados codos.

-¿Hay, quizá, algún último servicio que pueda prestarte? -inquirió con una especie de hueco castañeteo -. ¿Un trozo de papel que quisieras que recogiera por ti? ¿O quizá abrir una puerta?

Alzó la cabeza, que rechinó en los oxidados cojines del cuello, y pareció escrutar el lejano horizonte.

-De momento no parece que haya puertas cercanas, pero estoy seguro de que si esperamos lo suficiente, terminarán poniendo alguna -anunció girando despacio la cabeza para ver a Arthur -. Podría abrirla para ti. Estoy muy acostumbrado a servir, ¿sabes?

-¿Qué le has hecho a esta pobre criatura, Arthur? - le susurró bruscamente Fenchurch al oído.
- Nada, siempre está así... - Insistió Arthur con tristeza.
- ¡Ja! - soltó Marvin, que repitió -: ¡ja! ¿Qué sabes tú de «siempre»? ¿Me dices «siempre» a mí, que, debido a los estúpidos recaditos que las formas de vida orgánica como tú me mandáis hacer a través del tiempo, soy treinta y siete veces más viejo que el Universo mismo? Elige tus palabras con un poco más de tacto y cuidado.
Tosió con un chirrido áspero y prosiguió:
- Olvídame, sigue adelante y deja que siga penosamente mi camino. Por fin ya casi ha llegado mi hora. Mi carrera llega a su meta. Espero -añadió, agitando débilmente un dedo roto - llegar el último. Sería lo adecuado. Aquí me tienes, con un cerebro del tamaño de...
Entre los dos le incorporaron a pesar de sus débiles protestas e insultos. El metal estaba tan caliente que casi se quemaron los dedos, pero el robot pesaba sorprendentemente poco, y renqueaba fláccido entre sus brazos.
Lo llevaron por el camino que se extendía a la izquierda de la Gran Llanura Roja de Rars hacia la sierra circular de Quentulus Quazgar. Arthur pretendió dar explicaciones a Fenchurch, pero los dolientes desvaríos cibernéticos de Marvin se lo impidieron. Intentaron ver si en una de las casetas había alguna pieza de repuesto y aceite suavizante, pero Marvin se negó. -Todo yo soy piezas de repuesto - repetía monótonamente. - ¡Dejadme en paz! - gimió.
- Cada parte de mí -se lamentó -se ha reemplazado por lo menos cincuenta veces... salvo... -Por un momento pareció animarse de manera casi imperceptible. Su cabeza oscilaba entre los dos con el esfuerzo que hacía por recordar. Al fin dijo a Arthur -: ¿Recuerdas la vez que me conociste? Me habían encomendado la extenuante tarea intelectual de subirte al puente. Te mencioné que me dolían terriblemente todos los diodos del lado izquierdo. Y te dije que había pedido que me pusieran otros pero nunca lo hicieron.
Hizo una larga pausa antes de proseguir. Lo llevaban entre los dos, bajo el sol achicharrante que parecía que nunca iba a moverse, ni mucho menos, a ponerse.
-A ver si adivinas qué partes de mí no se han reemplazado nunca - desafió Marvin cuando consideró que la pausa ya había sido lo suficientemente embarazoso -. Vamos, a ver si lo adivinas. - ¡Ufff! - añadió -. ¡Uf, uf, uf, uf, uf!
Finalmente llegaron a la última caseta, sentaron a Marvin entre los dos y descansaron a la sombra. Fenchurch compró unos gemelos para Russell con incrustaciones de guijarros pulidos de la sierra de Quentulus Quazgar, recogidos justo debajo de las letras de fuego en que estaba escrito el Mensaje Final de Dios a Su Creación.
Arthur hojeó una pequeña hilera de folletos religiosos que había en el mostrador: breves meditaciones sobre el significado del Mensaje.
- ¿Lista? - preguntó a Fenchurch, que asintió. Levantaron a Marvin entre los dos.
Rodearon el pie de la sierra de Quentulus Quazgar, y a lo largo del pico de una montaña vieron el Mensaje escrito con letras llameantes. Había un pequeño puesto de observación con una barandilla que cercaba la gran roca delantera, desde donde se divisaba un buen panorama. Había un pequeño telescopio de monedas para ver el Mensaje con detalle, pero nadie lo utilizaba porque las letras ardían con el divino brillo de los cielos y, si se veían con un telescopio, dañaban gravemente la retina y el nervio óptico.
Contemplaron maravillados el Mensaje Final de Dios, y poco a poco, inefablemente, recibieron una inmensa sensación de paz y de absoluto y definitivo conocimiento.
- Sí - dijo Fenchurch, suspirando -. Era eso.
Llevaban contemplándolo durante diez minutos enteros cuando se dieron cuenta de que Marvin, derrumbado entre sus hombros, tenía problemas. El robot ya no podía levantar la cabeza, no había leído el Mensaje. Le incorporaron, pero se quejó de que sus circuitos de visión habían dejado de funcionar casi por completo.
Encontraron una moneda y le ayudaron a llegar al telescopio. Se lamentó y les insultó, pero le ayudaron a ver las letras, una a una. La primera era una «n», la segunda y la tercera una «o» y una «s». Luego había un hueco. Después venían una «e», una «x», una «c», una «u» y una «s».
Marvin hizo una pausa para descansar.
Tras unos momentos prosiguió y leyó la «a», la «m», la «o» y la «s».
Las dos palabras siguientes eran «por» y «todas». La última era más larga, y Marvin necesitó descansar de nuevo antes de enfrentarse con ella.
Empezaba con «l», y seguía con «a» y «s». A continuación venía «m» y «o», seguidas de «l» y «e», y luego una «s».
Tras una pausa final, Marvin hizo acopio de fuerzas para el último tramo.
Leyó la «t», la «i», la «a» y, por último, la «s», antes de derrumbarse otra
vez en brazos de Arthur y Fenchurch.
- Creo - Murmuró al fin, con una voz que le salía de su corroído y rechinante tórax -, que esto me ha sentado muy bien. Las luces de sus ojos se apagaron definitivamente y por última vez, para siempre. Afortunadamente, cerca había una caseta donde unos individuos con alas
verdes alquilaban scooters. Nos excusamos por todas las molestias.

Epilogo

Uno de los mayores benefactores de todas las formas de vida era un hombre que no podía concentrarse en el trabajo que tenía entre manos.
¿Brillante?
Desde luego.
¿Uno de los principales ingenieros genéticos de su generación y de cualquier otra, incluido un montón de los que él mismo había diseñado?
Sin duda alguna.
El problema consistía en que tenía demasiado interés en cosas a las que no debería prestar atención, al menos ahora mismo no, tal como le diría mucha gente.
Asimismo, y en parte debido a ello, era de disposición bastante irritable.

De modo que cuando amenazaron su mundo unos terribles invasores procedentes de un planeta lejano, que aún se encontraban a mucha distancia pero que viajaban de prisa, él, Blart Versenwald III (no se llamaba así, lo que no tiene mucha importancia, pero sí mucho interés porque..., bueno, ése era su nombre y ya diremos más adelante por qué resulta interesante), fue encerrado bajo vigilancia por los dirigentes de su raza con instrucciones para diseñar una especie de superguerreros fanáticos que resistieran y venciesen a los terribles invasores, ordenándole que lo hiciera pronto y aconsejándole: «¡Concéntrate!»

Así que se sentó frente a la ventana, contempló el césped veraniego y se dedicó a diseñar con afán; pero inevitablemente había cosas que le distraían un poco, y cuando los invasores entraron prácticamente en órbita alrededor de su mundo, había inventado una nueva especie de supermosca que, sin ayuda, podía entrar volando por la apertura de una ventana entreabierta, con un interruptor para los niños. Los festejos de tan notable descubrimiento parecían destinados a una breve vida, debido a la inminencia de la catástrofe: las naves extranjeras aterrrizando. Pero sorprendentemente, los temidos invasores que, como la mayoría de las razas guerreras, sólo andaban revueltos porque no podían arreglar los asuntos domésticos, quedaron asombrados por los extraordinarios descubrimientos de Versenwald, se unieron a las celebraciones y se les convenció para que firmasen una amplia serie de convenios comerciales y un programa de intercambio cultural. Y, en asombrosa contradicción con la norma habitual en el desarrollo de tales asuntos, todo el mundo interesado vivió feliz a partir de entonces.

Esta historia tenía una moraleja, pero de momento se le ha escapado al cronista.

FIN